



El personaje de Juan Roa Sierra en las novelas de Miguel Torres: una reelaboración del *pharmakon* griego

Beatriz María del Pilar García Ramírez

Tesis presentada como requisito de grado para optar por el título de:

Magíster en Estudios Literarios

Directora

Laura Victoria Almandós

Doctora en Filosofía

Universidad Nacional de Colombia

Facultad de Ciencias Humanas

Departamento de Estudios Literarios

Bogotá, Colombia, 2018

Dedicatoria

PARA MI PAPÁ.

TABLA DE CONTENIDO

Introducción.....	6
1. La manera como la historia oficial presentó a Juan Roa Sierra.....	16
2. El <i>pharmakon</i> o el mecanismo del chivo expiatorio	37
2.1 Matar un cordero inocente: una práctica sagrada	38
2.2 Ajusticiar una víctima inocente: una acción inherente al ser humano, según la prehistoria	40
2.3 El mecanismo del chivo expiatorio, un sacrificio para adorar a los dioses.....	42
2.4 El Cristianismo: ¿cómo surge el concepto de chivo expiatorio?	43
2.5 De ‘chivo expiatorio’ a ‘cordero de Dios’	46
2.6 El <i>pharmakon</i> : veneno y cura	46
2.7 Condiciones que se requieren para que opere el mecanismo del chivo expiatorio en un individuo	48
2.8 La práctica del chivo expiatorio para canalizar la ira y la violencia en medio de una situación de tensión social	51
2.9 La acción colectiva, ¿cómo actúa la multitud en la práctica del chivo expiatorio?.....	52
2.10. Mecanismo de chivo expiatorio: una práctica imitativa.....	53
2.11. Casos emblemáticos en los que opera el mecanismo del chivo expiatorio	55
2.12. ¿Cómo inicia el mecanismo del chivo expiatorio?: la necesidad y la urgencia de sospechar de un individuo inocente	56
3. Juan Roa Sierra, el individuo inocente en quien opera el mecanismo del chivo expiatorio: una aproximación a <i>El crimen del siglo</i> de Miguel Torres.....	61

3.1 Juan, el individuo inofensivo con desventajas físicas, económicas, mentales, familiares y espirituales, es decir, la víctima perfecta.....	70
3.1.2 Condiciones físicas desventajosas para Juan Roa Sierra, el débil, enjuto y pequeño.....	70
3.1.3 Juan Roa Sierra, pobre, ignorante y desempleado: su baja condición socioeconómica en la jerarquía social.....	71
3.1.4 Delirios y obsesiones, el desequilibrio mental que padece Roa Sierra.....	72
3.1.5 El despecho y los conflictos amorosos y conyugales de Juan Roa Sierra.....	74
3.1.6 Juan Roa Sierra y su búsqueda religiosa: las lecciones de rosacrucismo, una religión disímil a la del resto de la comunidad.....	76
3.2 Roa Sierra y su obsesión con Jorge Eliécer Gaitán: ¿cazar o ser cazado?	76
3.3 Roa Sierra y la fatalidad de su destino: cuando empieza a operar el mecanismo del chivo expiatorio.....	81
3.4 Sombras en las tinieblas para Juan Roa Sierra, quien decide no dispararle a Gaitán.....	83
3.5 Sospecha, señalamiento, persecución y linchamiento de Juan Roa Sierra: se despliega la práctica del chivo expiatorio	85
4. <i>El incendio de abril</i> de Miguel Torres, y los testimonios que sugieren que Roa Sierra no disparó	93
4.1 La posibilidad científica de que otro individuo hubiera disparado: las dudas de un historiador testigo	94
4.2 El ‘hombrecito aterrorizado’ que detuvo la policía, según el testimonio de un periodista	97
4.3 No se requiere ser letrado para sospechar que operó la práctica del chivo expiatorio: las insinuaciones de la dueña de una pensión humilde	101
4.4 El relato de María de Jesús Forero, la mujer de Juan Roa Sierra	102
5. ‘Roa Sierra no asesinó a Jorge Eliécer Gaitán’, comentarios sobre <i>La invención del pasado</i>, reciente novela de Miguel Torres	104

5.1 Escribir un libro que exponga que Roa Sierra no asesinó a Gaitán, la tarea encomendada a Martina	105
5.2 Scotland Yard: una comisión investigadora que se contradijo, según Magdalena Roa	107
5.3 Situar el revólver en la mano del inocente: una manera de acomodar los hechos y poner en práctica el mecanismo del chivo expiatorio	109
5.4 ¿Quién y para qué hizo un cuarto disparo?	111
Conclusiones	115
Bibliografía	119
Referencias de textos literarios	119
Referencias de textos teórico-literarios	119
Referencias de textos de historia y registros periodísticos	122

INTRODUCCIÓN

La pretensión de esta investigación es realizar una aproximación sociológico-literaria a un grupo de novelas colombianas que han abordado el tema del asesinato del líder político Jorge Eliécer Gaitán, hecho que desencadenó el llamado *Bogotazo* el 9 de abril de 1948. Me centraré principalmente en el estudio de la trilogía de novelas del autor colombiano Miguel Torres: *El crimen del siglo* (2006), *El incendio de abril* (2012) y *La invención del pasado* (2016)¹. Es de anotar que las memorias de Gabriel García Márquez, *Vivir para contarla* (2002), también servirán como material de análisis y soporte.² Es menester mencionar que desde el siglo pasado se han venido publicando otras novelas que se han referido directa o indirectamente al mito literario y al personaje de Juan Roa Sierra: *El monstruo* (1955), de Carlos H. Pareja, *El cadáver insepulto* (2005), de Arturo Alape, y *La forma de las ruinas* (2015), de Juan Gabriel Vásquez.

La tesis que desarrollaré se centra en afirmar que aquella hipótesis histórica que asegura que el asesino del caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán no fue Juan Roa Sierra, ha sido sustentada por la literatura colombiana contemporánea, pues esa hipótesis ha sido especialmente reforzada en las tres novelas que son objeto de mi investigación. Resulta curioso que en lo que va corrido del presente siglo ya se han publicado varias novelas que dan cuenta de este fenómeno (*La forma de las ruinas*, *El crimen del siglo*, *El incendio de abril*, *La invención del pasado*). Puede señalarse que de alguna manera estas obras se han

¹ Miguel Torres es un novelista y dramaturgo bogotano. Participó en varios movimientos teatrales en Colombia. Fundó el Teatro La Candelaria. Una de sus obras teatrales más conocidas es *La siempreviva* (2010), inspirada en los desaparecidos de la toma y retoma del Palacio de Justicia en 1985, lo que permite ver que Torres le ha otorgado preponderancia a novelar situaciones históricas colombianas. Como novelista, incursionó con la publicación de *El crimen del siglo* en el año 2006. Para este autor resulta interesante el tema del Bogotazo, pues vivió los hechos del 9 de abril cuando tenía seis años de edad. Su familia era gaitanista y vivía en el barrio Ricaurte, lugar donde también vivió Juan Roa Sierra (El País, 2012).

² Este autor señala en su libro que él presenció que el 9 de abril, minutos después de que asesinaran a Gaitán, había en el lugar del crimen un hombre misterioso: “parecía instigar al gentío frente a la farmacia, y no lo he encontrado en ninguno de los incontables testimonios que he leído sobre aquel día. Lo había visto muy de cerca, con un vestido de gran clase, una piel de alabastro y un control milimétrico de sus actos. Tanto me llamó la atención que seguí pendiente de él hasta que lo recogieron en un automóvil demasiado nuevo tan pronto como se llevaron el cadáver del asesino, y desde entonces pareció borrado de la memoria histórica. Incluso de la mía, hasta muchos años después, en mis tiempos de periodista, cuando me asaltó la ocurrencia de que aquel hombre había logrado que mataran a un falso asesino para proteger la identidad del verdadero” (García Márquez, 2002, p. 339).

convertido en portadoras de lo que sería un intento de recuperación de la verdad histórica y de la memoria social.

Lo significativo de la investigación radica en que estas obras literarias han buscado, pese a su carácter ficcional, escudriñar en un acontecimiento político trascendental para la historia del país, lo que ha ocasionado una problematicidad en tanto que no se puede asumir, en este caso ni en ningún otro, que la literatura sería exclusivamente portadora de verdades históricas, pero sí se puede cuestionar el porqué del interés compartido entre autores como Miguel Torres y Juan Gabriel Vásquez por explorar un hecho político aparentemente ya resuelto, e indagar por un personaje señalado como el asesino, individuo colectivamente repudiado.

Dado lo anteriormente expuesto, es importante agregar que en las novelas mencionadas se parte de una situación: el personaje de Juan Roa Sierra se presenta como un hombre aparentemente inocente, víctima de las circunstancias y manipulado por unas fuerzas oscuras para que forme parte del complot del 9 de abril de 1948, pero no aparece propiamente como el hombre que disparó contra Gaitán, ni como el único sujeto involucrado en el crimen o como el único asesino presente ese día en el lugar de los hechos.

Podría señalarse entonces que a los autores comúnmente llamados “escritores de la Violencia” o “novelistas del Bogotazo” (autores que desarrollaron su obra a mediados del siglo XX³) les interesó desarrollar una novelística centrada en analizar el tema del 9 de abril, haciendo hincapié en la figura de Jorge Eliécer Gaitán, presentándolo como personaje protagonista, explorando detalladamente todos sus aspectos y engrandeciendo su figura debido a su empatía ideológica con el político. Por su parte, los escritores de la literatura colombiana contemporánea se han apartado del análisis del hecho desde una perspectiva exclusivamente enaltecedora de la figura del líder, y han optado por darle voz al supuesto asesino, ese otro protagonista (¿o antagonista?), mostrándolo como un hombre opuesto al individuo que presentaron los medios de comunicación y la historia oficial después del asesinato de Gaitán.

³ Autores reconocidos en el siglo pasado, como José Antonio Osorio Lizarazo (autor de *El día del odio*) o Arnoldo Palacios (de *La selva y la lluvia*) son claros ejemplos de esta situación.

Desde ese punto de vista, en este trabajo revisaremos cómo la figura de Juan Roa Sierra se presenta como un chivo expiatorio. Este concepto, desarrollado por el teórico francés René Girard en su libro *El chivo expiatorio* (2002), será el principal componente teórico de la investigación, pues intentaré mostrar la manera como Miguel Torres muestra que el personaje de Roa Sierra se configura como un chivo expiatorio. De acuerdo con lo propuesto por Girard y otros teóricos, observaremos inicialmente cómo Miguel Torres le atribuye a su personaje, características propicias para ser víctima del mecanismo del chivo expiatorio; también, analizaremos cómo el autor presenta en su trilogía el linchamiento de Roa Sierra ocurrido luego del homicidio de Gaitán, linchamiento que posibilita establecer una relación con el concepto de 'sacrificio'; cabe añadir que en la descripción del linchamiento del presunto asesino, Torres describe cómo la furia colectiva (la cual es estudiada por Girard y otros autores) termina descargándose en un solo individuo que la multitud necesita señalar como culpable, independientemente de que ese sujeto lo sea. Hay que agregar que Roa Sierra, al ser linchado por una turba enardecida y rabiosa, se convierte en un chivo expiatorio, no solamente juzgado erróneamente, sino también atacado y asesinado, pues solo con su muerte y su sangre se expían sus culpas y, a la vez, las culpas de toda la comunidad.

Ahora bien, es pertinente aclarar que todo lo anterior lo estudiaremos en cinco capítulos: el primero, se referirá a la manera como la historia oficial presentó a Juan Roa Sierra en la prensa escrita de la época; el segundo capítulo está destinado a estudiar en qué consiste el mecanismo del chivo expiatorio desde los puntos de vista religioso y antropológico; el tercero tiene como propósito estudiar la novela *El crimen del siglo*, de Miguel Torres, y establecer la manera como el autor desarrolla el personaje de Juan Roa Sierra al sugerir una aparente inocencia de él en el asesinato de Gaitán; en el cuarto capítulo se pretende hacer una aproximación a la novela *El incendio de abril*, también de Miguel Torres, en la que acudiremos a una serie de testimonios ficticios que dan nuevas pistas sobre el personaje de Roa Sierra; y, finalmente, el quinto capítulo aludirá a la última novela de Torres, titulada *La invención del pasado*; en ella asistiremos a una construcción del personaje de Roa Sierra, pero desde la perspectiva de otro personaje: el de Magdalena Roa, su hija.

Dado lo anterior, y considerando que deseo evidenciar cómo Miguel Torres desarrolla el personaje de Juan Roa Sierra, presentándolo como un ‘chivo expiatorio’, es de anotar que en la investigación haré una somera aproximación a ese concepto, revisando sus aparentes orígenes en la tradición judeocristiana (*el Levítico*) y en la tradición griega clásica. En esta última se desarrolló el concepto del chivo expiatorio en el mito de las Targelias,⁴ así como también se originó el concepto de *pharmakon*.⁵ Sin embargo, de alguna manera podría señalarse que la práctica de ajusticiar a un individuo inocente y señalarlo como culpable es anterior, ya que de acuerdo con estudios antropológicos este mecanismo ya era practicado por homínidos, lo que significaría que, biológicamente, el ser humano siempre ha buscado inculpar a inocentes para descargar en ellos su ira, ocultar sus acciones, realizar complots, expiar las culpas, imponer un “orden”, hacer una “limpieza social”, entre otros. En definitiva:

Se trataría de un proceso que se desencadena espontáneamente, a partir de una crisis intragrupal que, provocada por distintas posibles causas, sume a una comunidad en el caos y la violencia, poniendo en riesgo su propia supervivencia. El mecanismo del chivo expiatorio (también llamado mecanismo victimario, emisario o crimen o asesinato fundador, aunque esta sea una de sus fases) sería un producto biológico y cultural que vendría a suplir la carencia instintual, la falta de los *dominance patterns* o patrones de dominancia estudiados por los etólogos, que hasta entonces habrían frenado la violencia y los conflictos intestinos de las comunidades de homínidos (Moreno Fernández, p. 194).

Otro de los elementos desarrollados por Girard en su estudio es que por lo general, a lo largo de la historia, los chivos expiatorios se han caracterizado por aspectos como la debilidad y la desprotección; por ejemplo, si se observa que en la humanidad algunos grupos étnicos o comunidades han desempeñado en varios momentos de la historia el papel de chivos expiatorios (piénsese en los judíos y en los gitanos), se puede considerar que ello

⁴ Antiguas fiestas religiosas griegas efectuadas en honor a los dioses Apolo y Artemisa, en las que una de las principales ceremonias rituales era la purificación o la expiación de las culpas. En ella se elegía a un hombre, generalmente el más feo de todos, y se le sacrificaba, llevándolo por todas partes con cuerdas de higos en el cuello, y azotándolo en los genitales con varas de higuera y con esquilas. Al final, era apedreado hasta darle muerte, su cuerpo era quemado y las cenizas eran arrojadas al mar. Este ritual es similar a la práctica del linchamiento.

⁵ “Chivo expiatorio al que se sacrificaba con la finalidad de purgar las tensiones y violencias acumuladas durante un espacio de tiempo en la comunidad de turno. La muerte o la expulsión (en épocas más recientes se sustituía el sacrificio por la expulsión) del *pharmakon* permitía purificar a la polis, devolviéndole la pureza interior perdida supuestamente a manos del contagio exterior”. (Tomado de: <http://nickjournalarcadiano.blogspot.com.co/2008/04/la-figura-del-pharmakon.html>). El *pharmakon* es precisamente el hombre feo que se elegía en las fiestas de las Targelias.

obedece a que estos grupos han sido estigmatizados, ya sea por motivos raciales, religiosos o socioeconómicos.⁶ En ese sentido, vale la pena observar el ejemplo que Girard ofrece en su libro *El chivo expiatorio*, cuando menciona una fábula del poeta francés La Fontaine: *Los animales con peste*. En ella se relata que un día se reúnen los animales de la selva, y aquellos más ruines y cuyos actos son más deplorables determinan que uno de los animales debe ser sacrificado para que se acabe la peste. Según el león, rey de la selva (quien admite sin remordimiento que ha devorado inocentes corderos y que, además, es cruel y sanguinario), deberá sacrificarse al animal más pecador; entretanto, todos empiezan a comentar sus culpas (ruines y atroces), y por último aparece el sincero asno que, lento y sumiso, comenta que su único pecado fue haberse comido un bocado del pasto de la villa de un monje. Los demás animales de la selva se aprovechan de esa sumisión y esa lentitud, y acusan al asno de cometer grave falta, condenan su acción como la peor de las culpas y, posteriormente, lo sacrifican. Así, la fábula termina con la sentencia o moraleja: “Según qué poderoso o miserable seas, si eres juzgado, te harán parecer justo o culpable”⁷. Desde esa perspectiva, resulta aplicable tal sentencia al tratamiento que Miguel Torres le da al personaje de Roa Sierra, quien es dotado de caracterizaciones similares a las del asno, es decir, a las de un digno chivo expiatorio.⁸

Se puede considerar que esta investigación resulta pertinente no solo porque ahonda en la revisión de algunas novelas colombianas recientes (algo interesante si se tiene en cuenta que, por ejemplo, *La invención del pasado*, novela publicada en 2016, carece en este momento de comentarios críticos), sino también porque posibilitaría demostrar cómo: 1. Las novelas colombianas mencionadas se sirven de algunos elementos de la historia oficial para criticarlos y cuestionarlos, trastocando y modificando sus señalamientos, sembrando la duda y poniéndose del lado de algunas teorías de la conspiración en el crimen de Gaitán

⁶ No es gratuito que Miguel Torres sea tan reiterativo al señalar en sus novelas la situación económica paupérrima en que vivía Juan Roa Sierra; asimismo, en *El crimen del siglo* se describe el aspecto físico de Roa como desaliñado y feo.

⁷ A propósito, señala Girard: “El asno llega en el último lugar y él, el menos sanguinario y, por ello, el más débil y el menos protegido de todos, resulta, a fin de cuentas, inculpado” (p. 10).

⁸ Basta recordar las últimas palabras que Roa Sierra pronunció en la Droguería Granada antes de ser entregado a la turba, cuando un policía le preguntó por qué había matado a Gaitán. De acuerdo con el tono de estas palabras, y el peso temeroso, misterioso y peligroso que estas conllevan, bien puede considerarse a Roa como una especie de asno al que el infortunio le cayó por mostrarse débil y miserable: “Ay, señor, cosas poderosas que no le puedo decir” (Vásquez, 2015, p. 40).

(todo ello, desde luego, a través de la ficción). 2. Estas novelas colombianas desarrollan la figura de un personaje antiheroico (Juan Roa Sierra), al que se le asignan ciertas particularidades que permiten vislumbrar cómo en dicho personaje se desarrolla la figura del chivo expiatorio, práctica presente en las interacciones sociales de los seres humanos desde tiempos remotos, como lo demuestran algunos mitos y rituales (las Targelias) y otros conceptos griegos (*pharmakon*). 3. Es pertinente analizar, en este momento de la historia colombiana (posconflicto), por qué estas novelas formarían parte de lo que Jean Paul Sartre llamó una “literatura comprometida”, no ajena a los aspectos contextuales y político-históricos, pues resulta curioso que sea justamente en medio de la coyuntura política de la última década cuando los autores colombianos empiecen a cuestionar acontecimientos de la historia de su país, desentrañando y poniendo en tela de juicio conceptos como memoria, olvido y verdad.

Cabe anotar que las novelas colombianas que estudiaré en esta investigación, de alguna manera buscan tomar partido por una hipótesis histórica que no forma parte de la historia oficial pero que en los últimos años ha tomado fuerza: la de que Juan Roa Sierra fue un chivo expiatorio, mas no el verdadero (o único) asesino de Jorge Eliécer Gaitán. Hasta aquí, ello no tendría importancia. Lo importante y pertinente es analizar el tratamiento que los autores colombianos le dan al personaje de Juan Roa Sierra, y cómo este personaje asume características similares a las de los chivos expiatorios que se entrevén en los rituales griegos, lo que posibilita el desarrollo de un trabajo intertextual de literatura comparada. La hipótesis, entonces, es que estas novelas colombianas (por más que no tengan como propósito desentrañar quién fue el asesino de Gaitán, pues ese no es el fin de la literatura), se presentan como un discurso lleno de connotaciones, alegorías y sugerencias que no son ajenas a las intenciones ideológicas de los autores, quienes en sus novelas estarían tomando posición y advirtiendo que la historiografía colombiana se ha equivocado y que la literatura sería un modo de reflexionar en torno a esas mentiras.

Finalmente, para la elaboración de este proyecto de investigación es menester recurrir a distintas fuentes. Efectuaré una amplia consulta sobre el hecho histórico del 9 de abril de 1948, con el fin de contextualizar y establecer cómo se registró el hecho alrededor del supuesto asesino; asimismo, elaboraré una búsqueda de fuentes literarias que me permitan

una aproximación crítica a las novelas colombianas que deseo analizar; también, ahondaré en la teoría literaria comparada. Vale la pena mencionar que se incluirán implícitamente las conceptualizaciones de la sociología de la literatura, de la mano de Georg Lukács, René Girard, Jean Paul Sartre y Lucien Goldmann, ya que las novelas que se estudiarán aluden al contexto, específicamente, a un acontecimiento sociopolítico en Colombia.

Para explicar por qué las novelas que se analizarán en este trabajo están ligadas con los postulados teóricos de Luckács, Girard y Goldmann, me permitiré primero traer a colación un texto de otro crítico literario, David Perkins. Este teórico en su artículo titulado *La explicación del cambio literario: la contextualización histórica* hace un recorrido por las teorías más sobresalientes sobre la historia literaria, y efectúa un análisis a propósito de la importancia que cobra el contexto histórico dentro de las obras de la literatura.

Generalmente todas las teorías literarias contextualistas han apuntado a que se le debe otorgar cierta trascendencia al contexto histórico, el cual “puede ser utilizado para explicar no solo las características del texto, sino también sus méritos cualitativos”. (Perkins, p. 230). Ahora bien, con respecto a la teoría de que un texto no puede desprenderse de su contexto, Perkins hace referencia a algunos teóricos que se han apoyado en este pensamiento. Por ejemplo, Robert Wood asegura que la obra literaria evidencia el mundo de su autor. A esta concepción se suma la de Sandra Gilbert y Susan Gubar, quienes consideran que la obra literaria refleja la ideología y los sentimientos del autor, los cuales se han forjado por las experiencias que el escritor ha experimentado a lo largo de su vida. Asimismo, Liu considera que la literatura se encuentra fuertemente relacionada con el contexto histórico sociopolítico. Y Fredrick Jameson, por su parte, manifiesta que “el arte y la literatura expresan una resolución formal y simbólica de las contradicciones políticas y sociales” (Perkins, p. 243)⁹.

⁹ A propósito del pensamiento de Sandra Gilbert y Susan Gubar vale la pena mencionar que en el caso de Miguel Torres su interés por escudriñar en la vida de Juan Roa Sierra y escribir una novela sobre él nace a partir de un sentimiento que tuvo desde pequeño, pues en su familia y en su barrio había una relación muy fuerte en torno al Bogotazo, a Gaitán y al presunto asesino Juan Roa Sierra. Torres, de ideología gaitanista e izquierdista, a lo largo de su vida tiene el interés de escribir una novela en la que se recreen la vida de Roa Sierra y de Gaitán, razón por la que decide ser él quien escriba la primera novela en la que el protagonista no sea el líder político sino el supuesto asesino. Allí se evidencia entonces que, como lo aseguran Gilbert y Gubar, la ideología, las vivencias, la biografía y los sentimientos del escritor determinan su creación literaria (Ver entrevista donde Miguel Torres explica su biografía y su interés por Roa Sierra en el video Narrativa

Ahora, ya entendidos los postulados contextualistas de Perkins y de los demás teóricos que él parafrasea, me referiré a Luckács, Goldmann y Girard, quienes, de acuerdo con algunos comentarios que hicieron a propósito del contexto sociohistórico de la novela como género literario, han sido considerados teóricos de la sociología de la literatura. Lucien Goldmann, discípulo de Georg Luckács, realizó un estudio de los postulados críticos de Luckács en un estudio que denominó *Para una sociología de la novela* (1973). Hay que precisar que Georg Lukács concibió sus teorías sociocríticas desde una formación ideológica marxista, analizando las características del héroe trágico como sujeto enfrentado a las vicisitudes de su contexto inmediato. Desarrollando y profundizando en esta teoría, Lucien Goldmann deja ver su oposición al estructuralismo en tanto que, según él, este se reduce a la gramática de la obra literaria dejando por fuera el análisis de su contenido. En *Para una sociología de la novela* Goldmann reformula el concepto de “visión de mundo” para referirse a la importancia del contexto social como materia prima del autor de la obra literaria. Cabe resaltar que en este estudio Goldmann también alude a los postulados de René Girard, quien teoriza con relación a la novela como género, proponiendo que “la novela es también la historia de una búsqueda degradada de valores auténticos, por un héroe problemático en un mundo degradado” (Goldmann, p.18). Cobra mucha relevancia que Goldmann, Girard y Luckács destaquen a la novela como el género que posibilita que el autor, también problemático en un mundo degradado, tome una posición y desarrolle la psicología de un personaje que figura como héroe trágico o “demoniaco”, héroe que “es un loco o un criminal, en todo caso, un personaje problemático, cuya búsqueda degradada e inauténtica de valores auténticos en un mundo de conformismo y de convención, constituye el contenido de este nuevo género literario que los escritores han creado en la sociedad individualista y que han denominado ‘novela’ (Goldmann, p. 17).

Estas teorías formaron parte de la sociología de la literatura o de la sociocrítica, disciplinas consolidadas en la primera mitad del siglo XX, época durante la cual se presentó dentro del círculo académico el cuestionamiento al capitalismo como sistema económico, y a todas sus consecuencias: individualismo, cosificación, explotación, degradación, etc. Sin

colombiana contemporánea. El crimen del siglo. Parte 1'. Elaborado en el marco de un conversatorio del Departamento de Literatura de la Universidad Nacional de Colombia: <https://www.youtube.com/watch?v=LTg451PVMxl>).

embargo, estas posturas contextualistas dentro de la teoría literaria tuvieron muchos detractores. Tales opositores fueron defensores de la literatura como un proceso inmanente, y consideraron perjudicial que la crítica marxista de la época produjera que la obra perdiera autonomía y se redujera a un reflejo del cambio social (Welleck, p.32).

En este punto surge una pregunta, especialmente si tenemos en cuenta que las novelas de Miguel Torres sobre Juan Roa Sierra reflejan las teorías de la sociología de la literatura, pues ponen como protagonista a Roa Sierra, quien aparece como héroe trágico en un mundo degradado, y cuya historia resulta vislumbrar una toma de posición y una crítica social por parte de su autor. La pregunta que surge es cómo concebir y analizar estas tres novelas contextualistas sin suprimir el enfoque inmanentista y sin caer en determinismos y cronologías.

El análisis de los presupuestos contextualistas que, desde mi punto de vista, se configuran como imprescindibles dentro de los procesos interpretativo y analítico de las novelas de Torres, resultarán recurrentes en los capítulos tercero, cuarto y quinto de esta investigación, pues la “visión del mundo” del autor estaría determinada principalmente por la visión del contexto, ya sea histórico, social o político. En palabras de Jorge Fernández “la visión del mundo es el sistema de pensamiento que, en determinadas condiciones, se impone a un grupo de hombres que se hallan en análoga situación económica y social, es decir, que pertenecen a ciertas clases sociales” (Fernández, p. 138)¹⁰.

Siguiendo lo propuesto por Goldmann, “el escritor piensa o siente esta visión de mundo hasta sus últimas consecuencias y la expresa mediante la lengua” (Fernández, p. 138) porque le resulta inevitable no plasmar en su obra literaria las experiencias que ha visto en el mundo, especialmente las experiencias del ámbito social del cual no puede desligarse. Por lo mismo, revisar la biografía del autor se constituye como primordial porque da luces sobre la obra misma, y aunque dice Fernández que “la biografía puede tener una gran importancia, y el historiador de la literatura puede examinarla siempre a fin de ver los datos

¹⁰ En todo caso, no es gratuito que estos pensamientos sociológicos sobre la literatura hayan surgido precisamente en un momento en el que el marxismo se quería tomar el pensamiento académico (recordemos que el texto *Por una sociología de la novela* sería publicado por Goldman en 1973, época en la que fueron comunes las discusiones anticapitalistas en el ámbito de las ciencias humanas).

y explicaciones que pudiera suministrar” (p.139), es importante considerar que ello puede conllevar un peligroso reduccionismo de la obra en tanto que puede conducir a su simplificación y, al mismo tiempo, a una interpretación errónea de su contenido. Bien lo explica Carmen Elisa Acosta cuando en su artículo *La historia de la literatura: reflexiones sobre el devenir de la palabra y el tiempo* cita a Michael Vovelle: “la necesidad de leer la obra literaria va más allá de una forma elemental de reflejo social”. Además, Acosta argumenta que “aún en la época del realismo o del verismo, la novela ofrece mucho más que un reflejo, o un testimonio inerte de la práctica social común e impone una lectura más elaborada (Vovelle 1985, 44)” (Acosta, p.8). En ese sentido, habría que, siguiendo los consejos de Fernández y de Vovelle, revisar la biografía del autor y el contexto sociopolítico para observar cómo estos se manifiestan en las tres novelas de Torres (esto sería una posibilidad), pero sin llegar a reduccionismos absurdos que puedan forzar la interpretación de la misma (esto representaría un límite), ya que ni la biografía, ni el contexto histórico o sociopolítico, ni la visión de mundo pueden ser tomados como objetos traducidos de manera literal en la obra literaria, pues estos se convierten en literatura una vez son representados por los imaginarios de la ficción.

Toda esta contextualización sobre los postulados de los sociocríticos Goldmann, Luckács y Girard tuvo como propósito dar a conocer que la trilogía novelística de Miguel Torres que se pretende analizar en este trabajo está estrechamente ligada con el contexto histórico, razón por la que se puede entrever que tales novelas responderían a los presupuestos de los teóricos de la sociología de la literatura, por lo que el estudio de estas obras literarias estará enmarcado dentro de tales postulados teóricos.

1. LA MANERA COMO LA HISTORIA OFICIAL PRESENTÓ A JUAN ROA SIERRA

No se había afeitado durante dos o tres días. En sus ojos brillaba una mirada de odio. No era un ser que estuviera cumpliendo un mero encargo; no estaba pagado simplemente. Ese rostro estaba animado por una pasión feroz. Era un fanático.

(Alejandro Vallejo, 17 de abril de 1948 en el Diario *Jornada*).

Una vez se conoció en el país la identidad de quien se dijo propinó los tres balazos al líder liberal y candidato presidencial Jorge Eliécer Gaitán el 9 de abril de 1948, surgieron muchos datos, testimonios e hipótesis que incluso hasta hoy día resultan difíciles de dilucidar. De acuerdo con su ideología, cada periódico nacional le atribuyó la responsabilidad intelectual del asesinato a un sujeto diferente. Sin embargo, todos los diarios del país coincidieron en un mismo punto: el autor material del homicidio fue un hombre llamado Juan Roa Sierra. De esa manera, encontramos que en el periódico *El Tiempo*, quizás el más leído y célebre de la época, se publicó un artículo con el titular de “Juan Roa Sierra es el nombre del asesino”. Este artículo del día lunes 12 de abril de 1948 afirmaba, entre otras cosas, que Juan Roa Sierra “en el bolsillo del saco llevaba una libreta de servicio militar correspondiente a ese nombre”; asimismo, manifestaba que “por el retrato no se podía saber con exactitud si correspondía al criminal, ya que el cuerpo de este quedó horriblemente desfigurado y desnudo frente al palacio de los presidentes”. Cabe señalar que en este artículo también se afirmó que el homicida, segundos después de disparar contra Gaitán

levantó los brazos en señal de rendición y entregó el revólver a un cabo de la policía [...], intervinieron diez agentes más, los cuales trataron de esconder al asesino en la droguería Granada, pero el pueblo se amotinaba rápidamente y fue así como el oscuro y cobarde criminal fue arrebatado a los agentes [...]; arrastrándolo, dándole de puntapiés y ladrillazos, el cuerpo del sujeto fue llevado por toda la carrera séptima hacia el sur [...]. Todo parece indicar que el criminal dejó de existir cuando el pueblo lo dejó frente a las puertas del palacio presidencial.

Llama poderosamente la atención que en el mismo artículo se lea más adelante que el presunto asesino no pudo pronunciarse con respecto al hecho, pues

varias personas trataron inútilmente de que el pueblo cesara un instante el linchamiento para lograr que el asesino pudiera hacer alguna declaración: sin embargo, no fue posible lograrlo. En primer lugar, las gentes no dejaban que se acercara nadie que no estuviera armado de ladrillos y piedras, y, además, ya estaba en un estado de total agotamiento. (El Tiempo. 'Juan Roa Sierra es el nombre del asesino').

Ahora bien, el hecho de que Juan Roa Sierra no hubiese podido dar ninguna declaración sobre el asesinato, específicamente que no hubiese podido confesar la razón por la cual cometió el crimen, así como tampoco delatar a posibles cómplices o autores intelectuales, resulta muy significativo para el presente trabajo de investigación. Es tan significativo porque en las obras literarias que se analizarán surgen elementos importantes alrededor de esta imposibilidad de Juan Roa Sierra, lo que se evidencia en la narrativa de Miguel Torres, quien aprovecha este silencio para entretejer un sinnúmero de situaciones sobre las posibles razones que pudo tener el personaje de Roa para asesinar al político liberal. En esta imposibilidad que tuvo Roa para hacer algún tipo de confesión o comentario con respecto al homicidio radica la duda, pues debido a que Roa no se pronunció, la historia de este crimen ha producido numerosas teorías con relación a la autoría del mismo, de modo que se pueden considerar varias posibilidades: 1. la de que él no actuó solo, es decir, tuvo cómplices en el asesinato; 2. la de que él solamente propinó los disparos pero alguien le encargó hacerlo, es decir, fue el autor material, mas no el intelectual; 3. la de que él no fue el asesino, es decir, no fue quien le propinó los balazos a Jorge Eliécer Gaitán con un arma. Esta última posibilidad es la que Miguel Torres desarrolla en sus novelas (*El crimen del siglo*, *El incendio de abril* y *La invención del pasado*).

Vale la pena señalar que de acuerdo con el testimonio que dio un empleado de la Droguería Granada, lugar en el que permaneció Juan Roa Sierra después de que un agente lo detuviera por haber sido señalado de disparar contra Gaitán, a Roa le preguntaron por qué había disparado contra el caudillo, a lo que este respondió: “Ay, señor, cosas poderosas que no le puedo decir. Ay, virgen del Carmen, ¡sálvenme!”¹¹ Esa sola frase de Roa, dotada de un “tono lastimero”, ha reafirmado a lo largo de la historia que él no fue el autor intelectual del

¹¹ Este testimonio puede leerse de manera detallada en el libro *El Bogotazo: memorias del olvido*, del autor Arturo Alape (1998, p. 240).

crimen y que su acción contra Gaitán fue encomendada por alguien, lo que desvirtuaría la teoría de que actuó por iniciativa propia y de manera individual¹².

Sin embargo, en un artículo publicado en *El Tiempo* el viernes 16 de abril de 1948¹³, se lee el testimonio de un hombre llamado Jaime Quijano Caballero, quien relata:

-¡Vive todavía el asesino! Por entre la muchedumbre me abrí el paso. [...] Al fin llegué al grupo que rodeaba al asesino yacente. Había dos oficiales de la policía y recuerdo a un agente abriendo, con más público, un círculo alrededor del hombre tendido sobre el pavimento. [...] En ese momento yo estaba agachado encima de la cara del villano asesino, el hombre, casi exánime, movía los labios. Un joven se había sentado sobre las rodillas de Roa y se acercaba a la cara como para escuchar lo que alcanzara a balbucir. -¡Déjenlo confesar! Sí, ¡déjenlo confesar! [...] Por unos segundos creía que podría aplazarse el castigo para escuchar, al posible, alguna palabra que identificara a los facedores del crimen. Pero nada. (El Tiempo. ‘Cómo nació el motín en Bogotá, una reconstrucción de los hechos del 9 de abril por un testigo presencial’).

Como se puede apreciar en el testimonio presentado en ese artículo, Juan Roa Sierra supuestamente permaneció sentado durante unos instantes, y en algún momento sostuvo una breve conversación con un agente. Ello dista mucho de lo que comúnmente se dijo, pues popularmente se conoce la historia de que las únicas palabras que pudo proferir Roa después del crimen, fueron las que se le escucharon en la Droguería Granada.

Luego de las declaraciones del artículo de *El Tiempo*, los demás diarios del país empezaron a indagar más por la identidad de Roa Sierra, de quien inicialmente solo se conocía su nombre. Poco a poco se empezaron a saber nuevos detalles acerca de este hombre, y de los motivos que aparentemente lo condujeron a asesinar a Gaitán. Quizás una de las declaraciones que más llamó la atención fue la que aseguraba que Juan Roa Sierra había asistido días antes a la oficina de Jorge Eliécer Gaitán para solicitarle al líder político que le

¹² Es pertinente señalar que uno de los pocos artículos que se han mostrado en desacuerdo con la idea de que Roa Sierra no fue el autor intelectual, es “Todo lo del pobre es robado”, de Lisandro Duque Naranjo. Allí, el autor y cineasta plantea que “como todo lo del pobre es robado, a Juan Roa Sierra se le han negado los créditos intelectuales del magnicidio, como si fuera una ley inviolable que las gentes del común, cuando se trata de homicidios célebres, sólo pudieran ser instrumentos de agencias misteriosas, en vez de seres independientes con odio propio (Duque, p. 118).

¹³ El artículo se publicó con el titular “Cómo nació el motín en Bogotá, una reconstrucción de los hechos del 9 de abril por un testigo presencial”.

ayudara a conseguir trabajo. En el periódico *Jornada*, del día 28 de abril de 1948, se lee un artículo con el titular de “Tres sujetos acechaban al doctor Gaitán el día 7”. Allí se expuso:

“Hay indicios de que Roa Sierra sí había tenido oportunidad de hablar con el jefe del liberalismo. Parece que algunos días antes del crimen estuvo frente a frente con el doctor Gaitán. En aquella ocasión se limitó a pedirle una recomendación para obtener el empleo. El doctor Gaitán -según se dice- le manifestó que él no tenía ningún puesto que ofrecerle y que no tenía ninguna influencia oficial para conseguírselo”. (*Jornada*, ‘Tres sujetos acechaban al doctor Gaitán el día 7’).

En ese sentido, para este diario nacional Juan Roa Sierra no solamente fue el sujeto que asesinó a Gaitán, sino que además fue un hombre vengativo que posiblemente cometió el crimen por motivo de rencor y a modo de desagravio¹⁴. Cabe resaltar que Miguel Torres también se sirvió de la compleja situación económica y de desempleo que vivía Roa en el momento del crimen, para ahondar mucho más, en su novela *El crimen del siglo*, en el carácter humano y necesitado del personaje. De algún modo la descripción que el autor hace sobre la precaria situación del personaje, sumada a otros factores, logra despertar en el lector un sentimiento de compasión hacia Roa.

Ahora, vale la pena estudiar cómo fue descrito Juan Roa Sierra por la prensa, de acuerdo con el momento en el que supuestamente le disparó a Jorge Eliécer Gaitán. Según *El Tiempo* en su edición del 12 de abril de 1948, en un artículo titulado “Cómo se llevó a cabo el crimen más horrendo de la historia”, Juan Roa Sierra era “un hombre pequeño, bajo, vestido de color gris, de color cetrino, en quien nadie había reparado hasta el momento”. Esta descripción resulta importante porque con respecto al color del traje de Juan Roa Sierra han surgido numerosas versiones¹⁵. En todo caso, más adelante se lee:

Los testigos presenciales dan dos versiones sobre el instante fatal de los hechos: unos afirman que el homicida asió por el brazo al doctor Gaitán, obligándole a volverse en momentos en que giraba ya en dirección a la calle 15 para dirigirse al Monte Rianco; y otros no pudieron constatar la acción física del agresor, concretándose a manifestar que éste aprovechó el momento en el que el doctor Gaitán,

¹⁴ Es importante tener en cuenta que Roa, según se registró en varios diarios nacionales, era un hombre sin trabajo y estaba necesitado de dinero.

¹⁵ Plinio Mendoza Neira, acompañante de Gaitán durante el momento del asesinato, declaró en su versión que Roa Sierra “tenía un vestido gris, casi carmelito, a rayas”. (Galán Medellín, p. 65). Julio Enrique Santos Forero, un testigo presencial, aseguró que el hombre que vio disparándole a Gaitán tenía un saco carmelita, mientras que Roa Sierra tenía uno gris azulado. (Posada Tamayo, Simón. 8 de abril de 2013. Quién mató a Gaitán, las dudas sobre Juan Roa Sierra. *El Tiempo*).

por razón del cambio de rumbo que imprimió a sus pasos, quedó a la descubierta, totalmente inocente de que se le acechaba a quemarropa.

De acuerdo con lo anterior, puede asegurarse que habría cierta división de opiniones entre los testigos del crimen, lo que posibilita que haya mucha especulación con respecto al modo como el asesino propinó los disparos. De estas especulaciones, evidentemente, se sirven los autores de ficción para jugar con las conjeturas que ya existen al respecto, y para crear nuevas e interesantes versiones literarias sobre los hechos.

Retornando a la manera como los demás diarios periodísticos impresos registraron el 9 de abril, concretamente la figura de Juan Roa Sierra, ya ha quedado claro que para el diario *El Tiempo*, de tendencia liberal, el asesino fue Roa Sierra. Sin embargo, en los registros de este diario, a propósito del 9 de abril, no se encuentra alguna información precisa que se aventure a señalar algún posible autor intelectual del asesinato, o a especular con respecto a la ideología política del supuesto asesino. No es el caso de otros periódicos como *Vanguardia Liberal*, de la ciudad de Bucaramanga, que el día 10 de abril de 1948 publicó en su primera página un artículo con el titular “Asesinado Gaitán por un agente del gobierno ayer”¹⁶. Hay que anotar que este mismo diario publicó un artículo extenso el día 23 de abril de 1948, titulado “Nuevas pistas en el crimen de Gaitán”. Allí, entre otras cosas, se manifestó que:

\$150 pesos y un revólver recibió Juan Roa Sierra el día del atentado. Asistió a conferencia secreta en un pueblo del oriente de Cundinamarca con políticos [...] Sobre los antecedentes generales del asesino se sabe que era de baja estatura, pálido, taimado y de pocas palabras, motivo por el cual su propia amante le dio el calificativo de ‘el bobo’, por lo cual el hombre no manifestaba enojo. Era supersticioso hasta el extremo, hasta el punto de ir a Monserrate con otros sujetos en busca del Mohán, que debía llevar un cargamento de piedras preciosas.

Es muy importante tener en cuenta la descripción que hace *Vanguardia Liberal* sobre Juan Roa Sierra, pues coincide con algunos elementos que Miguel Torres tomó para escribir su novela *El crimen del siglo*. Uno de los episodios de la novela se centra en el plan que Roa

¹⁶ Hay que recordar que el día anterior, en medio del caos que sufría la ciudad, algunos estudiantes y activistas que se tomaron las emisoras aseguraron que “un policía conservador” disparó contra el líder liberal. Ello indica que las primeras versiones que circularon en Colombia, a propósito del asesinato de Gaitán, giraron en torno a afirmar que un hombre conservador fue el asesino.

Sierra emprendió junto con dos amigos, cuando decidió irse en busca de un tesoro indígena (Torres, 2006, pp. 72-77). Otro aspecto que pone en consideración Miguel Torres en su novela, es el del carácter espiritual y místico de Roa. Seguramente las descripciones de *Vanguardia Liberal* le fueron muy útiles al escritor colombiano, pues más adelante se lee en el mismo diario:

Fanático religioso, se exasperaba con las gentes que no tenían acrecentados sentimientos de piedad, y había pertenecido a una organización de carácter religioso y social que se conoció en Colombia con el nombre de Yocismo. También solía leer algunos libros de aquellos que con fines proselitistas distribuyen los rosacruces, pero el director de aquella sociedad ha declarado que este nombre no pertenecía a su asociación¹⁷.

A propósito de esa descripción, vale la pena recordar que en *El crimen del siglo*, Miguel Torres le otorga mucha preponderancia al hecho de que Juan Roa Sierra haya tenido aproximaciones a las creencias rosacruces. Más adelante se ahondará a ese respecto.

Ahora bien, todos los diarios coincidieron en que Juan Roa Sierra fue quien disparó contra Gaitán, y casi todos reprodujeron una fotografía del hombre, la misma que se encontraba en la libreta militar que hallaron en su bolsillo después del supuesto hecho cometido¹⁸. Sin embargo, llama la atención el testimonio de Alejandro Vallejo, uno de los acompañantes de Gaitán en el momento del atentado: en el diario *Jornada*, del 17 de abril de 1948, Vallejo señaló en un artículo titulado “¿Cómo murió?”, que con respecto a Juan Roa Sierra

El retrato que ha publicado la prensa no me parece corresponder, por lo menos en esta época, a la del individuo que yo vi. Puede ser el mismo sujeto, pero varios años antes. El retrato muestra a un hombre mucho más joven, de cara un tanto llena, y de mirada inexpresiva. El hombre que yo vi asesinando al doctor Gaitán era un tipo muy diferente. Un rostro pálido, anguloso, algo demacrado. No se había afeitado durante dos o tres días. En sus ojos brillaba una mirada de odio. No era un ser que estuviera cumpliendo un mero encargo; no estaba pagado simplemente. Ese rostro estaba animado por una pasión feroz. Era un fanático.

¹⁷ El 18 de abril de 1948 llegó una carta al diario *Jornada*, esta estaba firmada por Israel Rojas, presidente de la Fraternidad Rosa-Cruz. En ella manifestó: “me permito rectificar la falsa noticia publicada por *El Tiempo* de hoy, de que el sujeto Roa Sierra era miembro de la citada entidad. Jamás hemos conocido a dicho elemento. Deshonra de la dignidad humana”.

¹⁸ En el periódico *Jornada*, del 25 de abril de 1948, se lee en un artículo titulado “Fueron entregadas ayer las ropas que usaba el asesino del doctor Gaitán”. Allí se asegura que en los bolsillos de Roa Sierra había una especie de cartera que “contenía la cédula de ciudadanía, el certificado de policía, algunas cartas de recomendación, la suma de un peso y una libreta de apuntes hechos en la primera página”.

Indudablemente las palabras de Vallejo cobran mucha importancia, pues es de los pocos testimonios de la época, que se atreven a poner en duda las versiones oficiales correspondientes a señalar a Juan Roa Sierra, el hombre de la foto, como el asesino de Jorge Eliécer Gaitán. Versiones como esta han sido fundamentales para el fortalecimiento de la idea de que posiblemente Roa Sierra solo fue un chivo expiatorio.

Ya se expuso anteriormente que el periódico *Vanguardia Liberal* no dudó en señalar a un hombre conservador como el asesino de Gaitán. Sin embargo, hay que anotar que el 20 de abril, 10 días después de haber anunciado que la responsabilidad del crimen era de un adepto a ese partido político, el diario *Jornada* manifestó unos comentarios con respecto a la filiación ideológica de Juan Roa Sierra. En el artículo publicado con el título de “Un desconocido pretendió robar el sumario de Roa Sierra”, se lee que la esposa y la madre de Juan Roa Sierra, a saber, María de Jesús Forero y María Encarnación de Roa, ignoraban

la filiación política de Roa. Pero un ciudadano entregó al cronista judicial de un vespertino, la cédula de ciudadanía del criminal, comprobándose mediante el hallazgo de este documento, que el autor material del asesinato solo comenzó a votar cuando se inició el actual Gobierno. Esta comprobación da fuerza al rumor que comenzó a circular a raíz de la tragedia, de que Juan Roa Sierra era conservador¹⁹.

También es menester mencionar que una teoría que surgió con relación a la posible filiación política de Juan Roa Sierra se dio a conocer el 24 de abril de 1948 en el diario *Jornada*, cuando se publicó un artículo con el titular de “Propaganda falangista en poder de Juan Roa Sierra”. En este artículo se relacionó directamente a Roa con alguna célula falangista, pues se aseguró: “Empleado de la legación alemana, distribuidor de propaganda nazi y fanático en cuestiones religiosas, parecía ser el asesino del doctor Gaitán”²⁰. Llama la atención que tal inculpación se haya manifestado, pues esta acusación tan precisa no se encontró como tal en otros periódicos de la época, lo que sin duda alguna hace posible percibir a *Jornada* como un diario antifascista que pretendía culpar al falangismo español, y

¹⁹ El gobierno actual al que se refiere es al de Mariano Ospina Pérez, quien gobernó el país entre los años 1946 y 1950. Ospina pertenecía al partido conservador.

²⁰ El falangismo fue una tendencia política que basó sus raíces en el partido político español Falange Española (FE). Este partido era de ideología fascista y fue fundado en 1933 por José Antonio Primo de Rivera. Además, este partido desempeñó un papel relevante en el desarrollo de la Guerra civil española (1936), impulsada por el dictador General Francisco Franco, quien se autoproclamó jefe nacional de la Falange Española.

a una ideología conservadora, del asesinato de Gaitán. Este hecho permitiría concebir a ese periódico como liberal.

Ahora bien, a propósito de este artículo, allí no solamente se cuestionó con respecto a las preferencias políticas de Roa, sino que también se indagó sobre su personalidad. Se lee que

Una de las más importantes gestiones adelantadas hasta ahora es la relativa a la personalidad del asesino y sus conexiones políticas y personales. Informaciones serias obtenidas por nuestros cronistas indican que los datos acopiados hasta el momento indican que el criminal era un convencido derechista y un fanático en cuestiones religiosas [...] Roa Sierra tenía una considerable cantidad de folletos de propaganda falangista de los que reparte la Embajada española [...] Roa Sierra fue empleado de confianza de la legación alemana antes de que Colombia rompiera con el gobierno de Hitler [...], las autoridades encontraron material de propaganda alemana de aquella época.

Hay que anotar que al día siguiente, 25 de abril de 1948, apareció en el mismo diario un artículo titulado “Era conservador Roa Sierra, dice Don Fidel Mejía”²¹. Allí, el medio de comunicación nuevamente se dedicó a reafirmar lo señalado el día anterior, y se presentó el testimonio de un hombre que aseguraba haber conocido personalmente a Roa Sierra:

Don Fidel Mejía [...] nos informa que conoció muy a fondo a Juan Roa Sierra, quien estuvo a su servicio en Bogotá y Barranquilla. Dice que militaba en el partido conservador y que era extraordinariamente apasionado. Era impulsivo, grosero e imperativo, lo que lo obligó a retirarlo de su servicio.

Debe ponerse en consideración que el 21 de abril de 1948 el diario *El Nacional*, de la ciudad de Barranquilla, ya había hecho el mismo comentario, manifestando que la secretaria de Don Fidel Mejía, antiguo empleador de Roa, había asegurado que: “Roa era un hombre fanático en extremo, que se la pasaba mal hablando de Barranquilla, por su falta de fervor religioso”.

Otro dato importante que se encuentra en la prensa de la época se halla en el diario *El Liberal*, de la ciudad de Popayán. Allí se lee, en la edición del 27 de abril de 1948, que Juan Roa Sierra estuvo espionando a Gaitán horas antes de su asesinato:

²¹ Don Fidel Mejía era el propietario del taller de vulcanización donde trabajó Roa. Disponible en: <http://revistas.elheraldo.co/latitud/el-asesino-de-jorge-eliecer-gaitan-vivio-en-barranquilla-106736>.

Acechaba al Dr. Gaitán desde el jueves 8 de abril y aún trató de hablarle en su oficina de abogado, cosa que impidió la secretaria. Se tiene entendido que lo estuvo siguiendo desde el momento en que salió de su audiencia seguida contra el teniente Cortés, y que terminó a las dos de la madrugada del 9 de abril.

Ya que se mencionó al diario *El Liberal*, es pertinente agregar que en la misma edición (27 de abril de 1948) se lee que aparentemente hubo unas acusaciones por parte de Estados Unidos, en las que el país norteamericano señaló a la Unión Soviética como responsable del asesinato de Gaitán. Posteriormente, los comunistas se defendieron de tal inculpación, y su defensa aparece publicada en *El Liberal*, con la siguiente información:

Informaciones internacionales, salidas de Moscú dicen que *La gaceta literaria* declaró que el asesinato del líder liberal colombiano Jorge Eliécer Gaitán, fue parte del complot tramado por la delegación de los Estados Unidos para obligar a las naciones suramericanas a ingresar al bloque anticomunista. Esta es, naturalmente, la reacción de Moscú, por las declaraciones del General Marshall, quien afirmó que el asesinato del Doctor Gaitán se debía a una conspiración del comunismo internacional. (El Liberal, 'Moscú resuelve explicar el asesinato del doctor Gaitán').

De la anterior cita llama la atención que tal pronunciamiento por parte del comunismo soviético no se limitara únicamente a hacer una defensa de la inculpación que le hizo Estados Unidos, sino que fuese más allá y afirmara tajantemente que el responsable del asesinato del político liberal había sido precisamente el país norteamericano. En ese momento, la investigación sobre el crimen de Gaitán empezó a tomar un nuevo rumbo y a reconsiderar nuevas conjeturas, pues ya no solamente buscaba establecer si el asesinato del líder había sido responsabilidad intelectual del conservadurismo colombiano, o incluso del

mismo liberalismo²², sino que se amplió y comenzó a considerar la posibilidad de que la Unión Soviética o Estados Unidos fueran los responsables del hecho²³.

Desde esa perspectiva, puede asumirse que diarios como *El Liberal*, *Vanguardia Liberal*, *Jornada* y *El Nacional*, asumieron posiciones ideológicas con respecto a la manera como presentaron a Juan Roa Sierra: a saber, su tendencia con respecto al crimen fue claramente liberal, por lo que asociaron a Juan Roa Sierra con una filiación política específica: la de su oposición, es decir, la conservadora.

Pero no se puede omitir que similar situación ocurrió con los medios impresos conservadores, los cuales, ya sea como mecanismo de defensa ante las acusaciones que se le atribuyeron al partido conservador de haber participado intelectualmente en el asesinato del caudillo liberal, o simplemente en un intento de pretender acusar a sus rivales políticos e ideológicos, también presentaron en los titulares de sus principales diarios algunas inculpaciones que resultan interesantes. El periódico *El Siglo*, el viernes 2 de julio de 1948 publicó un artículo cuyo titular manifestaba “Rómulo Betancourt encabezó el complot contra la nación”. Allí, entre otras cosas, se aseguró que: “El nueve de abril fue preparado en la ciudad de La Habana. Diplomáticos de diversos países se hallan comprometidos”. No era de desconocimiento que este diario nacional mantenía una tendencia conservadora, pues su dueño, Álvaro Gómez Hurtado, militaba en este partido político²⁴. Por esa razón, resulta

²² El pensamiento gaitanista, que se refleja en las intervenciones públicas que solía hacer Gaitán, se encaminaba a denunciar no solamente los vejámenes a los que eran sometidos tanto liberales como conservadores por uno u otro bando en la época de la Violencia, pues el líder liberal, además, consideraba que el enfrentamiento no debería ser entre liberales y conservadores sino entre el pueblo y la oligarquía. De ese modo, Jorge Eliécer Gaitán no era visto con buenos ojos en todos los sectores del liberalismo, pues era evidente que existía en Colombia una oligarquía liberal-conservadora que tenía como único fin turnarse el poder. En un artículo de Antonio Caballero titulado *El hombre que inventó un pueblo*, se lee que Carlos Lleras Restrepo, también líder liberal, con respecto a Gaitán “había sido siempre su peor enemigo”. Allí se comprueba entonces la pugna existente entre Gaitán y otros representantes de su mismo partido (Caballero, *El Tiempo*).

²³ Recordemos que ambos bloques podrían tener algún tipo de animadversión por el líder liberal, pues, por ejemplo, los comunistas se sentían traicionados por Gaitán, pues este no apoyó el hecho de que se saboteara la IX Conferencia Panamericana (Galán Medellín, pp. 179-204). Esta Conferencia se llevó a cabo en Bogotá desde el 30 de marzo de 1948 hasta el 30 de abril del mismo año. Debido a los hechos del Bogotazo la Cumbre tuvo que suspenderse durante unos días; sin embargo, posteriormente retomó sus actividades, aunque sus eventos se desplazaron y se realizaron en el Norte de Bogotá.

²⁴ Además, Álvaro Gómez era el hijo del político conservador Laureano Gómez, opositor acérrimo de Gaitán. Es justamente Laureano Gómez el protagonista de la novela de Carlos H. Pareja titulada *El monstruo*. En ella, Pareja insinúa que fue Laureano Gómez quien ordenó el crimen de Gaitán. En el libro *El crimen de abril*, de Rafael Galán Medellín, se lee que Álvaro Gómez fue inculcado por un periodista de *El siglo*, quien aseguró:

apenas entendible que en este periódico se asociara a la figura de Rómulo Betancourt con el crimen de Gaitán y con los desmanes ocurridos ese día en Bogotá, pues Betancourt no solo era para ese entonces el presidente de Venezuela, sino que además era ideológicamente de tendencia izquierdista; por ende, su figura y su presencia en Colombia en la IX Conferencia Panamericana²⁵ no había caído muy bien en los sectores conservadores de la época.

Es fundamental tener en cuenta que el día 11 de abril de 1948 se escuchó una alocución presidencial de Mariano Ospina Pérez por la emisora Radiodifusora Nacional. En ella el presidente aseguró que “la muerte del jefe del liberalismo había tenido orígenes en el comunismo, y el hecho delictuoso se había concitado con el exclusivo propósito de alterar el orden público, y sabotear la IX Conferencia Panamericana; socavar el régimen constitucional para implantar un gobierno revolucionario”.

Igualmente, en el periódico A.B.C de España, días después del crimen de Gaitán, se publicó una entrevista en la que el jefe del partido conservador, Laureano Gómez, aseveraba que el motivo de los comunistas para matar a Gaitán había sido que

Gaitán había recibido enorme cantidad de dinero de la Legación Soviética de Bogotá, en cantidad suficiente para financiar un movimiento revolucionario que estaba resuelto a capitalizar; que Gaitán había dado el primer paso adelante, pero cuando se había dado cuenta de que la Unión Soviética lo único que perseguía era asestar un duro golpe contra Norteamérica, había recomendado a sus amigos dar marcha atrás; y que al fracasar y desautorizar a sus compinches, le había valido su asesinato. (Galán Medellín, p. 191).

Las numerosas versiones con respecto a la responsabilidad intelectual del asesinato de Jorge Eliécer Gaitán posibilitaron asociar a Juan Roa Sierra con alguna ideología política específica o con algún motivo para disparar contra el político liberal. Sin embargo, es menester centrarnos ahora en estudiar la posibilidad de que Roa Sierra no hubiese actuado solo en el crimen material. Ello es relevante porque en la novela *El crimen del siglo*,

“Después de que asesinaron a Gaitán, me acordé con espeluznante impresión, que los datos fisonómicos que daban en la prensa de Juan Roa Sierra, coincidían casi exactamente con las características físicas de un personaje mal vestido, de rostro pálido, y como tímido que con frecuencia, entraba allá al periódico y solían conversar privadamente con el doctor Álvaro Gómez Hurtado. Siempre tuve la sospecha de que ese personaje, que no volví a ver nunca, fuera el asesino de Jorge Eliécer Gaitán” (p. 248).

²⁵ La Conferencia Panamericana era una especie de Cumbre en la que los representantes de los países de la región americana se reunían para dialogar sobre aspectos sociopolíticos y económicos. Durante estas Conferencias era notorio el dominio político que ejercía la nación estadounidense.

Miguel Torres recurre a la figura de un personaje que acompaña a Roa en el momento del asesinato de Gaitán, y que, además, aparentemente es quien propina los disparos. A este misterioso personaje se le denomina en la novela como 'El Flaco'. Indudablemente Miguel Torres también se sirvió de lo registrado por algunos medios impresos de la época para desarrollar su personaje, pues en efecto algunas versiones y testimonios arrojaron la teoría de que había otro hombre implicado en el asesinato. Sin embargo, esas versiones y testimonios pasaron desapercibidos: es notorio que dentro del imaginario del colombiano promedio, se cree que el único asesino de Gaitán fue Roa Sierra; de hecho, no es común que los colombianos conozcan sobre la posible autoría material de otro criminal, pues esa posibilidad no fue difundida en los libros de historia.

Aunque la presencia de un segundo hombre en el crimen fue una versión poco presente en los diarios o en la historia oficial del país, vale la pena mencionar las pocas apariciones de esta hipótesis, para más adelante, en el tercer capítulo, analizar la construcción de este segundo personaje en la novela *El crimen del siglo*.

En el periódico *Jornada*, del 28 de abril de 1948, figuró el titular "Tres sujetos acechaban al Dr. Gaitán el día 7". Allí se lee que "Roa Sierra estuvo acompañado de un hampón boyacense en vísperas del crimen". Entre otras cosas, se lee en el artículo que la secretaria de Gaitán, Cecilia de González, había anotado en la agenda que Roa Sierra estaba citado para entrevistarse con el político el día 12 de abril a las 12 del día. Pero quizás lo que más llama la atención es que la secretaria de Gaitán, recordara

la personalidad del sujeto que dio muerte al ilustre caudillo y los antecedentes inmediatos, como también la filiación de un compañero del asesino que estuvo con este precisamente el día del crimen. La señora de González describe a este compañero diciendo que era un hombre de regular estatura, flaco, y vestido casi siempre con una sucia gabardina. Tenía una mirada extraña y los ojos saltados que daban la impresión de un loco. La señora de González ha relatado ampliamente cómo desde fines del mes de marzo, Roa Sierra estuvo merodeando cerca de la oficina del dr. Gaitán, y cómo trató en diversas ocasiones de hablar con el jefe del liberalismo, sin haberlo conseguido por los obstáculos que ella le puso.

En el mismo artículo se lee más adelante que el ascensorista del edificio Agustín Nieto, en donde quedaba ubicada la oficina de Jorge Eliécer Gaitán, coincidía con la secretaria Cecilia de González en la versión declarada por ella. Por ese motivo, el artículo del

periódico concluyó que “el día del crimen estaba Roa y el hombre con ojos de loco, que habían venido acechando al jefe del liberalismo”. Ahora bien, el diario *El Liberal* publicó el 28 de agosto de 1948 un artículo bajo el titular de “Reconocido El Flaco como el compañero de J. Roa Sierra”, en el que se aseguraba, sobre ese tal ‘Flaco’: “se llama César Bernal y lo reconoció Gabriel Baquero”; allí se cuenta que Baquero reconoció a este hombre, de acuerdo con las descripciones físicas que de él hicieron la secretaria de Gaitán y el ascensorista del Agustín Nieto. También, se registra que ‘El Flaco’ es justamente el hombre con ojos de loco, aquel a quien “vieron conversar con Juan Roa Sierra, el asesino del doctor, pocos instantes antes de la muerte del caudillo”. Dado lo anterior, se puede observar que este diario presenta al Flaco como acompañante de Juan Roa Sierra en el momento del crimen, pero se reitera que Roa Sierra fue el asesino, es decir, quien disparó.

Hay que mencionar otra importante noticia que registró el periódico *El Liberal* a propósito de El Flaco. El 5 de septiembre de 1948 apareció publicado un artículo con el titular: “El Flaco intentó suicidarse”. De esta noticia básicamente se puede inferir que a pesar de que la detención de este sujeto permitió hablar de un capturado a propósito del asesinato de Gaitán, no pudo establecerse realmente la participación de este hombre en el crimen, pues este negó tajantemente cualquier tipo de culpabilidad. Por el contrario, en su declaración manifestó admiración por Gaitán, “por ello precisamente [El Flaco] le había solicitado [A Gaitán] que lo ayudara”²⁶. En el artículo, además, se escribió que pese a la indagatoria que tuvo que rendir durante horas, no apareció “ninguna prueba concluyente en su contra, que indique una posible relación con Juan Roa Sierra”. De esa manera, se logró capturar a un posible cómplice de Roa Sierra, pero no se logró establecer que ese cómplice hubiese participado en el crimen, lo que permitiría presuponer que fue por esa razón que no se volvió a saber qué sucedió con este sujeto, quien luego de su declaración quedó borrado del caso, de la prensa y de la historia. Sin embargo, no quedaría borrado de la literatura, pues El Flaco aparecería nuevamente, setenta años después, como coprotagonista de una novela colombiana: *El crimen del siglo*.

²⁶ Esta información también se evidencia en la construcción del personaje de El Flaco en la novela *El crimen del siglo*, de Miguel Torres. La novela permite ver la documentación que el autor colombiano hizo para desarrollar personajes que, aunque matizados por la ficción, resultan ser realistas, lo que se refleja en que Torres se sirvió de registros históricos y periodísticos para crear su obra.

Pero a propósito de esta aparición literaria, resulta pertinente mencionar que Miguel Torres, contrario a como lo dio a conocer la prensa y la historia oficial, presentaría de manera sugerente al Flaco como el asesino, es decir, como quien disparó tres veces contra Gaitán. Esta ficcionalización del personaje de El Flaco pudo haber sentado sus bases en tres testimonios:

1. El de un hombre llamado Julio Enrique Santos Forero, quien en su testimonio manifestó haber visto a un hombre “que retrocedía con un revólver en la mano hacia la esquina de la Avenida Jiménez”; según su testimonio, este individuo “era alto, vestido de carmelita y como características peculiares observó una mancha en su cara”. Sin embargo, este mismo testigo aseguró que

al observar minutos después al sujeto que se encontraba aprehendido en la droguería como el homicida, se sorprendió al ver que no era el mismo individuo de la aludida mancha en la cara y así comenzó a expresarlo a gritos sin que fuera atendido por las personas que querían sacarlo.²⁷

2. El de Alfonso Romero Conti, otro testigo presencial que aseguró, cuando vio la fotografía del supuesto asesino publicada en el periódico: “mataron al que no era, ese pobre hombre no mató a Gaitán” (Galán Medellín, p. 73).

3. El de Gabriel García Márquez, quien en su autobiografía *Vivir para contarla*, señaló:

Todo parecía en regla, salvo que un hombre de condición tan humilde y sin antecedentes penales llevara consigo tantas pruebas de buen comportamiento. Sin embargo, lo único que me dejó un rastro de dudas que nunca he podido superar fue el hombre elegante y bien vestido que lo había arrojado a las hordas enfurecidas y desapareció para siempre en un automóvil de lujo. [...] Cincuenta años después, mi memoria sigue fija en la imagen del hombre que parecía instigar al gentío frente a la farmacia, y no lo he encontrado en ninguno de los incontables testimonios que he leído sobre aquel

²⁷ Esta declaración apareció el 1 de mayo de 1950 en el periódico *El siglo*, con el titular “El linchado no fue el asesino de Gaitán”. Es fundamental tener en cuenta que en este mismo testimonio también se declaró que el 9 de abril, entre la multitud “surgió un hombre que pedía el linchamiento del individuo vestido de gris, gritando: córtenle las manos asesinas [...] una fiera humana le pisoteaba con toda furia la mano derecha”. A propósito de ese testimonio, Simón Posada Tamayo, autor del artículo “¿Quién mató a Gaitán? Las dudas sobre Juan Roa Sierra” manifestó que: “De estas dos declaraciones se deduce que entre quienes encauzaron la multitud para que linchara a Roa Sierra había por lo menos una persona interesada en desfigurar o en cortar la mano derecha de la víctima, con el fin de impedir una futura identificación”. Recordemos la cita al pie de página #1: el hombre misterioso que según García Márquez “parecía instigar al gentío frente a la farmacia” para que lincharan al supuesto asesino.

día. Lo había visto muy de cerca, con un vestido de gran clase, una piel de alabastro y un control milimétrico de sus actos. Tanto me llamó la atención que seguí pendiente de él hasta que lo recogieron en un automóvil demasiado nuevo tan pronto como se llevaron el cadáver del asesino, y desde entonces pareció borrado de la memoria histórica. Incluso de la mía, hasta muchos años después, en mis tiempos de periodista, cuando me asaltó la ocurrencia de que aquel hombre había logrado que mataran a un falso asesino para proteger la identidad del verdadero (García Márquez, 2002, p. 339).

Además, puede señalarse que Miguel Torres y otros autores colombianos se han valido de nuevos e interesantes testimonios para crear sus obras literarias, pues a pesar del distanciamiento histórico que existe con el hecho, aún continúan creándose y reproduciéndose versiones con respecto al homicidio de Gaitán y su supuesto asesino. Por ejemplo, es fundamental tener en cuenta algunas apreciaciones recientes sobre el hecho, para ver cómo cada vez se hace más evidente que la percepción que tienen ciertos periodistas e intelectuales sobre el asesinato de Gaitán ya no está tan ligada a lo que, en su momento, estableció la historia oficial y mostró la prensa colombiana. Uno de los artículos periodísticos recientes que más se recuerdan a propósito, es el de Daniel Samper Pizano, publicado el 13 de noviembre del año 2000 en la Revista Semana. En este artículo, titulado “¿Quién mató a Gaitán?”, el periodista expone sobre Juan Roa Sierra, que “supuestamente ya había trabajado en otras misiones de la CIA y de la Embajada de USA”.

De igual manera, Daniel Samper comenta en el artículo que en declaraciones del agente secreto norteamericano Jhon Mepples Espiritio, después de proponerle a Roa que asesinará a Gaitán, “le prometieron protegerlo en caso de ser arrestado”. Sin embargo, dice más adelante Mepples: “Pero nosotros pensábamos después eliminarlo físicamente”. De ese modo, las declaraciones de este agente norteamericano fueron dicientes porque por primera vez se registró en la prensa colombiana un testimonio de uno de los aparentes responsables intelectuales del crimen. Sin embargo, pronto estas denuncias realizadas por Daniel Samper (quien aseguró que tuvo acceso a tales declaraciones gracias a una grabación que el historiador Arturo Alape hizo clandestinamente al agente estadounidense) perdieron validez, pues se difundió la noticia de que probablemente Mepples había modificado y “adornado” los hechos, razón por la que se concluyó que “no se avala la teoría de que Roa Sierra haya sido un títere de la CIA”, de modo que “no parece probable tampoco una

conspiración del silencio. Por lo tanto, nada indica que se haya realmente avanzado en la resolución del enigma del asesinato de Jorge Eliécer Gaitán”. Sin embargo, pese a esa conclusión apresurada y misteriosa, el artículo de Daniel Samper fue trascendental porque abrió la puerta para que, en un nuevo siglo, se reanudara el cuestionamiento y el interés por desentrañar, por fin, quién había sido el asesino de Jorge Eliécer Gaitán en 1948.

En ese sentido, han sido varios los textos periodísticos que se han publicado recientemente en la prensa impresa y la digital con respecto al presunto homicida. Otro artículo que se pronunció con relación al crimen de Gaitán, y que dejó a los lectores muchas dudas y cuestionamientos, fue uno titulado “¿Quién mató a Gaitán? Las dudas sobre Juan Roa Sierra”²⁸. Allí, el periodista Simón Posada Tamayo hizo un detallado recorrido del hecho y citó un artículo de otro periodista, Enrique Santos Molano, quien en la revista *Credencial*, en su edición del mes de marzo de 2006, publicó un artículo llamado “9 de abril de 1948: el día que mataron a Gaitán”. Allí, Santos Molano expuso, más que una descripción o un análisis, una denuncia, pues señaló:

Si la muerte de Jorge Eliécer Gaitán ha constituido hasta hoy un misterio en torno a los motivos y los autores, ello no puede explicarse sino por el hecho de que los implicados en el crimen se las arreglaron para embrollar el asunto desde el principio, enredar la investigación y desviar las pruebas hacia un autor solitario en lo intelectual y en lo material: Juan Roa Sierra.

En cuanto al artículo de Simón Posada Tamayo, el periodista comenzó manifestando que

A pesar de la abundancia de testigos, existen una serie de cabos sueltos que siguen sin respuesta 65 años después del asesinato. Es más, quizá por esa misma abundancia de versiones y teorías, el caso de la muerte de Gaitán genera una serie de suspicacias, sobre todo en el punto central: la responsabilidad de Juan Roa Sierra.

Para sustentar su opinión de que existen cabos sueltos y elementos que no coinciden con respecto al asesinato del líder liberal, el periodista manifestó

Y si sobre el traje hubo gran debate, la corbata y el sombrero también fueron objetos de amplia discusión. Ni los policías que lo capturaron ni los acompañantes de Gaitán recuerdan que el asesino llevara puesta una corbata en el momento del atentado. Sin embargo, personas que participaron en el linchamiento recuerdan que el asesino llevaba puestas dos corbatas, una señal que fue útil para que el

²⁸ Este artículo se publicó el 8 de abril del 2013 en el diario *El Tiempo*.

cuerpo fuera ubicado entre los cientos de cadáveres. En cuanto al sombrero, el agente de policía Carlos A. Jiménez recuerda que, en un momento, se le perdió el asesino entre la multitud y él lo buscaba por un rasgo distintivo de su sombrero: era “gris grasiento”. Sin embargo, un hombre llamado Guillermo Pérez Sarmiento le dijo al diario ‘El Siglo’ que al llegar a la Droguería Granada, donde Roa Sierra estaba encerrado, se había dado cuenta de que estaba parado sobre un sombrero que, según las personas, pertenecía al asesino. “La pregunta que surge de esas declaraciones es la siguiente: si el asesino perdió el sombrero en su huida, ¿cómo hizo el policía para encontrar al individuo del sombrero gris?”, pregunta el periodista de 'El Siglo'.

Pero quizás uno de los aspectos que resultan más interesantes en este artículo, es que el periodista menciona la investigación de la Scotland Yard, pues esta institución fue la encargada por el gobierno, de investigar el hecho y determinar quiénes fueron los responsables del crimen. Sin embargo, no hubo como tal un veredicto o unas conclusiones que arrojaran resultados precisos y determinantes sobre el asesinato, pero sí se presentaron ciertos errores, como que se violó la reserva del sumario. Evidentemente esos “errores” más podrían concebirse como coartadas por parte de dicha comisión de investigación, pues resultó poco creíble su declaración final, la cual terminó por avalar “la que es hoy la versión oficial de los hechos, que afirma que Roa Sierra actuó solo y por cuestiones de desequilibrio mental”.

Por último, me referiré a un artículo también reciente, que resultó muy sorprendente y que parece arrojar nuevas pistas con relación al asesinato de Gaitán. Se llamó “El detective detrás de la mano asesina” y es de la autoría de Plinio Apuleyo Mendoza.²⁹ Allí, Mendoza expone que, según su padre

Roa Sierra retrocedía lentamente, siempre con el arma en la mano, cuando ocurrió algo inesperado. Del café Gato Negro, que estaba a sus espaldas, salió un hombre corpulento, con sombrero y abrigo negros, que se acercó sin prisa a él y tranquilamente le quitó el revólver. Luego le hizo señas a dos policías que estaban en la esquina y les entregó a Roa, quien parecía obedecerle con docilidad. Aquel enigmático personaje dejó a mi padre muy sorprendido. No sabía si en su acción había un frío coraje o más bien complicidad con el asesino. Le extrañó mucho que no se diera a conocer en la prensa como el hombre que lo había desarmado.

²⁹ Este artículo se publicó el 9 de abril del 2013. Recordemos que Plinio Apuleyo Mendoza es hijo de Plinio Mendoza Neira, quien fuera el amigo de Gaitán, y su acompañante en el momento del asesinato. Algunas fuentes y testimonios, especialmente de la hija de Jorge Eliécer Gaitán, han señalado que Mendoza Neira participó en un complot para asesinar al caudillo liberal.

Pese a lo novedoso, inquietante e interesante de su declaración, resulta intrigante saber por qué razón Plinio Mendoza Neira, acompañante de Gaitán en el momento del crimen del dirigente liberal, no rindió esta versión cuando se recogió su testimonio, y solo hasta ahora, más de sesenta años después, su hijo publica un artículo en el cual hace dicha revelación.

Retomando el artículo, más adelante se lee que la presencia de este hombre que desarmó a Roa Sierra, y que parecía conocerlo previamente y ejercer en él cierta autoridad, le inquietó mucho a Mendoza Neira, especialmente porque reconoció en ese hombre a Pablo Emilio Potes. Según Plinio Apuleyo Mendoza, su padre había visto a este sujeto en una protesta que los mismos liberales hicieron frente a la oficina del partido liberal días antes, pues no estaban de acuerdo con que algunos políticos del partido, como Carlos Lleras Restrepo, participaran, “en aras de la paz”, en el gobierno de Mariano Ospina Pérez. Así, recuerda Mendoza hijo, que su padre

decidió salir al balcón para hablarles a los manifestantes. Al lado suyo, apareció de pronto su amigo y miembro de la dirección liberal José Francisco Chaux, quien sin abrir diálogo alguno le gritó a la multitud: “¡No se dejen engañar! El hombre que está allí abajo, azuzándolos contra nosotros, es un detective cuya placa de identificación aquí tengo. Se llama Pablo Emilio Potes y ha organizado a los pájaros del Valle”. Diciendo esto, señalaba a un hombre grande y corpulento con sombrero y traje oscuro que al oírlo intentaba escabullirse.

Ahora bien, resulta también muy inquietante que más adelante Plinio Apuleyo Mendoza escribiera en su artículo que

revisando en días pasados viejos mensajes electrónicos no abiertos, encontré uno que me estremeció. En un texto titulado “¿Quién mató a Gaitán?”, escrito por el coronel Luis Arturo Mera Castro, se mencionaba por primera vez a Potes, al famoso Pablo Emilio Potes, el mismo personaje tantas veces citado por mi padre. En dicho artículo, el coronel Mera revelaba que el tío de un amigo suyo había sido llamado de urgencia por Potes quien, moribundo, abandonado en una pocilga de la calle 63 de Bogotá, había sentido la necesidad de hacerle una extraña confesión. Textualmente le había dicho: “Por el aprecio que le tengo y para descanso de mi alma lo mandé llamar. Yo estoy pudriéndome en vida y estoy pagando mi pecado por el mal tan grande que le hice al país: yo maté a Gaitán”.

De acuerdo con la cita anterior, se trata indudablemente de un texto revelador. Sin embargo, también produce ciertas imprecisiones y posibilita que su declaración sea

concebida como un probable testimonio producto de fantasías hechas por Plinio Apuleyo Mendoza, quien, por un lado, es anciano, y por el otro, es hijo de Mendoza Neira, cuyo nombre ha estado manchado por la duda. Esa duda se sustenta en que principalmente Gloria Gaitán, hija de Jorge Eliécer Gaitán, siempre lo ha relacionado con el crimen de su padre pese a que Mendoza siempre se mostró como uno de los más cercanos amigos del líder liberal. Cabe añadir que en una entrevista Gloria Gaitán manifestó que “el 9 de abril en la casa de Plinio Mendoza había una gran celebración. En un salón cuya puerta estaba medio abierta, un numeroso grupo de señores tomaba whiskey y brindaba por el asesinato de Gaitán”. En esa entrevista, la hija del dirigente político también señaló que

Plinio Neira se infiltró en el movimiento liderado por su padre siguiendo órdenes de los factores oligárquicos desplazados de la dirigencia del partido Liberal por el auge del Gaitanismo. Gloria relata que los militantes de base alertaban a su jefe sobre el peligro que representaba la cercanía táctica de Mendoza Neira diciéndole: *“doctor Gaitán, apártese de los judas, aléjese de Plinio Mendoza”, le repetía el pueblo y mi papá contestaba – de lo cual fui testigo – “déjenlo, los judas se ahorcan solos”*. Gloria Gaitán añade: *“Mamá, ese mismo 9 de abril, llamó a mi papá faltando un cuarto de hora para que mi padre saliera de la oficina y sus últimas palabras a su marido fueron: “Jorge, deja la Constitución tan bien encuadrada y tómate el poder. Deja a los “plinios” y vete con los tuyos”*. (Disponible en: ‘Los enigmas que rodean la muerte de Gaitán <http://www.eljojoto.net/2016/04/11/los-enigmas-que-rodean-el-asesinato-de-jorge-eliecer-gaitan/>).

Incluso en una entrevista más reciente, concedida a la emisora colombiana W radio, Gloria Gaitán reiteró que los responsables del asesinato de su padre fueron: “Mariano Ospina Pérez y Laureano Gómez, en complicidad con Plinio Mendoza Neira” (entrevista del 11 de abril de 2017).

También me parece pertinente agregar que, en caso de que el testimonio de Plinio hijo tuviera veracidad, hubiese resultado importante que revelara a los medios de comunicación las pruebas suficientes del correo electrónico que recibió sobre el tal Pablo Emilio Potes, pues de esa manera podría sustentarse mejor su declaración, y se avanzaría, considerablemente, con la investigación y con las versiones que se han ventilado durante más de seis décadas.

Asimismo, es interesante analizar que este artículo, publicado el día en que se cumplieron 65 años del asesinato de Gaitán, no produjo ningún impacto en la prensa ni en la historia colombianas; es más, pasó inadvertido y no tuvo difusión alguna. Ello entonces permitiría establecer que posiblemente: 1. el testimonio de Plinio Apuleyo Mendoza careció de credibilidad, o 2. simplemente el interés por desencadenar las pistas en el crimen del líder liberal ya no inquieta a nadie.

Finalmente, es fundamental tener en cuenta que las más recientes publicaciones periodísticas sobre el asesinato de Gaitán, específicamente sobre Juan Roa Sierra, han sembrado la duda en muchos colombianos y han logrado que la historia oficial sobre el crimen tambalee³⁰. Esos testimonios, pese a no ser totalmente comprobados ni avalados por alguna institución investigativa o algún ente de la justicia, han servido para desvirtuar los preceptos que después del 9 de abril dieron por sentado que Juan Roa Sierra era un hombre mentalmente afectado que había ejecutado un plan macabro, conducido por intereses personales. Igualmente, han servido para poner en entredicho las conclusiones de una comisión cuya investigación, más que imperfecta, fue mentirosa, y han logrado que otras instituciones, como la literaria, se sirvan de todas estas nuevas teorías y versiones para conjeturar y fantasear con el personaje del aparente asesino, lo que le ha dado paso a la publicación de una narrativa interesada en jugar con esos vacíos históricos para denunciar y señalar al Estado como el responsable del crimen y su posterior impunidad; en ese sentido, se observa que tales denuncias hacen de estos autores unos escritores comprometidos con su contexto sociopolítico. Así, la novelística colombiana del siglo XXI, encabezada por autores como Miguel Torres y Juan Gabriel Vásquez, se ha consolidado como una sobresaliente narrativa realista social, que no pretende copiar la realidad o la vida del asesino de Jorge Eliécer Gaitán, sino que busca, a través de la ficción, permitir que el lector

³⁰ Sin embargo, debe señalarse que, por más de que existan estas nuevas versiones sobre los hechos, y de que se hayan publicado varias novelas que han reforzado esas mismas hipótesis (como la de que Roa Sierra no fue el asesino), la historia oficial parece seguir en pie: no hay ningún interés en mencionar el tema, y los libros de historia siguen indicando que un hombre llamado Juan Roa Sierra fue el asesino y que actuó motivado por la locura, la venganza y el odio. Ello se sustenta en que, por ejemplo, los libros escolares de Ciencias Sociales no han actualizado su información a ese respecto.

se aproxime a la condición humana de un personaje antiheróico como Juan Roa Sierra, quien bien pudo haber sido tan solo un chivo expiatorio en esta historia.

2. EL PHARMAKON O EL MECANISMO DEL CHIVO EXPIATORIO

Los perseguidores siempre acaban por convencerse de que un pequeño número de individuos, o incluso uno solo, puede llegar, pese a su debilidad relativa, a ser extremadamente nocivo para el conjunto de la sociedad.

(René Girard, *El chivo expiatorio*, p. 25).

Si consideramos que en efecto Juan Roa Sierra pudo haber sido un chivo expiatorio en la historia de un acontecimiento político, tal como lo sugieren algunas novelas colombianas recientes, especialmente las de Miguel Torres, debemos remitirnos al concepto de “chivo expiatorio”. Para precisar este concepto hay que señalar que dicha expresión tiene un carácter ambivalente, ya que implica a la vez inocencia y culpabilidad. El concepto entonces es contradictorio, pues por un lado representa la culpabilidad del individuo a quien se le reconoce dentro de la sociedad como un ser despreciable; y por el otro lado, porta una especie de carácter sagrado, en el que el individuo se asocia con la inocencia, con la piedad e incluso con la divinidad. Una definición de chivo expiatorio señala que es una “Expresión extrabíblica para designar al «macho cabrío» sobre el que, según Levítico 16:20 ss, el sumo sacerdote (en el Día de la Expiación) imponía las manos, cargando así sobre él, simbólicamente, los pecados del pueblo; el animal era luego expulsado al desierto”. (*Diccionario bíblico. Bibliatodo*). Más adelante ahondaremos en este pasaje bíblico.

Es necesario mencionar que en este segundo capítulo estudiaremos el concepto de chivo expiatorio desde varios puntos de vista. Inicialmente examinaremos cómo dicho concepto se relaciona con la práctica religiosa; posteriormente analizaremos desde una perspectiva antropológica por qué se puede considerar que el concepto de ‘chivo expiatorio’ tiene raíces en prácticas que datan de épocas prehistóricas, aparentemente inherentes al ser humano. Después, daremos una mirada al sacrificio del chivo expiatorio para mostrar cómo este concepto también se relaciona con acciones rituales de adoración a los dioses; luego de ello, nos detendremos a explorar cómo el concepto de chivo expiatorio se origina con el cristianismo, una vez en el Antiguo Testamento se hace referencia a la expiación de la sangre del cordero.

Vale añadir que después de una contextualización religiosa y antropológica del concepto, pasaremos a analizar la expresión griega *pharmakon*, y consecutivamente miraremos qué condiciones se requieren para que un individuo sea víctima del mecanismo del chivo expiatorio. Posteriormente nos aproximaremos a estudiar la manera como la práctica de este mecanismo se pone en marcha con el fin de disipar tensiones y rabias en una comunidad, observando el papel imprescindible que desempeña la multitud para que se ejecute dicha práctica. Ulteriormente acudiremos al estudio de la práctica del chivo expiatorio como una experiencia imitativa en la sociedad, para finalmente detenernos a revisar cómo en diversos hechos de la historia de la humanidad y en obras particulares de la literatura universal, se han desarrollado personajes víctimas del mecanismo del chivo expiatorio.

Este segundo capítulo se ha dividido en subcapítulos referentes, cada uno de ellos, a los anteriores aspectos mencionados, con el fin de dar mayor organización y continuidad a la lectura.

También cabe anotar que toda esta contextualización y explicación teórica del concepto se hace menester, para más adelante poder interpretar el modo como se evidencia el concepto de chivo expiatorio o el de *pharmakon* en la construcción del personaje de Juan Roa Sierra que Miguel Torres hace en su trilogía de novelas sobre El Bogotazo.

Es preciso aclarar que en este capítulo se mostrarán algunos de los sacrificios de expiación más emblemáticos en la historia de la humanidad, aunque eventualmente también se mencionarán algunos sacrificios propiciatorios. Los sacrificios de expiación son aquellos en los que se sacrifica a un individuo para que con su muerte y su sangre se limpie y se eliminen las culpas de la comunidad. Los sacrificios propiciatorios son aquellos que buscan que algo sea propicio o favorable, especialmente ante una divinidad. Sin embargo, en los sacrificios propiciatorios también se pretende que sean favorables o propicios la cosecha, la caza, el clima, etc. En el caso de las novelas de Miguel Torres se podría sugerir que el sacrificio de Juan Roa Sierra fue de expiación, pues tuvo como propósito limpiar las culpas de la comunidad y liberarla de tensiones.

2.1 Matar un cordero inocente: una práctica sagrada

La explicación básica del fenómeno del chivo expiatorio está en el terreno de lo religioso, lo cual lleva a ver la consideración que el antropólogo francés Rene Girard realiza en el plano antropológico, en su estudio *La violencia y lo sagrado* (1983):

lo religioso está lejos de ser “inútil”. Deshumaniza la violencia, sustrae al hombre *su* violencia a fin de protegerle de ella, convirtiéndola en una amenaza trascendente y siempre presente que exige ser apaciguada por unos ritos apropiados así como por un comportamiento modesto y prudente. Lo religioso libera realmente a la humanidad, pues libera a los hombres de las sospechas que les envenenarían si recordaran la crisis tal como realmente se ha desarrollado (Girard, 1983, p. 143).

A su vez la religión, que desde siempre en la historia humana ha tenido un papel central, cumple una “función social” al mantener la cohesión de la comunidad a fin de garantizar la supervivencia, la estabilidad y la continuidad de la misma. Para ello, se vale de ritos sacrificiales, que generalmente involucran formas de violencia. Acerca de ello sostiene Girard que “no hay [...] prácticamente ninguna forma de violencia que no pueda ser descrita en términos de sacrificio” [Girard, *Violence and the Sacred*, 1, citado por Petro del Barrio, p. 85]. Pero esta violencia está inscrita en el ámbito de lo sagrado, el que Girard caracteriza así:

Lo sagrado es todo aquello que domina al hombre con tanta mayor facilidad en la medida en que el hombre se cree capaz de dominarlo. Es, pues, entre otras cosas pero de manera secundaria, las tempestades, los incendios forestales, las epidemias que diezman una población. Pero también es, y, fundamentalmente, aunque de manera más solapada, la violencia de los propios hombres, la violencia planteada como externa al hombre y confundida, a partir de entonces, con todas las demás fuerzas que pesan sobre el hombre desde fuera. La violencia constituye el auténtico corazón y el alma secreta de lo sagrado. (Girard, 1983, p. 38).

No obstante, esto se sitúa en medio de un hecho central ambivalente y contradictorio, ya que: “Es criminal matar a la víctima porque es sagrada [...], pero la víctima no sería sagrada si no se la matara”. (Girard, 1983, p. 9).

Cabe señalar que en cuanto al carácter de lo sagrado y a sus implicaciones en el campo social, varios autores complementan lo enunciado hasta aquí:

ese elemento sagrado o ‘necesidad superior’ (Burkert, *Tragedy*, p. 109) en palabras de Burkert, evoluciona en su uso y significado. Durkheim llega a afirmar que lo sagrado no se refiere en último extremo a algo sobrenatural, “sino más que eso a la interdependencia emocional de la gente, sus

acuerdos sociales” (Durkheim, p. 37), opinión que coincide con la de McKenna que ve lo sagrado como invención social. (Petro del Barrio, 2006, p. 103).

Centrémonos de nuevo en el asunto del chivo expiatorio, comenzando precisamente por una referencia al antropólogo Walter Burkert, autor del libro *Homo necans: interpretaciones de ritos sacrificiales y mitos de la antigua Grecia* (1997):

en 1979 Walter Burkert [...] ofreció una hipótesis [...] según la cual, los mitos de «chivo expiatorio» son reliquias de una primitiva experiencia humana supuestamente frecuente, la de tener que sacrificar a los miembros más débiles del grupo. (“Mitología”).

Aquí los dos conceptos centrales son el sacrificio y la debilidad; la segunda facilita la realización ritual del primero. La víctima llamada chivo expiatorio es la parte que debe ser sacrificada por el bien del todo, es decir, de la comunidad o la sociedad.

2.2 Ajusticiar una víctima: una acción inherente al ser humano, según la prehistoria

Es fundamental hacer una somera aproximación a algunas precisiones antropológicas y religiosas pertinentes, pues el chivo expiatorio se configura como un mecanismo o una práctica que los seres humanos han efectuado desde tiempos antiguos en algunas culturas. De hecho, las familias antropoides, entre ellas la humana, han practicado el mecanismo del chivo expiatorio: este proceder resulta ser inherente al comportamiento humano. De acuerdo con el biólogo y primatólogo español Agustín López Goya, los primates mantienen relaciones sociales parecidas a las que comúnmente sostienen los seres humanos. En las observaciones que López Goya y otros científicos hicieron de estos animales en el Zoológico de Madrid, se evidenció que cuando estos tienen algún conflicto y entran en cierto tipo de tensión emocional, suelen elegir un individuo para perseguirlo y agredirlo y, de esa manera, dirigir o depositar en él toda la culpa de dicho conflicto, es decir, atacarlo y golpearlo para canalizar, a través de la violencia, la ira y los sentimientos de rabia reprimidos en los sujetos agresores. Por lo general, solamente cuando se da la “expiación” y se termina por abatir al animal que se eligió como el receptor de la persecución y de las agresiones, el grupo de primates puede restituir el orden nuevamente, disolver la tensión y entrar en reconciliación. Asimismo, agrega López Goya que es notorio que comúnmente el animal al que se agrede es un individuo apartado, débil e inferior en cuanto al nivel de dominancia, razón por la que se puede intuir que dadas esas características, es más fácil

señalarlo y culparlo de algún acto que no propiamente él cometió.³¹ Indudablemente, similar situación sucede con la familia antropoide humana. Más adelante mencionaré los casos más comunes de chivos expiatorios en la historia y en la literatura, con el fin de aclarar cómo opera este mecanismo en algunos sujetos.

Hay que señalar que en las comunidades más antiguas de homínidos ya era común la práctica del chivo expiatorio, pues posiblemente también se escogía a un individuo débil e inferior para que a través de su persecución y abatimiento se canalizaran la ira y la tensión ocasionadas a propósito de algún conflicto que desencadenara violencia en la comunidad. Sin embargo, no hay registros que puedan dar cuenta de este mecanismo específicamente, aunque de acuerdo con Walter Burkert, en la prehistoria posiblemente ya solían efectuarse sacrificios animales, pues

Las pruebas más antiguas y persistentes de esta tesis son los huesos de presas cazadas por los hombres paleolíticos y las extrañas prácticas que demuestran. Cabe destacar los entierros de oso, de la época Neandertal: los hombres prehistóricos colocaban con sumo cuidado en cuevas, junto a los demás huesos, y en particular junto a los grandes fémures, los cráneos de los osos cavernarios que habían matado y comido. Esta costumbre concuerda notoriamente con las ofrendas de cráneos y huesos largos de los pueblos cazadores de Siberia, que también depositaban con esmero los huesos de sus presas en lugares sagrados (Burkert, 1997, pp. 36-37).

Lo interesante de esta información es que nos conduce al tema del sacrificio, que sería la forma más antigua de la acción religiosa, y que para efectos de la presente investigación resulta muy interesante, ya que el concepto de chivo expiatorio nace precisamente de la práctica religiosa del sacrificio para alabar a los dioses.

Es menester aclarar que para que un individuo sea víctima del mecanismo del chivo expiatorio no se requiere que la víctima sea inocente. Es decir, la víctima pudo haber cometido el delito, pero se convierte en chivo expiatorio una vez es inculpado y ajusticiado por una infracción que no cometió él solo. Además, se refuerza su condición de chivo expiatorio cuando se evidencia que solamente contra él se pone en marcha un señalamiento

³¹ Esta información se extrajo de un documental español que se titula 'El chivo'. Su coproducción fue de Pandorga Comunicación y Radio Televisión Española (RTVE). Se produjo en el año 2013. Su directora fue Pepa G. Ramos. El documental tiene una duración de 60 minutos y explica cómo en los primates se reflejan algunas conductas que pueden dar cuenta del mecanismo del chivo expiatorio. Asimismo, el documental realiza un recorrido por los casos más célebres de chivos expiatorios en la humanidad.

y un ajusticiamiento violento, mientras que los demás culpables o involucrados en el delito, logran escapar sin ser si quiera sospechosos.

2.3 El mecanismo del chivo expiatorio, un sacrificio para adorar a los dioses

En las historias bíblicas del *Antiguo Testamento* pueden encontrarse registros de estos sacrificios, pues se narran historias sobre animales y humanos inocentes sacrificados, que los fieles solían ofrecer a Dios. En el *Nuevo Testamento*, aunque ante la presencia de un Dios más piadoso y menos castigador, también son frecuentes los sacrificios para alabar al Dios cristiano. Y en poemas griegos épicos como *La Ilíada* y *La Odisea* se relatan los sacrificios y las libaciones que los mortales les ofrecían a los dioses, ofrendas animales y humanas que no distaban mucho de las que se describen en *La Biblia*. En el *Antiguo Testamento*, puntualmente en el libro del *Levítico*, se lee:

Y pondrá sus manos sobre la cabeza del macho cabrío, y lo degollará en el lugar donde se degüella el holocausto, delante de Jehová; es expiación. Y con su dedo el sacerdote tomará de la sangre de la expiación, y la pondrá sobre los cuernos del altar del holocausto, y derramará el resto de la sangre al pie del altar del holocausto, y quemará toda su grosura del sacrificio de paz, así el sacerdote hará por él la expiación de su pecado, y tendrá perdón. Si alguna persona del pueblo pecare por yerro, haciendo algo contra alguno de los mandamientos de Jehová en cosas que no se han de hacer, luego que conociere su pecado que cometió, pondrá la mano sobre la cabeza de la ofrenda de la expiación, y la degollará en el lugar del holocausto (*Levítico* 1, 4-17).

En el pasaje bíblico se observa cómo el sacerdote que dirigía el sacrificio debía realizar el derramamiento de sangre del animal inocente sacrificado, en este caso, del macho cabrío, para expiar los pecados que ofendían a Jehová. Conviene ahora citar uno de los sacrificios humanos más emblemáticos del *Antiguo Testamento*, pues aparece allí el mecanismo del chivo expiatorio configurado en Isaac, hijo de Abraham. Recordemos que Dios le ordena a Abraham sacrificar a su hijo inocente: “Toma ahora tu hijo único, Isaac, a quien amas, y vete a tierra de Moriah, y ofrécelo allí en holocausto sobre uno de los montes que yo te diré” (*Génesis* 22, 2). Y posteriormente se lee:

Y tomó Abraham la leña del holocausto, y la puso sobre Isaac, su hijo. Él tomó en su mano el fuego y el cuchillo; y fueron ambos juntos. Entonces habló Isaac a Abraham, su padre, y dijo: Padre mío. Y él respondió: Heme aquí, hijo. Y él dijo: He aquí el fuego y la leña; mas ¿dónde está el cordero para el holocausto? Y respondió Abraham: Dios se proveerá de cordero para el holocausto, hijo mío. E

iban juntos. Y cuando llegaron al lugar que Dios le había dicho, edificó allí Abraham un altar, y compuso la leña, y ató a Isaac su hijo, y lo puso en el altar sobre la leña. Y extendió Abraham su mano y tomó el cuchillo para degollar a su hijo (*Génesis 5-10*).

Aunque según el pasaje bíblico Abraham no alcanza a degollar a Isaac porque Dios se lo impide, el procedimiento de chivo expiatorio es determinante dentro de la acción y podría dar cuenta de una concepción mítica de cómo se constituían los sacrificios humanos antes de Cristo. Pero hay que tener en cuenta que similar mecanismo sucede dentro de la tradición mítica griega antigua, en la que también se presenta el sacrificio que el padre realiza cuando degüella a su hijo inocente con el fin de alabar a su dios: se trata del sacrificio que lleva a cabo Agamenón, quien sacrifica a su hija Ifigenia para agradar a la diosa Artemisa y conseguir sus favores. En la obra *Ifigenia de Áulide*, de Eurípides, se narra el momento en que el mensajero le cuenta a Clitemnestra, madre de Ifigenia y esposa de Agamenón, lo acontecido con su hija³²:

En cuanto llegamos al bosque sagrado y a la pradera florida de Artemisa, la hija de Zeus, donde estaba reunido el ejército de los acayanos, con tu hija, a quien conducíamos, acudió al punto la multitud de los argianos. Y en cuanto el rey Agamenón vio a la joven avanzar por el bosque sagrado hacia el sacrificio, gimió, y volviendo la cabeza, vertió lágrimas, tapándose los ojos con el peplo. Pero ella habló así, aproximándose a su padre: “¡Oh padre! heme aquí, deseosa de dar mi vida por mi patria y por toda la Hélade. Conducidme para sacrificarme en el altar de la Diosa, ya que así lo exige el oráculo [...] No me toque, sin embargo, ninguno de los argianos, que yo ofreceré la garganta en silencio y valerosamente”. Habló así, y al oírla, todos admiraron la grandeza de alma y el valor de la virgen [...] Y el adivino Calcas depositó en el cesto de oro la espada afilada que había sacado envuelta en su vaina, y coronó la cabeza de la joven. Pero, cogiendo a la vez el cesto y el agua de las libaciones, el hijo de Peleo corrió al altar de la Diosa y dijo: “¡Oh hija de Zeus, Artemisa, que te regocijas con la muerte de las fieras y esparces por la noche tu clara luz, recibe esta víctima que te ofrece el ejército de los acayanos y el rey Agamenón! Es la sangre pura de la hermosa garganta de una virgen”. Y cogiendo la espada y orando, el sacrificador buscó el sitio de la garganta que iba a herir. Entonces se manifestó un prodigio bruscamente, pues cada cual oyó con claridad el ruido del golpe, pero nadie pudo ver lo que había sido de la virgen (Eurípides).

2.4 El Cristianismo: ¿cómo surge el concepto de chivo expiatorio?

³² Cabe anotar que en la obra *Agamenón*, de Esquilo, también se hace referencia al episodio; de hecho en esta obra se concreta el sacrificio de Ifigenia y se percibe la crisis emocional del padre presionado y doliente.

Ahora bien, la afirmación según la cual Jesús es el caso de chivo expiatorio por excelencia, el primero y más importante, como se ha dicho siempre, expresa al mismo tiempo que hay otros casos de chivos expiatorios, seguramente muchos, y de ellos dan cuenta la historia y la literatura. Esta alusión a Jesús es precisa, ya que la expresión de chivo expiatorio basa sus orígenes en el cristianismo: si bien antes de esta religión en diversas culturas ya se efectuaban sacrificios de animales y de humanos inocentes para ofrendar a los dioses, solamente cuando Cristo murió juzgado como culpable siendo en realidad inocente, y así se sacrificó por los hombres, la comunidad comprendió que se había inculcado y ajusticiado a un individuo que no era culpable. Solo en el momento en que la comunidad se hizo consciente de ese injusto hecho se pudo empezar a considerar el concepto de “chivo expiatorio”, lo que explica que no era posible que antes se pensara este concepto, pues la sociedad ni siquiera se preguntaba por el animal o por el ser humano que se sacrificaba para alabar a los dioses; de hecho, solo bastaba con comprender que ese sujeto debía ser eliminado para que su sangre purificara las culpas de la comunidad y agradara al dios de turno.

Con esta aclaración se puede explicar mejor la dicotomía del concepto de chivo expiatorio: Cristo, culpado y sacrificado, para muchos primer chivo expiatorio de la humanidad, representó una connotación negativa en un momento de su historia, pues se le concibió como un ser arrogante, mentiroso, brujo y farsante; justo antes de ser crucificado fue insultado, maltratado y escupido: “Maltratado y humillado, ni siquiera abrió su boca; como cordero, fue llevado al matadero; como oveja, enmudeció ante su trasquilador; y ni siquiera abrió su boca. Después de aprehenderlo y juzgarlo, le dieron muerte” (*Isaías*, 53). Se burlaron de él, representó lo más bajo de la sociedad, recibió azotes, sus verdugos jugaron con sus vestimentas; en pocas palabras, fue tratado ruinmente por la comunidad. Sin embargo, una vez sus perseguidores y agresores conocieron su inocencia, Cristo pasó a desempeñar el papel de chivo expiatorio, es decir, pasó a ser percibido como un hombre digno de piedad, respeto y admiración; visto como una divinidad, su carácter pasó de vil a sagrado. Se configura así la ambivalencia inocente/culpable. Incluso en el mismo libro de *Isaías* se lee:

Ciertamente él cargó con nuestras enfermedades y soportó nuestros dolores [...] Él fue traspasado por nuestras rebeliones, y molido por nuestras iniquidades; sobre él recayó el castigo, precio de

nuestra paz, y gracias a sus heridas fuimos sanados. Todos andábamos perdidos, como ovejas; cada uno seguía su propio camino, pero el Señor hizo recaer sobre él la iniquidad de todos nosotros, quiso quebrantarlo y hacerlo sufrir, y, como él ofreció su vida en expiación, verá su descendencia y prolongará sus días, y llevará a cabo la voluntad del Señor [...] Cargó con el pecado de muchos e intercedió por los pecadores.

Se requiere ahora volver a las consideraciones sobre lo sagrado y el sacrificio: Walter Burkert señala que “La experiencia fundamental de lo «sagrado» es la matanza sacrificial. El *homo religiosus* actúa y adquiere conciencia de sí como *homo necans*”. (Burkert, 2014, p. 21). Y a propósito de ello, recuérdese que *homo necans* significa “hombre que lastima”. Para Burkert, “el cristianismo concedió una importancia fundamental a la idea del sacrificio y la encumbró a una altura nunca antes conocida: la muerte del hijo de Dios es el sacrificio perfecto y único”. (Burkert, 2014, pp. 29-30). Y en torno a la religión cristiana el mismo autor explicita que: “quien espere encontrar en la religión la salvación de este «supuesto mal» topará con la siguiente realidad: la misma base del cristianismo es un asesinato, la muerte inocente del hijo de Dios”. (Burkert, 2014, p. 19). Pero hay que precisar que al final el rito y su carácter sagrado cumplen su objetivo, la redención:

en ésta [la Iglesia romana] el centro lo sigue ocupando el sacrificio voluntario, inaudito, único, en el que la voluntad del padre se funde con la del hijo, un sacrificio repetido en el banquete sagrado, en el que los que confiesan su culpa son redimidos. (Burkert, 2014, p. 139).

Con respecto a la ambivalencia del concepto de chivo expiatorio, puede concluirse que es la figura de Cristo la que permite ver esa doble condición del chivo expiatorio, motivo por el que resulta pertinente manifestar que no debería entenderse ese concepto solamente como una condición de un individuo o un grupo de individuos en particular, sino más bien como un mecanismo, una categoría o un sistema, que en ciertos casos opera en algunos individuos dentro de una sociedad, pero que está lleno de matices y que difícilmente puede vislumbrarse. Esa dificultad y ambigüedad para vislumbrar el concepto radicaría principalmente en que: 1. no todo ser humano culpado y asesinado injustamente es un caso de chivo expiatorio, y 2. no todo individuo culpable, que haya cometido delito y haya sido perseguido o abatido por ello, quedaría imposibilitado para ser un caso de chivo expiatorio.

Más adelante cuando se analicen los rasgos del individuo propicio para que en él se ponga en práctica el mecanismo de chivo expiatorio, se comprenderán estos dos aspectos. Entretanto, podríamos entonces preguntarnos qué hace que la situación de un sujeto sí logre enmarcarlo dentro del concepto de chivo expiatorio, y si en efecto esta categoría ha operado en otros individuos posteriores a Cristo.

2.5 De ‘chivo expiatorio’ a ‘cordero de Dios’

Ahora bien, es necesario destacar que desde hace mucho tiempo la expresión chivo expiatorio es un lugar común. Tiene la apariencia de una metáfora ya simplificada y gastada por el uso, y por sí misma da a entender su sentido. Girard plantea un hecho crucial sobre su valor semántico y un importante cambio en su empleo nominal, y añade sobre la expresión ‘chivo expiatorio’ que

los Evangelios tienen otra [expresión] que la sustituye ventajosamente, y es la de *Cordero de Dios*. Al igual que chivo expiatorio, explica la sustitución de una víctima por todas las demás pero reemplazando las connotaciones repugnantes y malolientes del macho cabrío por las del cordero, enteramente positivas, que expresan mejor la inocencia de esta víctima, la injusticia de su condena, la falta de causa del aborrecimiento de que es objeto. (Girard, 2002, p. 156).

En síntesis de todo lo anterior, y para concluir lo expuesto en esta sección, podemos acoger lo que Girard puntualiza sobre las dos expresiones dadas a la víctima que aquí nos ocupa:

Cuando exclamamos: “La víctima es un chivo expiatorio”, recurrimos a una expresión bíblica, pero que ya no tiene, como he dicho, el sentido que tenía para los participantes en el ritual del mismo nombre. Tiene el sentido de la oveja inocente en Isaías, del cordero de Dios en los Evangelios. Cualquier referencia explícita a la Pasión ha desaparecido, pero siempre es la que se yuxtapone a las representaciones persecutorias; el mismo modelo sirve de código de desciframiento, pero ahora está tan bien asimilado que, en todas partes donde ya sabemos utilizarlo, lo hacemos de manera automática, sin referencia explícita a sus orígenes judaicos y cristianos. (Girard, 2002, pp. 261-262).

2.6 El *pharmakon*: veneno y cura

Detengámonos ahora en otro concepto que resulta preponderante para comprender mejor el de chivo expiatorio: el concepto griego de *pharmakon*. Al respecto señala Girard:

Este era el motivo de que se paseara al *pharmakon* un poco por todas partes, a fin de que drenara todas las impurezas y las congregara sobre su cabeza; después de lo cual se expulsaba o se mataba al *pharmakon* en una ceremonia en la que participaba todo el populacho (Girard, 1983, p. 102).

Y más adelante puntualiza el mismo autor:

Tampoco hay que asombrarse de que la palabra *pharmakon*, en griego clásico, signifique a un tiempo el veneno y su antídoto, el mal y el remedio, y, finalmente, toda sustancia capaz de ejercer una acción muy favorable o muy desfavorable, según los casos, las circunstancias, las dosis utilizadas; el *pharmakon* es la droga mágica o farmacéutica *ambigua*, cuya manipulación deben dejar los hombres normales a los que gozan de conocimientos excepcionales y no muy naturales, sacerdotes, magos, chamanes, médicos, etc (Girard, 1983, p. 103).

Con relación al origen del concepto, cabe agregar que en la Antigua Grecia se aplicaba un rito de purificación denominado *pharmakon*, el cual consistía en sacrificar a un chivo expiatorio, con el fin de

purgar las tensiones y violencias acumuladas durante un tiempo en la comunidad de turno. La muerte o la expulsión del *pharmakon* permitía purificar a la polis, devolviéndole la pureza interior, perdida supuestamente a manos del contagio exterior (el mal, en prácticamente todas las culturas, posee siempre una connotación de exterioridad). ('El chivo expiatorio, *pharmakos* en la Antigua Grecia').

Como su nombre lo indica, *pharmakon* era la cura, el fármaco que aliviaba a la comunidad de tensiones y violencias; asimismo, el *pharmakon* se configuraba como el veneno, lo que permite ver que el término conlleva intrínsecamente una connotación dicotómica. Así como el *pharmakon* establecía aquello que había que expulsar, también se constituía en el remedio mismo. De esa manera, puede considerarse que la figura del *pharmakon* en Grecia, representa la de chivo expiatorio, que como ya expliqué antes, se reconoció con el sacrificio de Cristo.

Ahora bien, si retomamos el pasaje bíblico de Isaías, encontramos la presencia del concepto griego del *pharmakon*: el sujeto (Jesús) carga con las enfermedades, con los pecados y las culpas de los demás hombres de la comunidad; sobre él recae el castigo pese a ser inocente. Sin embargo, al ser el sujeto sacrificado que logra expiar con su sangre esos pecados, es también reconocido como un símbolo de piedad; lo que quiere decir que la culpa que se le atribuía a Jesús antes de morir, se ha reducido después de su muerte; es decir, con la sangre derramada en su sacrificio, Jesús purificó su propia culpa y la de los demás, razón por la

que ahora se le exonera de toda falta. Ahora bien, posteriormente, cuando la comunidad conoce que Jesús no fue culpable y que se le juzgó equivocada e injustamente, este individuo se convierte en el chivo expiatorio: el ser a la vez vituperado y amado. Por esa razón, es la figura de Jesús la que mejor refleja las contraposiciones culpable/inocente, vil/sagrado, humano/divino, es decir, la que refleja muy bien el concepto de *pharmakon*: veneno/cura.³³

2.7 Condiciones que se requieren para que opere el mecanismo del chivo expiatorio en un individuo

Es pertinente revisar otras concepciones de Girard, quien en su libro *El chivo expiatorio* (2002) presenta este concepto como un mito que ha tenido cabida en todas las culturas, a tal punto que podría señalarse que el mecanismo del chivo expiatorio ha fundamentado sociedades enteras, y esa fundamentación podría obedecer a que, como manifiesta Girard: “Los perseguidores siempre acaban por convencerse de que un pequeño número de individuos, o incluso uno solo, puede llegar, pese a su debilidad relativa, a ser extremadamente nocivo para el conjunto de la sociedad” (Girard, p. 25). En ese sentido, puede decirse que es en tiempos de crisis cuando surgen los odios, la tensión y la violencia, razón por la que se ocasiona en la comunidad la necesidad de buscar un chivo expiatorio. Es menester, entonces, señalar cuáles podrían ser las principales características de un chivo expiatorio, quien suele tener ciertos rasgos imprescindibles dentro de su personalidad, siendo la debilidad el rasgo más relevante. Dentro de las particularidades de un auténtico chivo expiatorio están, además de su condición de débil:

1. El señalamiento: porque resulta fundamental que el chivo expiatorio sea señalado y tildado, ya sea con el señalamiento del dedo o mediante un grito que lo tache como

³³ Conviene tener en cuenta que la dicotomía humanidad/divinidad también se expresa en el personaje de Jesús, pues este antes de morir representa lo típicamente humano y se constituye en un ser de carne y hueso que se ajusta a los rasgos de los auténticos chivos expiatorios: es un sujeto marginado por algunos sectores de la sociedad, es considerado un loco, es pobre, es hijo de un carpintero, no representa ningún valor económico dentro de la escala social, y alrededor de su vida se entretajan numerosos rumores. Sin embargo, cuando muere y luego resucita, pasa a representar lo divino: es un ser digno de piedad, profundamente bondadoso, capaz de morir por sus “hermanos”, capaz de perdonar, hijo de Dios, sacrificado cordero de Dios por el que se perdonaron todos los pecados del mundo. Resulta entonces lógico afirmar que es Cristo el primer chivo expiatorio de la humanidad, y quien mejor simboliza el concepto.

culpable, pues es de esa manera como los ojos de los demás individuos reconocen y posan sus miradas en el señalado al que hay que perseguir.

2. El derramamiento de sangre: ya que para efectos del sacrificio de adoración a los dioses, o para efectos de la canalización de la tensión y la furia, resulta trascendental que el chivo expiatorio pague los pecados de la comunidad y las culpas con su sangre, símbolo de su dolor.

3. La creencia de que el chivo expiatorio merece ser perseguido y abatido: porque el mecanismo solo puede funcionar de esta manera, ya que si la comunidad conociera que en realidad ese individuo no es culpable sino que es un inocente, no podría hablarse de chivo expiatorio.

4. Su aspecto físico, religioso, cultural o social: pues si la comunidad identifica que ese individuo en particular dista de la preferencia religiosa habitual, se aparta de los rasgos culturales comunes, no es dueño de una apariencia física normal, y/o carece de una condición o una posición social alta, es más proclive a ser señalado y perseguido.

5. El ajusticiamiento sin derecho al debido proceso: independientemente de que el sujeto sea inocente o culpable, en él se pone en marcha la práctica del chivo expiatorio cuando se le juzga como único responsable de una infracción, eliminándole la posibilidad del debido proceso, o quitándole el derecho a defenderse. La víctima o el chivo expiatorio no es chivo expiatorio porque sea inocente, sino que se configura como tal porque se le juzga como el único responsable del delito, y, además, porque se le somete y ajusticia de manera violenta y sin acudir al debido proceso. Eso quiere decir, en otras palabras, que es chivo expiatorio porque, dada su debilidad y su carencia de astucia, es el único al que capturan y ejecutan, lo que conlleva injusticia.

6. El linchamiento: aunque en la actualidad esta práctica solamente se da en los casos de individuos (generalmente inocentes) señalados y eliminados debido a que se presentan tensas situaciones sociales en las que resulta necesario y urgente culpar a alguien para depositar en él la furia colectiva, el linchamiento es un mecanismo antiguo que se configura como el punto final de la persecución, del señalamiento y de la violencia. Cabe agregar que es durante el linchamiento cuando la víctima de la práctica del chivo expiatorio sufre más el

señalamiento, pues mediante este mecanismo experimenta todo tipo de agresiones físicas y psicológicas. Sin embargo, me parece importante mencionar que no siempre por ser el linchamiento el culmen de la violencia, de la persecución y del señalamiento, es el final de la imputación, del juzgamiento, de la agresión y de la eliminación, ya que algunas veces, incluso después de abatido y muerto el sujeto inocente, continúa perpetrándose contra él la deshonra³⁴: la intención es acabarlo, borrar su identidad, entretejer contra él las más ignominiosas calumnias, aislar su nombre socialmente y asociarlo con mentiras, producirle la total pérdida moral, familiar y social.³⁵ En ese sentido, esta inculpación moral resulta incluso más agresiva que la física, en tanto que una vez se dan el señalamiento y el linchamiento, el honor no se restablecerá nunca: el nombre del chivo expiatorio quedará manchado eternamente.

Con respecto al linchamiento me parece relevante detenernos y analizar más este mecanismo de canalización de la ira y la violencia, pues el linchamiento resulta ser la manera como muere Juan Roa Sierra, y en *El crimen del siglo* de Miguel Torres se evidencia una descripción detallada sobre el modo como se ejecutó el linchamiento contra ese personaje. De hecho, si consideramos que Roa Sierra era inocente, es decir, un sujeto en quien operó el mecanismo de chivo expiatorio, ¿podríamos entonces asumir que su linchamiento fue un sacrificio? Por el momento podemos registrar la alusión que hace Girard a ciertos rituales:

El mundo moderno ya no ignora, en especial a partir de Frazer, que algunas fiestas incluían antiguamente sacrificios humanos; estamos lejos, sin embargo, de imaginarnos que todos los rasgos distintivos de esta costumbre y las variaciones innumerables que supone se remontan directa o indirectamente a una violencia colectiva y fundadora, a un linchamiento liberador. (Girard, 1983, p. 131).

³⁴ Sin embargo, hay que considerar que la deshonra no siempre se inserta en el nombre del sujeto inocente como una tildación eterna, pues en el caso de personajes en quienes ha operado la práctica del chivo expiatorio (como Jesús), tiempo después, cuando se reconoce que ese sujeto no era culpable sino inocente, se siembra una especie de arrepentimiento en la comunidad, y se le empieza a otorgar una nueva connotación a ese individuo: la de un sujeto sagrado (Dios), o heroico (Dreyfus).

³⁵ Es tan común que sobre estos chivos expiatorios se propaguen historias falsas, que incluso una de las argumentaciones erróneas que solía escucharse durante la Segunda Guerra Mundial para eliminar a los judíos era que estos individuos comían niños (Documental 'El chivo').

En el episodio de Roa Sierra hubo violencia colectiva y linchamiento, como narran la historia y los textos literarios que re-crean el hecho, y conviene tener presente que el término *linchamiento* es derivado de *linchar*, verbo que proviene probablemente del apellido de Charles Lynch, juez del estado de Virginia (EE.UU.) en el siglo XVIII, quien ordenó en 1780 la ejecución de un grupo político opositor al gobierno sin previo juicio, acción que con frecuencia se aplicó, conjuntamente con las leyes segregacionistas o antirraciales del senador Jim Crow, en contra de la comunidad afroestadounidense. Grupos extremistas como el Ku Kux Klan promovieron y efectuaron linchamientos hasta la década de 1960, en acciones de “exterminio” contra integrantes de comunidades negras en EE.UU. escogidos al azar, en acciones típicas del mecanismo de “chivo expiatorio”, ya que los victimarios las ejercían contra individuos negros que habitualmente eran mujeres, niños, gente pobre y marginada. El *Diccionario de la Real Academia Española* define el término *linchar*: “De Ch. Lynch, juez de Virginia en el siglo XVIII. tr. Ejecutar sin proceso y tumultuariamente a un sospechoso o a un reo”.

Dado lo anteriormente expuesto, es importante tener en cuenta que en el siguiente capítulo del presente trabajo de investigación, en el cual analizaré la novelística de Miguel Torres y la figura del personaje de Juan Roa Sierra, se analizarán y se ampliarán cada uno de estos rasgos explicados, para vislumbrar cuáles de estas características se evidencian en el personaje.

2.8 La práctica del chivo expiatorio para canalizar la ira y la violencia en medio de una situación de tensión social

Las referencias a los sacrificios de Isaac, de Ifigenia, del cordero del *Levítico* y de Cristo, tuvieron como propósito mostrar cómo el concepto de chivo expiatorio se entrevió principalmente en los sacrificios religiosos, en donde el derramamiento de sangre del animal o del humano más débil era fundamental para adorar y conseguir los favores del dios al que se pretendía alabar. Sin embargo, la figura del chivo expiatorio no solamente se verá reflejada en los sacrificios religiosos sino también en algunas situaciones sociales, en donde la intención del perseguidor, el agresor o el ejecutor de la eliminación del sujeto inocente ya no será adorar a dioses, expiar pecados o hacer ofrendas religiosas, sino

canalizar la ira y la violencia, comportamientos psicológica y socialmente muy arraigados dentro de las comunidades humanas en todos los tiempos.

Además de ello, resulta esencial recalcar y diferenciar que en los procedimientos de chivo expiatorio de Isaac, de Ifigenia y del cordero del *Levítico*, se observa que el sacrificador es solamente un individuo. Pero, en el caso de Cristo, podemos reconocer que allí se despliega una persecución y un sacrificio por parte de una colectividad. Justamente este tipo de sacrificio será el que analizaremos en el caso del personaje de Juan Roa Sierra, en quien posiblemente habría operado la práctica del chivo expiatorio a manos de muchos individuos que actuaron como persecutores, agresores y sacrificadores. También, en las novelas de Miguel Torres que nos proponemos analizar se explorará si se aplica el procedimiento de chivo expiatorio en medio de una situación de tensión social, producto del asesinato de un líder político, razón por la que los perseguidores y sacrificadores de la víctima habrían actuado bajo los efectos de la violencia colectiva y la furia.

2.9 La acción colectiva, ¿cómo actúa la multitud en la práctica del chivo expiatorio?

El carácter de víctima se particulariza en el siguiente apartado, mediante el reconocimiento de su inocencia y a través de la acción colectiva:

La víctima es un chivo expiatorio. Todo el mundo entiende perfectamente esta expresión; nadie titubea acerca del sentido que hay que darle. Chivo expiatorio denota simultáneamente la inocencia de las víctimas, la polarización colectiva que se produce contra ellas y la finalidad colectiva de esta polarización. (Girard, 2002, p. 57).

Sobre la significación y el peso de lo colectivo esclarece Girard, en un plano que además ya es también político gracias a la intervención del poder que poseen algunos individuos dentro de la comunidad:

Pilatos es el auténtico poseedor del poder, pero por encima de él está la multitud. Una vez movilizada, domina por completo, arrastra las instituciones detrás de ella con más fuerza a disolverse en ella. Y no cabe duda de que aquí encontramos la unanimidad del homicidio colectivo generador de mitología. Esta multitud es el grupo en función, la comunidad que literalmente se disuelve y sólo puede recomponerse a expensas de su víctima, su chivo expiatorio. Toda la situación es

extremadamente propicia al engendramiento de inquebrantables representaciones persecutorias. (Girard, 2002, p. 142).

Pero aún hay más en cuanto al surgimiento de la multitud, a su esencia, su accionar persecutorio y a la “purificación”:

La multitud siempre tiende a la persecución pues las causas naturales de lo que la convierte en turba, no consiguen interesarle. La multitud, por definición, busca la acción pero no puede actuar sobre causas naturales. Busca, por tanto, una causa accesible y que satisfaga su apetito de violencia. Los miembros de la multitud siempre son perseguidores en potencia pues sueñan con purgar a la comunidad de los elementos impuros que la corrompen, de los traidores que la subvierten. El momento multitudinario de la multitud coincide con la oscura llamada que la congrega, que la moviliza, en otras palabras, que la transforma en *mob*. (Girard, 2002, p. 26).

En el caso de las novelas de Miguel Torres y otros autores colombianos sobre Juan Roa Sierra, la multitud también desempeña un papel relevante porque su función es ineludible: la multitud se muestra como la encargada de impartir justicia, de hacer que se pague por la culpa, de lograr que el chivo expiatorio, Juan Roa Sierra, derrame su sangre y con ella expíe, repare, purgue o purifique el crimen, el dolor, la furia colectiva. El sacrificio del chivo expiatorio no venga un crimen particular sino que alivia a la comunidad que está llena de violencia por sus propias iniquidades.

Para efectos de esta investigación debemos darle relevancia a la multitud, pues ella señala, culpa, persigue, rodea y injusticia a un individuo durante un momento de tensión, y es precisamente en las novelas de Miguel Torres donde la multitud aparece como coprotagonista y desempeña un papel fundamental dentro de los hechos, pues actúa como un único personaje, encargado de señalar, cercar, injusticiar y linchar, violenta y crudamente a Juan Roa Sierra, sujeto probablemente inocente de acuerdo con la interpretación del lector, y víctima de la práctica del chivo expiatorio.

2.10 Mecanismo de chivo expiatorio: una práctica imitativa

Ahora, otro aspecto que considero ineludible para comprender el funcionamiento del mecanismo del chivo expiatorio es el de la actitud mimética que los individuos asumen cuando se presenta esta práctica. Es común que nos planteemos la siguiente pregunta: ¿Por

qué una vez alguien señala, persigue y cerca a un individuo, los demás imitan esa conducta? Iñaki Piñuel Zabala, psicólogo y profesor de la Universidad de Alcalá de Henares, en España, responde este interrogante argumentando que ello se debe a que en los seres humanos es común el mimetismo, es decir, los seres humanos somos permeables a la imitación. Además, la violencia es una de las conductas más miméticas; prueba de ello se encuentra en los linchamientos y los ajusticiamientos públicos. Por esa razón cuando se está poniendo en marcha el mecanismo de chivo expiatorio contra un individuo, este no encuentra ni un solo sujeto que se solidarice con él: el entorno está cada vez más sumergido en el mimetismo, y es esa acción imitativa la que termina por linchar al individuo inocente.³⁶

Resulta pertinente señalar que esta condición imitativa, aparentemente inherente a los seres humanos, es también habitual en algunas especies animales. En España, de acuerdo con el científico español Alfonso Pérez Escudero, se han observado y estudiado los comportamientos de algunas especies animales sociales, como los peces. Se ha encontrado que cuando un pez se halla en una situación particular de incertidumbre o de necesidad inmediata de toma de decisión, la tensión del momento lo conduce a imitar los comportamientos de los demás individuos, y a no asumir un comportamiento propio. Considero entonces que experimentos de esta naturaleza dan cuenta del porqué de ciertas actitudes humanas, como la de la imitación del comportamiento del otro³⁷.

Ahora bien, además de actuar bajo la dinámica de grupo de la imitación, es evidente que en el mecanismo del chivo expiatorio los seres humanos actúan con niveles mínimos de serenidad. En un contexto en donde operan la sensatez y la cordura, el ser humano no actúa como lo hace cuando se trata de cercar, agredir y linchar a una víctima inocente. Efectivamente esta exaltación es la que operó el 9 de abril de 1948 en Bogotá, cuando la masa enardecida no esperó ni un segundo, ni tuvo la mínima actitud de paciencia para aclarar la situación del asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, sino que, por el contrario, la emprendió de manera inmediata y violenta contra el primer individuo que fue señalado. En el tercer capítulo se profundizará al respecto.

³⁶ Información recopilada del documental 'El chivo'.

³⁷ Información recopilada del documental 'El chivo'.

2.11 Casos emblemáticos en los que opera el mecanismo del chivo expiatorio

Personajes de la historia como el capitán Alfred Dreyfus,³⁸ los judíos, las brujas,³⁹ los gitanos, los inmigrantes, entre otros, constituyen lo que serían los casos de chivos expiatorios más notorios de la humanidad. Así mismo, escritores de la literatura universal se han valido de las situaciones que comúnmente debe sortear un individuo inocente, para crear y novelar personajes débiles, inocentes, sumisos e injustamente culpados. Es el caso de personajes como:

1. Josef K: protagonista de *El proceso*, la novela de Franz Kafka. Una mañana Josef es arrestado “sin haber hecho nada malo”, dice el narrador. Aunque en esta obra nunca se menciona por qué Josef K es acusado, su condena recae en el señalamiento, mas no en la culpa. De ese modo, la condena se basa solamente en la acusación. Por ese motivo, no en vano el narrador cuenta que “alguien debió de haber desacreditado a Josef K para que lo arrestaran”. Cabe agregar que en ocasiones es tan potente el mecanismo del chivo expiatorio, que el culpado, aun sabiendo que no ha hecho nada malo, llega incluso a dudar de su propia inocencia y a resignarse. Es lo que le sucede a Josef K, quien espera con conformidad e indiferencia su pena: su nombre ya fue señalado, ya nada puede salvarlo.

2. Las brujas de Salem: grupo de mujeres que protagonizan la novela de Arthur Miller titulada con el mismo nombre. En ella se recrea la historia de los juicios por brujería que se hicieron a finales del siglo XVII en Salem, Estados Unidos, contra cientos de mujeres que presuntamente practicaban brujería. No es gratuito que Miller hubiese publicado esta novela en 1953 (durante la Guerra Fría), cuando el senador Joseph McCarthy acusó a algunos miembros del gobierno norteamericano de ser agentes soviéticos, así como a políticos, escritores, intelectuales y actores, lo que dio paso a un caso largo y polémico,

³⁸ Militar francés que a finales del siglo XIX fue acusado injustamente de espionaje. Su caso fue célebre en la prensa mundial y en la sociedad francesa, por lo que se conoce como el “caso Dreyfus”. Aunque Dreyfus era inocente, se cree que se le acusó de manera falsa y racista debido a que era judío. Este caso fue también emblemático por haber provocado en el siglo XIX la reacción del escritor Emile Zola en su célebre escrito “Yo acuso”, que a su vez, tiempo después, a mediados del siglo XX, dio pie al filósofo Jean-Paul Sartre para justificar y para exigir la injerencia de los intelectuales en la vida pública y en la política de su país, lo que él denominó “el compromiso” del intelectual.

³⁹ La expresión ‘casería de brujas’ que se emplea en el habla popular, denota una persecución y la culpabilidad sesgada y subjetiva que se le imputa a un individuo inocente. Dicha expresión basa sus orígenes en la caza de brujas que se dio durante la Inquisición en Europa.

digno de una cacería de brujas, es decir, digno de un caso de mecanismo de chivo expiatorio.

3. François Picaud: personaje de la novela *El conde de Montecristo*, del francés Alexandre Dumás. La novela cuenta la historia de François Picaud, un zapatero que vivía en París en 1807 y que se comprometió con una mujer rica. El mecanismo del chivo expiatorio se presenta en la obra cuando cuatro amigos celosos le acusan falsamente de ser un espía de Inglaterra. De ese modo, Picaud paga injustamente varios años de cárcel.

4. Oliver Twist: el personaje de la novela de Charles Dickens titulada con el mismo nombre y publicada por entregas entre 1837 y 1839. Oliver es un niño injustamente señalado de robar el pañuelo de un transeúnte. De inmediato se aplica en Oliver el mecanismo del chivo expiatorio. Más adelante profundizaré en algunos aspectos de esa novela porque considero que, de las anteriormente mencionadas, es la que mejor recoge todas las características del mecanismo del chivo expiatorio y la que mejor expone las condiciones que requiere un individuo para que en él se ponga en marcha esta práctica social.

Los anteriores son solo algunos de los personajes literarios universales que mejor dan cuenta del concepto y de la caracterización de una auténtica práctica de chivo expiatorio. Dentro de la literatura colombiana, por supuesto, será Juan Roa Sierra la figura de chivo expiatorio más conocida y relatada, especialmente en las novelas del escritor Miguel Torres.

2.12 ¿Cómo inicia el mecanismo del chivo expiatorio?: la necesidad y la urgencia de sospechar de un individuo inocente

Desde mi punto de vista, la práctica del chivo expiatorio se basa en la sospecha. Hay en la condición humana una necesidad de sospechar de algún grupo o individuo y, posteriormente, de cercarlo y ajusticiarlo. El escritor búlgaro Elías Canetti lo denominaba “la muta de caza”. En su libro *Masa y poder* (1981), Canetti expone que ‘la muta’ hace referencia a la masa humana, cuyo carácter colectivo de movimiento apresurado tiene siempre como fin cercar a una presa, en pocas palabras, cazar y matar. Desde esa perspectiva, la muta podría definirse como:

un grupo reducido de hombres excitados, que se conocen bien y que nada desean con mayor vehemencia que ser más numerosos, porque cualquier nuevo integrante supondría un incremento importante de su fuerza. En la muta se expresa con máxima intensidad el sentimiento de unidad, pero el individuo nunca puede perderse en ella tan enteramente como un hombre moderno se pierde hoy en cualquier masa. Oscilará entre estar dentro y al margen. Cuando la muta forma un círculo en torno a su fuego, cada cual puede tener vecinos a derecha o izquierda, pero la espalda permanece expuesta al exterior salvaje. La muta se caracteriza por la imperturbabilidad de su dirección y la igualdad entre sus miembros, que se manifiesta en que todos están poseídos por el mismo objetivo. El objetivo más inmediato de la muta de caza es siempre matar, bien una sola presa grande o bien muchas que huyen masivamente ante ella. (Antonio Chacón, Diario *Hoy*, 27 de agosto de 2017).

Podría entonces asumirse que la muta de caza a la que se refiere Canetti se basa en mostrar que desde el punto de vista antropológico, existe en los seres humanos una necesidad de perseguir a un individuo, para posteriormente cercarlo y abatirlo con distintos fines: sacrificarlo para ofrecerlo a los dioses, sacrificarlo para canalizar la tensión y la violencia que genera un momento de crisis social colectiva, sacrificarlo para hacer justicia por las propias manos, entre otros. En todo caso, la necesidad es una y es inmediata: la muta (es decir, la masa), debe abatir a la caza (es decir, al sujeto inocente), y para ello es fundamental que un individuo de la masa señale a la presa, con el fin de que los demás miembros de la masa dirijan su mirada hacia ella y emprendan la persecución.

Un ejemplo dilucidador en la literatura universal, que permite analizar profundamente el concepto de muta de caza propuesto por Elías Canetti, es la ya mencionada novela de Charles Dickens *Oliver Twist*. Dickens presenta un episodio que da cuenta de la puesta en marcha del mecanismo del chivo expiatorio, y de la muta de caza: Oliver, un niño inglés de ocho años, pobre, huérfano y perteneciente a la clase social más baja de la Inglaterra del siglo XIX, recibe los más despiadados tratos desde el momento en que nace. Durante sus primeros años vive en una parroquia, cuyos encargados le maltratan; posteriormente es 'adoptado' por el dueño de una funeraria, quien le golpea constantemente y no le da de comer. Desdichado, decide emprender el viaje hacia Londres, donde conoce a un pequeño pilluelo que lo conduce a donde un anciano ladrón, reclutador de pequeños sin hogar, que obliga y enseña a los niños a trabajar como asaltantes. Un día, Oliver sale con su pandilla de amigos a caminar por las calles de la ciudad, cuando dos de ellos (Charley y Lince) reconocen a un hombre elegante que se ve a lo lejos. Ambos se dirigen hacia donde está el

hombre elegante y Oliver observa que “Lince introducía la mano en el bolsillo del caballero y sacaba un pañuelo que le entregó a Charley, y con el cual ambos doblaron la esquina a gran velocidad” (Dickens, p. 152). De acuerdo con el narrador, Oliver observa el robo con “miedo, espanto y sobresalto”. Posteriormente, se lee que Oliver, “confundido y asustado, echó a correr tan rápido como pudo sin saber lo que hacía” (Dickens, p. 153). Es justo en este momento de la trama cuando se empieza a poner en marcha el mecanismo del chivo expiatorio: se acusa al sospechoso, independientemente de si este es culpable o inocente, pues

en el mismo instante en que Oliver empezó a correr, el caballero se echó la mano al bolsillo, y al echar en falta el pañuelo, se volvió bruscamente. Al ver al niño que corría a tal velocidad, lógicamente dedujo que era el saqueador, y gritando “¡Al ladrón!” con todas sus fuerzas, se precipitó tras él (Dickens, p. 153).

En este episodio se evidencia una de las características primordiales en la práctica del chivo expiatorio: la del señalamiento, ya que el hombre víctima del robo señala y grita “Al ladrón”, lo que permite asumir que con esa acción, él implícitamente está invitando a que los demás le ayuden a cercar al sospechoso. Ese señalamiento, como ya habíamos explicado, es fundamental en el mecanismo del chivo expiatorio.

Más adelante, se hace evidente el concepto propuesto por Elías Canetti, ‘muta de caza’, pues como bien lo expone el narrador, “¡Al ladrón!”, esas palabras pronunciadas por el hombre:

producen un efecto mágico. El comerciante sale del mostrador y el carretero del carro, el carnicero deja caer la bandeja, el panadero suelta la cesta y el lechero el cántaro, el recadero tira los paquetes, el escolar abandona las canicas, el obrero deja el pico, el niño arroja la raqueta, allá corren a la desbandada, a la carrera, al galope, aullando, chillando y gritando, derribando a los peatones al doblar las esquinas, [...] mientras el sonido retumba en las calles, en las plazas, en los patios (Dickens, p. 153).

De ese modo, la atención de la muchedumbre está centrada exclusivamente en atrapar al señalado a como dé lugar. La comunidad, entonces, desarrolla una crisis; aparecen la tensión, el nerviosismo, la urgencia, la necesidad de disipar el nerviosismo y retomar la sensación de tranquilidad. Y se pone en acción la muta de caza: Oliver Twist es la presa, es

decir la caza, la muchedumbre de la calle londinense es la muta. Por eso manifiesta el narrador:

¡Al ladrón! La obsesión por ir a la caza de algo está profundamente arraigada en el interior del ser humano. Un niño desdichado y sin aliento, que jadea exhausto, con la mirada llena de terror, los ojos llenos de agonía, la cara surcada por grandes gotas de sudor. [...] Detenido, por fin. Un golpe maestro. Está tendido en el suelo y la multitud se amontona ansiosa en torno a él. (Dickens, p. 154).⁴⁰

De esa manera, agredir físicamente al sospechoso es la primera práctica física que se perpetra contra él; el linchamiento será el siguiente paso. Ahora bien, uno de los hechos más impactantes de la obra es uno que permite ver que el mecanismo del chivo expiatorio aplicado contra Oliver resulta tan cruel, que incluso los verdaderos culpables se vuelcan contra el inocente. Así, sucede que se invierten los papeles: el inocente es culpado, mientras que los culpables operan como defensores y justicieros, pues en la novela se narra que Charlie y Lince

Tan pronto como oyeron el grito y vieron correr a Oliver, adivinaron exactamente lo que había ocurrido, y lanzándose a la carrera con la mayor prontitud al grito de Al ladrón, se unieron a la persecución como buenos ciudadanos (Dickens, p. 153).

De acuerdo con la anterior cita, creo pertinente que se recuerde la manera como Miguel Torres en *El crimen del siglo*, y Gabriel García Márquez en *Vivir para contarla*, sugieren que el verdadero asesino de Gaitán “se une a la persecución, como buen ciudadano”, de Juan Roa Sierra, alentando a la masa a que golpee y abata a este individuo. Traigo a colación esta comparación para mostrar cómo en algunos casos el mecanismo del chivo expiatorio opera de manera tan despiadada y cínica, que los culpables resultan adquiriendo el honor de justicieros, mientras que el señalado es juzgado y vituperado incluso por los mismos culpables. Además, debido a esa inversión en los papeles, y a que el culpable logra hacerse pasar por inocente, se da la impunidad, y con ella, la confusión y el olvido. En el siguiente capítulo se encontrarán, entre otras cosas, similitudes entre *Oliver Twist* y Roa Sierra, pues ambas figuras, víctimas del mecanismo del chivo expiatorio, guardan muchas semejanzas: basta con recordar la manera como Miguel Torres en *El crimen del siglo* describe a Juan Roa Sierra en el momento en que comprende que otro cometió el delito y

⁴⁰ Prestemos particular atención a la masa, la turba, la multitud, la muta (en términos de Elías Canetti). En el caso de *Oliver Twist*, se vislumbra que es esa masa la que cerca al niño para ajusticiarlo.

que se halla en peligro. Tal vez, adjetivos parecidos a los que Dickens le otorgó a Oliver, a saber, “espantado”, “asustado” y “sobresaltado”, utilizó Torres para describir a su Roa Sierra. Lo veremos más adelante.

3. JUAN ROA SIERRA O EL INDIVIDUO INOCENTE EN QUIEN OPERA EL MECANISMO DEL CHIVO EXPIATORIO: UNA APROXIMACIÓN A *EL CRIMEN DEL SIGLO*, DE MIGUEL TORRES

Es verdad que él, Juan Roa Sierra, ansiaba ser un héroe, pero un héroe vivo, y así cumpliera la misión para la que la vida lo tenía destinado, si eso le costaba la vida, ¿qué ganaría con su sacrificio? Nada. Con el miedo que le tenía a la muerte. Tal vez acabaría convertido en el cadáver tristemente célebre de un vil asesino.

(Miguel Torres, *El crimen del siglo*, p. 156).

En la novela *El crimen del siglo* (2006), del escritor y dramaturgo colombiano Miguel Torres, el lector asiste a una contextualización histórica amplísima y compleja, que retrata de manera entretenida los hechos ocurridos en Bogotá antes del 9 de abril de 1948 y durante ese día; a saber: el asesinato del dirigente político Jorge Eliécer Gaitán, el posterior linchamiento de su presunto asesino, y la destrucción de buena parte de la ciudad debido a los desmanes que ocasionó el pueblo enfurecido tras ese crimen. En esta novela resulta muy interesante el tratamiento psicológico de los personajes, especialmente de quien aparece como protagonista de la obra: Juan Roa Sierra, conocido en la historia colombiana como el presunto asesino de Jorge Eliécer Gaitán. Sin embargo, en *El crimen del siglo* Roa Sierra se configura como un personaje muy diferente de aquel que los colombianos conocieron por los registros periodísticos del 10 de abril de 1948, fecha en la cual se dio a conocer la identidad de quien aparentemente había asesinado a Gaitán.

Es menester tener en cuenta que tanto *El crimen del siglo*, como las otras dos novelas de la trilogía (*El incendio de abril* y *La invención del pasado*) resultan ser novelas históricas. Me permito en este punto hacer una breve contextualización del concepto de novela histórica, para ulteriormente observar por qué razón se puede asegurar que las novelas de Miguel Torres estudiadas en este trabajo de investigación pueden catalogarse como tal. Concebir esas tres novelas como históricas podría facilitar el análisis literario de dicha trilogía y nos permitiría comprender cómo el autor, en este caso un escritor comprometido con su entorno sociopolítico, reelabora literariamente un personaje que pertenece al plano de la realidad, y reconstruye a través de la ficción un acontecimiento histórico.

En primer lugar, hay que considerar que la novela histórica surge después de la Revolución francesa porque luego de este acontecimiento histórico nace la necesidad de que el pueblo tome conciencia de su importancia histórica. Desde ese punto de vista, tomar conciencia histórica tiene que ver con cuestionar la historia oficial, releer de manera crítica la historia, desmitificar el pasado, entre otros. Es por ese motivo que el escritor que pretenda escribir una novela histórica deberá efectuar previamente un trabajo exhaustivo de documentación sobre el acontecimiento y sobre los personajes históricos que participaron en él. ¿Pero entonces cuál sería el aporte de la novela y lo que la diferenciaría de la documentación histórica? La respuesta sería que la literatura ficcionaliza algunos hechos y personajes que están alrededor de ese acontecimiento histórico, y los detalla de manera crítica, reflexionando en torno a la condición humana de tales personajes.

Además, es fundamental recalcar que la novela histórica debe situarse en la época y el ambiente en el que se sitúa la acción, motivo por el cual el novelista también deberá documentarse previamente sobre la cultura de la época, explorando cómo era el contexto en ese momento, cómo se comportaban sus personajes, cuáles eran las costumbres, cómo era la sociedad, etc. También, hay que tener en cuenta que en la novela histórica, aunque puede haber personajes inventados, buena parte de sus personajes resultan ser históricos. Ello implica que, en cierta medida, el creador de la novela histórica debe ‘respetar’ ciertos rasgos de sus personajes históricos, aunque puede atribuir nuevas anécdotas o hechos a la vida de esos personajes, sin alterar considerablemente sus historias personales.

Otro aspecto que debe considerar el escritor de novela histórica es que resulta ideal que aluda a los lugares de la época, respetando y describiendo con fidelidad cómo eran tales sitios exteriores. Asimismo, el lenguaje, los dialectos y los refranes de la época cobran relevancia en tanto que si el autor los emplea en los diálogos que sostienen sus personajes, mayor verosimilitud encontrará el lector en el momento de leer la novela.

Me parece pertinente mencionar algunas características de la novela histórica, las cuales, según Fernando Aínsa en su estudio “La reescritura de la historia en la nueva narrativa latinoamericana”, y basándose en algunas propuestas de Seymour Menton, serían: 1. Que cuestionan el discurso histórico oficial. 2. Que propenden por la deconstrucción de mitos. 3. Que buscan el equilibrio entre historia y ficción. 4. Que en la estructura de sus novelas

presentan una superposición de los tiempos. 5. Que presentan multiplicidad de puntos de vista y, por ende, ofrecen varias interpretaciones. 6. Que dejan ver cómo era el lenguaje de la época, razón por la que es notorio el uso de arcaísmos en el habla de los personajes.

Tal vez el rasgo que más sobresale de la novela histórica es que este subgénero tiene un carácter ambivalente, en el sentido de que se nutre tanto de la historiografía, como de la ficción. Es apropiado aclarar que el peligro que corren algunas novelas que pretenden ser históricas es que caen en lo que podríamos denominar como ‘novela panfletaria’ o ‘novela propagandística’, pues algunos autores, en su afán de denunciar y reflejar el pasado histórico, manifiestan abierta y vulgarmente su ideología política, dejando de lado el cuidado en la reelaboración de los personajes históricos, la recreación del acontecimiento y la invención de hechos, anécdotas y diálogos.

Después de este recorrido por el concepto de novela histórica, es preciso señalar que las novelas de Miguel Torres que se estudiarán en este trabajo se ajustan a lo que se puede llamar novela histórica, pues comprenden los rasgos expuestos por Aínsa y por Menton. De esa manera, hay que tener en cuenta que Miguel Torres efectuó una documentación histórica y periodística minuciosa para poder elaborar sus novelas. Sin embargo, y pese a que se evidencia que este autor buscó respetar el acontecimiento histórico describiendo fielmente los lugares, las costumbres y el lenguaje de la época, aprovecha las diversas hipótesis que han surgido a propósito del acontecimiento histórico, y reelabora a los personajes históricos (especialmente al protagonista, Juan Roa Sierra), inventando alrededor de ese acontecimiento algunos hechos o convirtiendo en ficción otros ya conocidos y pertenecientes a la realidad.

Dado lo anterior, cabe agregar que habría que mirar más adelante si Miguel Torres cae en lo que podríamos llamar novela panfletaria, o si, contrario a ello, elabora de manera magistral sus novelas, situándose en el pasado, reflejando la complejidad histórica, desmitificando y reconstruyendo el acontecimiento del asesinato de Jorge Eliécer Gaitán y relatando cómo era ese pasado, pero recreando y ficcionalizando en torno al acontecimiento. De acuerdo con ello, Torres se configuraría como un autor que mira hacia el pasado para poder reflexionar sobre el presente, característica fundamental de la novela histórica, pues como señala Georg Lukács en su libro *La novela histórica* (1955): “La

temática histórica de Walter Scott solo expresa este sentimiento, el sentimiento de que la verdadera comprensión de los problemas de la sociedad contemporánea solo puede darse a partir de la comprensión de la prehistoria, de la historia del surgimiento de esta sociedad” (Luckács, p. 284). A lo largo de los capítulos 3, 4 y 5 de este trabajo retomaremos el tema de novela histórica.

Ahora, como ya se expresó, Torres efectuó una vasta y minuciosa investigación que le sirvió como método de documentación y fuente, aunque no por ello se puede afirmar que la novela resulte excesivamente recargada de referencias políticas o sociológicas. Desde esa perspectiva, vale la pena señalar que el autor crea un sinnúmero de situaciones, ambientadas en la Bogotá de la época y recurre a la ficción con el fin de desencadenar una trama en la que se entretaje una posible conspiración entre colombianos, soviéticos y estadounidenses para dar muerte al líder liberal. Así, en la novela aparecerán personajes ficticios (como dos soviéticos sospechosos que visitan Bogotá por los días en que se prepara el asesinato de Gaitán, un norteamericano involucrado en el crimen, dos matones colombianos que buscan a Roa y lo obligan a formar parte del complot, un abogado gaitanista de apellido Urrutia, aparentemente también partícipe del homicidio, entre otros). No obstante, será recurrente la presencia de personajes de la vida real, como María de Jesús Forero (la mujer de Roa Sierra), Magdalena (su hija), Doña Encarnación (su mamá), sus hermanos, y algunos personajes que conformaban el panorama político de la época.

Acudimos entonces a una historia desarrollada en las calles del centro de Bogotá y en los barrios emblemáticos de la misma ciudad durante la década de 1940. El lector percibe que el escritor sitúa los hechos de su historia en los diversos cafés, bares, hoteles, edificios, oficinas, droguerías, prostíbulos y demás establecimientos comerciales de La Candelaria, así como también en la legendaria Calle 10 del centro de Bogotá, que albergaba a malandrines y ramer⁴¹. Esta descripción de los sectores de Bogotá deja ver que el autor muestra una dicotomía entre los barrios populares como el Ricaurte (lugar donde vivía Roa Sierra), y los barrios más lujosos, como Santa Teresita (lugar donde vivía Jorge Eliécer Gaitán). Probablemente dicha contraposición permite que el lector también logre vislumbrar esa división evidente, inevitable y eterna entre las clases populares y la élite.

⁴¹ Tema elaborado magistralmente por Manuel Zapata Olivella en su novela *La Calle 10*, publicada en 1960.

Asimismo, el lector tiene la posibilidad de sumergirse en un estudio interesante sobre la psicología de los personajes de la época, en cuyas mentes se hace ineludible la presencia angustiosa del surgimiento de una violencia caracterizada por la guerra entre liberales y conservadores. De ese modo, el lector se formula constantemente una pregunta por la situación sociopolítica colombiana, tensa y agudizada por un conflicto económico acentuado por la emergente corrupción producida por algunos sectores políticos, y por la gran inversión que conlleva la próxima celebración de la Novena Conferencia Panamericana en Bogotá, evento que reuniría a múltiples delegados y miembros políticos de varios países, y que tenía como objetivo principal establecer un acuerdo con Estados Unidos para que este país afianzara sus relaciones con América Latina y actuara mancomunadamente en contra del enemigo mundial de los países capitalistas: el comunismo.

Ahora bien, se debe considerar que esta novela es realista y que responde a una especie de compromiso social o político⁴², pues no en vano presenta unas hipótesis muy interesantes con respecto a los posibles autores intelectuales del crimen de Gaitán, haciéndole saber al perspicaz lector que si bien tanto a los norteamericanos como a los políticos colombianos “oligarcas” les convenía la eliminación de Gaitán, los comunistas soviéticos no encontraron el apoyo que esperaban por parte del líder liberal, motivo por el cual Gaitán se hizo merecedor del rechazo de los comunistas, configurándose, para ellos, como un fascista más. Ello se pone en evidencia en un fragmento de la novela cuando El Pote, amigo y profesor de conducción de Roa, le cuenta que trabajó como conductor de la embajada soviética y que en una oportunidad presencié cómo dos extranjeros, aparentemente uno yugoslavo y otro húngaro, salieron muy airados después de un encuentro con Gaitán. Según fuentes cercanas a El Pote, el motivo de la contrariedad entre los extranjeros y el líder liberal se

⁴² Cuando aludo a que es una novela realista me refiero al concepto de realismo en su acepción más básica. Es una novela cuyo autor detalla de manera objetiva la sociedad, para implícitamente denunciar los males que aquejan a esa misma sociedad, basándose en la descripción de personajes antiheroicos que se caracterizan por su lenguaje coloquial, su psicología compleja y su lucha en una sociedad también complicada. Además, el autor busca que su relato sea verosímil y que el lector comprenda cómo era el ambiente social del momento. Vale añadir que la descripción detallada es recurrente en este tipo de novelas, así como la descripción y la reflexión sobre las clases sociales. Aclarado todo ello, sobra señalar que cada vez que me refiera al carácter realista de estas novelas de Miguel Torres, piénsese en la anterior explicación del realismo, entendiéndose, además, como aquella corriente literaria que se opone al romanticismo y que surgió en el siglo XIX en Francia con novelistas franceses como Honore de Balzac o Gustave Flaubert.

basó en que Gaitán se negó a prestarles su apoyo político. “Los monos eran comunistas, ¿entiende? Vinieron a Colombia enviados por una vaina llamada La Tercera Internacional, o algo así, y traían la misión de organizar una revuelta popular contra el capitalismo, aquí en el país del Sagrado Corazón” (Torres, 2006, p. 165). Más adelante explica El Pote que pudo comprender que la reunión entre los dos extranjeros y Gaitán terminó en una desavenencia, pues uno de los extranjeros al regresar al automóvil que manejaba El Pote, quien esperaba recogerlos después de la reunión que sostendrían con Gaitán

Llegó bastante empujado y casi se mete con todo y puerta dentro del carro cuando la cerró. Estaba como un tomate de la furia, gritaba y manoteaba, y las palabras que farfullaba sonaban como pedradas. La única que yo entendía era cuando nombraba a Gaitán, y no había que ser adivino para saber que hablaba pestes del Negro (Torres, 2006, p. 166).

Y puntualiza el Pote sobre la manera como fue la discrepancia entre el yugoeslavo y Gaitán:

[el yugoslavo] había ido a ver a Gaitán para proponerle una alianza con el comunismo internacional que tenía como objetivo la derrota del capitalismo, pero el Negro lo mandó para el carajo y lo amenazó con denunciarlos ante el Gobierno si él y sus camaradas no abandonaban el país [...] Imagínese la bronca tan berraca que le deben tener los rusos a Gaitán (Torres, 2006, p. 108).

Se puede inferir que con este diálogo entre Roa y su amigo El Pote, el autor abre las posibilidades de interpretación con respecto a los actores que pudieron estar interesados en asesinar a Jorge Eliécer Gaitán. Cabe agregar que en otro fragmento de la novela se narra que en la conspiración también está involucrado un norteamericano: Tom, un hombre rubio que habla un poco de español, es un individuo que Roa conoce por medio de Urrutia, un abogado gaitanista a quien Roa le había solicitado en el pasado una asesoría jurídica y una ayuda para conseguir empleo. En una ocasión, el abogado le comenta a Roa que tiene un trabajo para él: consiste en saber manejar muy bien un automóvil, para efectuar una misión importante. Roa comprende que debe tramitar pronto el pase para poder tener ese trabajo, el cual, según Urrutia, es muy delicado pero también muy bien pago. De manera que Roa aprende a conducir a gran velocidad (contrario a los primeros intentos que hace bajo la supervisión e instrucciones de su hermano Vicente, quien ya había intentado en alguna ocasión enseñarle a conducir). Posteriormente, Urrutia pone a Roa en contacto con Tom, uno de los sujetos que participarán con Roa en el trabajo. Luego de ello, Roa le da muestras

a Tom de saber conducir muy bien y de manera veloz. En la siguiente cita se puede apreciar la precisión que requería el trabajo, de acuerdo con las indicaciones de Tom:

El lugar del trabajo no se ha definido todavía. Por eso da igual hacer la prueba en cualquier parte. Para el caso la vamos a hacer en la próxima esquina. Así que vaya arrancando y ponga mucha atención. Maneje despacio, y cuando cruce la séptima detenga el carro, pero no lo apague, déjelo listo para arrancar. Roa siguió las instrucciones y orilló el carro al pasar la esquina ocupando el espacio de la calle reservado para estacionamiento. Abra un poquito esa puerta, dijo Tom, señalando la puerta del acompañante. Roa lo hizo. Así, un poquito no más, añadió Tom, cosa de tenerla lista para cuando llegue nuestro amigo, tenga en cuenta que él llegará corriendo. Susurraba las palabras en voz baja, con una febril excitación, como si el trabajo que tenían planeado se estuviera llevando a cabo en ese momento (Torres, 2006, pp. 216-220).

¿Pero para qué Tom necesita que Roa sepa conducir muy bien? Porque tienen un ‘trabajo’ el cual consiste en estacionar un auto, esperar en él, recoger a un hombre que vendrá corriendo velozmente y se subirá al auto, y emprender la huída. Roa, inocente y confundido, no intenta preguntar muchos detalles, pues inmediatamente comprende que si se trata de salir huyendo, el trabajo implica involucrarse en un delito. En efecto, ni Tom ni Urrutia le dan más detalles a Roa y le comentan que nadie puede saber que él va a efectuar ese trabajo. Una vez Roa acepta el acuerdo, pasan algunos días, pero sorpresivamente después se le notifica que ya no formará parte del trabajo; sin embargo, le adelantan un dinero, le solicitan que guarde silencio y le explican que por razones ajenas y por relevos en el trabajo, él ya no será el conductor en esa tarea:

Es que usted ya no participará en la operación. Roa bajó la cabeza, apabullado [...] ¿Puedo saber qué pasó? preguntó. Ni yo mismo lo sé, repuso Tom. Lo único que sé es que hubo un gran remezón en la cúpula y Urrutia quedó por fuera del juego. Al caer Urrutia cayeron sus fichas, y usted lamentablemente, era una de ellas. ¿Recuerda que había otro candidato? Él lo va a reemplazar (Torres, 2006, p. 269).

Después de ello el narrador no vuelve a remitirse a ese asunto pero, desde luego, deja en el lector una extraña sensación que implica la posibilidad de que Tom pudiese ser uno de los participantes en el crimen de Gaitán. De esa manera, es notorio que el texto permite apreciar la variedad de posibilidades con relación a quienes pudieron ordenar el crimen, y ello no solamente deja abiertas muchas interpretaciones, sino que además permite observar

que el autor es neutral y que no muestra una posición ideológica inclinada a culpar a un grupo de conspiradores en específico.

Resulta valioso estudiar la presencia de otros personajes determinantes dentro del desenlace de la trama; es el caso del personaje de El Flaco: este sujeto es trascendental en la novela, pues si recordamos que algunas fuentes históricas, así como la autobiografía de Gabriel García Márquez (*Vivir para contarla*), han señalado que el 9 de abril, segundos después del asesinato de Gaitán, un hombre muy misterioso permanecía pendiente de los hechos mientras alentaba enérgicamente a la muchedumbre para que linchara a Roa Sierra, encontraremos que posiblemente para el narrador de *El crimen del siglo* El Flaco desempeña la figura de ese hombre. Volvamos a mirar las palabras de García Márquez (ya citadas en el primer capítulo de esta investigación):

Cincuenta años después, mi memoria sigue fija en la imagen del hombre que parecía instigar al gentío frente a la farmacia, y no lo he encontrado en ninguno de los incontables testimonios que he leído sobre aquel día. Lo había visto muy de cerca, con un vestido de gran clase, una piel de alabastro y un control milimétrico de sus actos. Tanto me llamó la atención que seguí pendiente de él hasta que lo recogieron en un automóvil demasiado nuevo tan pronto como se llevaron el cadáver del asesino y desde entonces pareció borrado de la memoria histórica. Incluso de la mía, hasta muchos años después, en mis tiempos de periodista, cuando me asaltó la ocurrencia de que aquel hombre había logrado que mataran a un falso asesino para proteger la identidad del verdadero (García Márquez, 2002, pp. 338-339).

Esa misma figura misteriosa bien podría acomodarse al personaje de El Flaco en *El crimen del siglo*. Se puede considerar que posiblemente Miguel Torres toma el testimonio de García Márquez, aprovecha la presencia del “misterioso hombre que alentaba al pueblo a que linchara a Gaitán, y que posteriormente es recogido en un auto”, y recrea esa figura enigmática en *El crimen del siglo*. A ese personaje lo denomina El Flaco. Pero hay que advertir que Torres no solamente se vale del testimonio de García Márquez, sino que además utiliza otros testimonios de la época para construir el personaje de El Flaco: vale la pena recordar en este punto que después del asesinato de Gaitán, quien más dio pistas sobre la existencia de El Flaco, y su posible coautoría en el crimen del caudillo, fue Cecilia de González, secretaria del líder político, quien manifestó en su testimonio haber visto a El Flaco en varias ocasiones. Recordemos que en el primer capítulo de este trabajo se mostró

el testimonio de la secretaria y del ascensorista del Edificio Agustín Nieto, quienes en su testimonio coincidieron en que El Flaco tenía ojos de loco. Veamos cómo se describe a este personaje en *El crimen del siglo*:

Era un individuo alto, flaco, de nariz afilada y orejón, y el rotundo azabache de su pelo liso, caído como ala de cuervo sobre la frente, contrastaba con la palidez anémica de su piel, cetrina, casi transparente. Pero lo que más llamaba la atención de su estampa era la constante inquietud de sus ojos saltones y la fijeza torva y penetrante que asumía su mirada cuando la clavaba en alguna persona (Torres, 2006, p. 206).

Con respecto a El Flaco y su participación en la novela, hay que aclarar que la pretensión de este personaje era participar en el crimen de Gaitán, y brindarle su compañía y su respaldo a Roa Sierra el 9 de abril de 1948 a la 1:05 de la tarde, compañía que tenía un costo de 2.500 pesos, la mitad de lo que se le pagaría a Roa por eliminar al caudillo ese día. Eso significa que, de acuerdo con lo pensado por Roa, él recibiría de manos del Mandamás 5.000 pesos por asesinar al político. De esos 5.000, le pagaría la mitad a El Flaco, siempre y cuando este lo acompañara y le cubriera la espalda en el momento del asesinato.

Pero sin duda el autor deja muy claro que el asesinato de Gaitán no es más que una conspiración en la cual existen muchos jefes y muchos subalternos, probable conspiración auspiciada por varios individuos de diversas clases, ideologías, nacionalidades y partidos, que obedeciendo a diferentes intereses y razones, ven conveniente la eliminación del dirigente político que en varias ocasiones exhorta a las masas a que exijan al gobierno que cese de una vez por todas la violencia existente en varias regiones de Colombia, y que se reduzcan los costos de la canasta familiar. Esos discursos pronunciados por Gaitán se verán bellamente expuestos en la novela en los acontecimientos de la Marcha del Silencio y la Marcha de las Antorchas. Por ejemplo, en *El crimen del siglo* se lee sobre la Marcha del Silencio del 7 de febrero de 1948, que:

La multitud viste ropas oscuras y agita con las manos banderines negros y rojos. Marchan de luto por el país que sangra a causa de la violencia que se ha desatado en Boyacá, Santander, Cundinamarca, Antioquia, Tolima y otros departamentos [...]. Esta violencia es la que Gaitán y el pueblo liberal van a denunciar con la marcha y su concentración en la Plaza de Bolívar, sin abrir la boca para decir una palabra, sin consignas ni gritos [...] El dorado esplendor del atardecer figura en los ojos emocionados de la muchedumbre cuando Gaitán aparece en un balcón del Edificio Liévano [...]. Los cuellos se

alargan, las espaldas se tensan, cada brazo quiere que su banderín sea el primero en tocar las hilachas del cielo cuando Gaitán comienza a modular, lentamente y en voz baja, como acostumbra a hacerlo para dar inicio a sus intervenciones, las primeras frases de su Oración por la Paz, discurso improvisado que dirige al Presidente Mariano Ospina Pérez y en el cual hace énfasis en el carácter pacifista de la manifestación, en la fuerza del silencio que clama por la justicia, en la urgente necesidad del restablecimiento de la paz (Torres, 2006, pp. 103-105).

3.1 Juan, el individuo inofensivo con desventajas físicas, económicas, mentales, familiares y espirituales, es decir, la víctima perfecta

Nuestra atención se centra en explorar cuáles serían las características que permitirían establecer que en el caso del personaje de Juan Roa Sierra se pone en marcha el mecanismo del chivo expiatorio. Por esa razón nos remitiremos a algunos ejemplos y descripciones de la novela que posibiliten entrever cómo Miguel Torres construye en el protagonista una personalidad y una psicología completamente débiles, confusas, frágiles y dignas de un individuo propicio para desencadenar el papel de víctima sacrificial del mecanismo del chivo expiatorio. Para iniciar, recordemos algunas de las particularidades de esta práctica humana, que fueron explicadas en el capítulo previo, y que serían las que operan en contra del individuo inocente al que se va a ajusticiar como culpable bajo el procedimiento del chivo expiatorio: 1. el señalamiento, 2. la posición inferior dentro de la jerarquía social, 3. el aspecto social, cultural o religioso, disímil al del resto de la comunidad, 4. la persecución y acecho por una multitud que imita el comportamiento de otros individuos, 5. el derramamiento de sangre, 6. el ajusticiamiento sin derecho al debido proceso y 7. el linchamiento. Revisemos entonces cómo se entrevén algunos de estos aspectos en el protagonista de *El crimen del siglo*.

3.1.2 Condiciones físicas desventajosas para Juan Roa Sierra, el débil, enjuto y pequeño

Remitámonos a la primera parte de *El crimen del siglo* (titulada ‘Roa’). Permitámonos observar algunas pistas que nos da el narrador con relación a su protagonista, un personaje desgraciado que se encuentra sumergido en una cadena de infortunios, a quien la mala suerte y la desdicha parecen perseguir de manera constante. Juan es descrito en la obra como “desempleado, soltero, a su pesar, aún enamorado de la bella mujer que lo bajó hace

meses de su cama” (Torres, 2006, p. 82). Serán constantes este tipo de alusiones, sugeridas por un narrador que parece muy interesado en señalar con frecuencia que Roa Sierra mental y físicamente resulta ser un sujeto débil; de hecho, en otra descripción nos narra que María, su mujer, era “más robusta, más fuerte que el desmirriado Juan” (Torres, 2006, p. 98); y más adelante, en la misma descripción, se lee que además Juan tenía “desventajas psíquicas, físicas y sentimentales con que intentaba hacer valer su hombría” (Torres, 2006, p. 98). En esa misma línea, hallamos en la novela otra referencia a la condición física de Juan, cuando se narra que Umland (un vidente alemán, amigo de Roa) no necesitaba leerle la mano a Juan para darse cuenta de que este era “un individuo enjuto, pequeño y de apariencia inofensiva” (Torres, 2006, p. 57). De igual modo, se lee al inicio de la novela que Juan solía efectuar algunos oficios de mecánica, albañilería y carpintería, pero que estos trabajos, que por lo general solían ser supervisados por sus hermanos mayores, “nunca fueron de su agrado por el esfuerzo físico que demandaban” (Torres, 2006, p. 56).

En ese sentido, queda claro para el lector que Juan carece de una condición física fuerte, razón por la que puede hacerse de él la idea de un hombre pequeño, delgado, sin mucha fuerza o energías; en pocas palabras, la idea de un muchacho físicamente endeble.

3.1.3 Juan Roa Sierra, pobre, ignorante y desempleado: su baja condición socioeconómica en la jerarquía social

Es necesario mencionar que el narrador otorga preponderancia a la circunstancia de que Roa esté desempleado, pues justamente en ese factor radica el hecho de que este personaje se pueda convertir en un individuo completamente vulnerable desde el punto de vista socioeconómico, razón por la que se hace mucho más fácil elegirlo como el sujeto propicio para ejecutar la práctica del chivo expiatorio. Es tanta la relevancia que cobra el desempleo del personaje en la novela, que se observa que en algunas ocasiones Roa intenta buscar trabajo pero, no siendo suficiente el hecho de que le resulta difícil conseguirlo debido a la situación política y económica del país, el narrador nos deja claro que además Roa parece no capacitado para desempeñar algunos oficios. Ello se sustenta, por ejemplo, en que al comienzo de la novela se dice que Roa intenta aprender a manejar automóvil para que su hermano Vicente le gestione un trabajo como taxista; sin embargo, Juan “hacía todo al revés, confundía el acelerador con el cloche, metía la reversa en vez de la segunda, y la

máquina se volvía a detener” (Torres, 2006, p. 89). De esa forma, el lector observa que el personaje, además de ser débil físicamente, tendría algunas incapacidades motoras que le imposibilitan desarrollar algunos trabajos, aunque, a decir verdad, tal incapacidad motora está reforzada más por la pereza y la actitud desinteresada del personaje, que por una carencia de capacidades o de habilidades motoras o cognitivas como tal. Y ni hablar de capacidades intelectuales, pues en un fragmento de la novela se lee: “Roa, como lo es, un muchacho inculto, nada ilustrado, un verdadero ignorante enciclopédico, no almacena en su memoria información de fechas, lugares, acontecimientos, nombres de artistas, científicos y grandes personajes de la historia” (Torres, 2006, p. 216).

Es tal la pobreza de Roa Sierra que el lector llega incluso a conmoverse con las descripciones que se hacen del personaje, cuando, por ejemplo se narra sobre su indumentaria gastada por el uso, sus zapatos deteriorados y las carencias que debe afrontar día a día.

Llevaba años sin poder comprarse un vestido, un par de zapatos, una camisa. La suya era, en verdad, una situación ya insostenible. Todas las mañanas se despertaba con el corazón aplastado bajo el peso de su propia miseria. Incluso algunas veces al afeitarse, había llegado a sentir lástima por el hombre cuyo rostro lo miraba desde el fondo del espejo, un rostro ceniciento, anubarrado, melancólico, que se resistía a aceptar como el suyo (Torres, 2006, p. 24).

Puede surgir una especie de conmiseración del lector con el personaje, pues a través de las descripciones que se hacen de él, se refuerza el hecho de que su escasez económica no solamente lo perjudica y lo hace sentir miserable, sino que además, debido a esa misma carencia de dinero, Roa es constantemente humillado por su mujer y sus hermanos, lo que produce que el personaje se perciba como doblemente subordinado y maltratado.

3.1.4 Delirios y obsesiones, el desequilibrio mental que padece Roa Sierra

Se debe resaltar que en la novela también se sugiere que el protagonista de la obra presenta algún tipo de inestabilidad con respecto a su situación emocional y psicológica. Al parecer, Roa no se encuentra dentro de sus cabales; su madre, Doña Encarnación, teme que su hijo termine en un manicomio, razón por la que le implora a Umland que ayude a Juan. De hecho, en un fragmento de la obra Doña Encarnación asiste al consultorio del alemán y le pregunta si Juan no le ha revelado algunos secretos:

“¿Como cuáles?, quiso saber el astrólogo. Por ejemplo, dijo ella, ¿no le contó que él se cree la reencarnación de Gonzalo Jiménez de Quesada y de Francisco de Paula Santander? [...] No, no me lo contó, dijo. [...] Ayúdelo, por favor. Ese muchacho se está volviendo loco, imploró llorando Doña Encarnación antes de abandonar el consultorio” (Torres, 2006, p. 60).

De este modo, queda claro que algo no anda bien en la salud mental de Juan. El narrador, entonces, continuará describiendo esa personalidad huraña de Roa Sierra, quien, entre otras cosas, es concebido por Umland, de acuerdo con la lectura que el astrólogo hace de la mano de Juan, como un hombre “dueño de una personalidad medrosa, apocada, corta de espíritu, pero obstinada hasta la médula de los huesos y capaz de desplegar los más altos sentimientos o los más bajos instintos en situaciones extremas” (Torres, 2006, p. 58). Pero el narrador también advierte que Umland no tuvo que leerle la mano a Juan para descubrir en él un carácter “huraño, y reservado” (Torres, 2006, p. 57). En ese sentido, resulta relevante mirar que estos dos últimos adjetivos enmarcan la personalidad de un individuo socialmente retraído y afectado.

Incluso, en este punto del análisis vale la pena traer a colación las referencias antropológicas y científicas sobre los primates que elegían a una presa para descargar en ella la furia contenida a propósito de un conflicto social; recuérdese entonces que esa presa era seleccionada rápidamente, y que por lo general su naturaleza coincidía con un carácter introvertido, asocial, solitario, débil y, tomando los mismos adjetivos que usa el narrador de *El crimen del siglo* para describir a Roa, “huraño” y “reservado”. Así, no es de sorprender que otra de las características de Roa fuera la soledad:

Hombre de pocos amigos. Nunca fue bueno para las peleas, escaramuzas esquineras por rivalidades o supremacías que no faltaban cada día. No era su estilo. Las rehuía, en parte por su carácter retraído, y también como un mecanismo de defensa debido a las desventajas físicas con las que Dios lo había traído al mundo [...]. Llegó al convencimiento de que le gustaba más andar solo que acompañado, y asumió su soledad como un triunfo de su fortaleza y no como una derrota causada por sus complejos y su temperamento (Torres, 2006, p. 56).

Hay otro pasaje en la novela en el que se entrevé que Roa Sierra padece una seria inestabilidad mental. Se presenta un día de diciembre, cuatro meses antes del asesinato de Gaitán: Juan se encuentra encerrado en su cuarto y doña Encarnación empieza a escuchar

unos gritos, de modo que la mujer corre hacia la habitación de su hijo y cuando intenta abrir la puerta reconoce que esta tiene puesto el seguro:

Juan no pronunciaba palabra alguna. Lanzaba bramidos de animal moribundo recorriendo la habitación de un lado a otro. Qué le pasa, Juan. Ábrame esa puerta, por Dios, se lo suplico, rogaba la madre dando golpes en la puerta, pero Juan, sordo a sus ruegos, no abrió la puerta ni dejó de gritar, por el contrario, las súplicas de doña Encarnación, que tampoco cesaban, parecieron incentivarlo a gritar con más bríos [...]. A eso de las cuatro la casa volvió a remecerse bajo la acometida de una nueva tanda de alaridos, revueltos esta vez, para variar, con un rosario de vulgaridades que hacía tiempos habían echado telarañas en la memoria de los viejos que habitaban la casa, de juramentos de venganza y amenazas que de tan veladas nunca se supo a quién iban dirigidas. (Torres, 2006, pp. 95-96).

La anterior cita da cuenta del desequilibrio mental de Juan que, sumado a su carácter solitario, a sus obsesiones por conseguir tesoros en Monserrate y a que cree ser la reencarnación de Santander o de Jiménez de Quesada, produce una seria alteración psicológica en este individuo a quien, entre otras cosas, de acuerdo con doña Encarnación: “ahora le ha dado por esas extravagancias de hablar solo, como si se le estuviera corriendo la teja” (Torres, 2006, p. 29).

3.1.5 El despecho y los conflictos amorosos y conyugales de Juan Roa Sierra

Considerando todo lo anterior, es claro que en esta primera parte de la novela el narrador se centra en dejarle muy claro al lector que la situación de Roa es de desdicha, nada parece estar a su favor, y por si fuera poco, su mujer, María, aquella muchacha que conoce desde que era un niño, lo abandonó porque Roa no podía cumplirle económicamente con la manutención de su hija, Magdalena. De esa manera, serán también comunes los episodios en los que se pone en evidencia la tensión en la relación de Juan y María, pues la indiferencia y el maltrato que la mujer le demuestra a Juan llegan incluso a despertar en el lector una especie de consideración con el infortunado personaje:

Cómo le hacía de falta esa mujer. A medida que pasaba el tiempo de su vida sin ella la necesidad de verla, de tocar sus manos con el pretexto del saludo, de sentir su mirada, se hacía más apremiante. En cambio había que ver cómo lo trataba ella. Las veces que había ido a buscarla antes de caer enfermo no se había dignado a abrirle la puerta. Es decir, no lo suficiente para dejarse ver. Lo que hacía era

abrirle un poquito y sacarle la mano para recibirle la plata. Después le cerraba la puerta en la cara. (Torres, 2006, p. 79).

Podría asegurarse que, sumado a todos los problemas que padece Juan, está su carencia afectiva y sexual, debido a que se encuentra separado físicamente de su mujer, pues ella no desea vivir con él mientras este no encuentre un trabajo estable. En un fragmento de la obra se lee que a causa de la falta que le hace una mujer, el personaje experimenta deseos sexuales que no puede satisfacer, de manera que Juan parece:

Condenado a vivir arrastrando el castigo de su horrenda soledad, una soledad que se hacía más insoportable en las noches, bajo la embestida de las tremendas arrecheras que lo ponían a delirar con la posesión de una hembra real, de carne y hueso, cuya impúdica fogosidad le llenaba la boca de saliva desbordando los límites de sus prolongados represamientos (Torres, 2006, p. 124).

Esa carencia afectiva y sexual que no le permitía liberar sus deseos terminaría por causarle más problemas con María: recordemos el episodio de la crisis mental que tuvo Juan cuando empezó a bramar alaridos desde su cuarto. Horas después de ese angustiante suceso, doña Encarnación permanecía dormida, sentada en una silla afuera de la habitación de Juan, después de llorar desconsolada y cansada de que su hijo gritara y no le abriera la puerta. Algunos vecinos pusieron al tanto de la situación a María, quien preocupada se dirigió a la casa de doña Encarnación. Una vez allí, se propuso convencer a Juan de que le abriera la puerta. Juan accedió y en medio de la conversación

Juan puso su mano sobre la de María. Ella contuvo el aliento sin retirarla, y Juan volvió la mirada, buscándola, pero la mujer no lo miró. Sintió esa mirada como una brasa ardiendo en su cara un instante antes de que él la rodeara con sus brazos empujándola sobre la cama. Suélteme, suélteme, no sea tan atarván, jadeó, mientras Juan buscaba afanosamente su boca y ella trataba de quitárselo de encima [...]. Déjeme ir, Juan, no me siga jodiendo la vida porque no respondo. (Torres, 2006, p. 98).

Después del intento de abuso sexual contra María, se lee que Juan pasa a experimentar una sensación de ira y violencia, pues agrede físicamente a María.

Me va a pegar o qué, exclamó [Juan], pelando los dientes en un susurro desafiante. Ganas no me faltan, respondió María con un violento tirón de manos que hizo trastabillar a Juan. A mí tampoco, guaricha asquerosa, gritó él con la voz desgarrada por la desesperación soltándole las manos y descargándole en su cara una cachetada (Torres, 2006, pp. 98-99).

3.1.6 Juan Roa Sierra y su búsqueda religiosa: las lecciones de rosacrucismo, una religión disímil a la del resto de la comunidad

Además de la personalidad y de los aspectos físico y psicológico de Juan Roa Sierra, se observa en la novela que el narrador también describe en varias ocasiones una suerte de confusión religiosa en el personaje. Roa Sierra, interesado en temas de esoterismo, de astrología, de reencarnación y del destino, se pregunta durante una buena parte de su historia en qué creer. Se entrevé entonces una especie de búsqueda espiritual por parte del personaje, quien meses antes del Bogotazo había seguido unos cursos de rosacrucismo, fraternidad religiosa cuyos rituales son similares a los de la francmasonería, y que mantiene prácticas esotéricas relacionadas con el cosmos, el destino y la existencia.

Probablemente para recrear la manera como Roa Sierra se inserta en esta secta religiosa, Miguel Torres debió documentarse con respecto a las publicaciones periodísticas de la época, que señalaban que Roa Sierra sí había pertenecido a esa organización, pese a que la misma había publicado una carta en la prensa argumentando que Juan Roa Sierra no figuraba dentro de sus adeptos. En todo caso, que Juan haya sido rosacrucista resulta importante en la novela, ya que posibilita ver que este personaje, contrario a la gran mayoría de individuos de la sociedad, se atrevía a tener un credo completamente disímil, en un país en donde a comienzos del siglo XX el catolicismo resultaba ser la religión mayoritaria, y en donde no eran vistas con buenos ojos otras religiones, mucho menos aquellas relacionadas con temas esotéricos o astrológicos. Con respecto a la relación de Juan con el rosacrucismo, se lee en la novela que habían sido varias

las enseñanzas asimiladas en los últimos meses a través de un curso de rosacrucismo por correspondencia, doctrina filosófica en la que se había iniciado bajo la guía de su consejero espiritual Umland Gert, con el patrocinio económico de su abnegada madre, y gracias a cuyos preceptos venía descubriendo en su interior el valor de la fuerza espiritual que iba a necesitar como arquitecto de su propio destino. [...] Aún estaba lejos de llegar a ser un Elegido de la hermandad Rosacruz, le faltaban años de estudio y sacrificio, pero ya había recibido señales de que iba por un buen camino (Torres, 2006, pp. 32-33).

3.2 Roa Sierra y su obsesión con Jorge Eliécer Gaitán: ¿cazar o ser cazado?

Hasta el momento ya se explicaron algunas particularidades de Juan Roa Sierra en la novela, las cuales nos conducen a pesar que estas fueron precisamente las que posibilitaron que se escogiera a Roa como la víctima o la presa perfecta para ejecutar el plan del mecanismo del chivo expiatorio. En definitiva, queda claro que la novela describe un personaje con un carácter físico débil, una condición socioeconómica baja, un aspecto cultural y religioso disímil al del resto de la sociedad, y una personalidad retraída, solitaria, obsesiva, melancólica y desdichada. Como ya se señaló, toda esta descripción detallada de la manera de ser de Roa Sierra nos la presenta el autor en la primera parte de su novela, titulada 'Roa'.

Pero es importante recalcar que en *El crimen del siglo* no solamente se percibe lo desaventajado que es Juan en todos los aspectos de su vida, pues además de ello se aprecia que, no obstante todos esos rasgos que muestran la precariedad de su protagonista, hay un hecho ineludible para Roa: el destino le niega todas las posibilidades para salir adelante, pareciera incluso como si fuerzas extrañas lo condujeran, inevitablemente, a ser elegido como la presa. Es así como el narrador nos conduce a la segunda parte de la novela, titulada 'La cacería'. En esta parte el narrador deja a un lado las descripciones psicológicas y físicas de Roa para adentrarse en la descripción minuciosa de un Juan persistente, atormentado y empeñado en conseguir empleo.

Pero antes de adentrarnos en 'La cacería' es importante mencionar que en el primer capítulo de la novela ('Roa') se presenta un encuentro entre Juan y el líder Gaitán. Juan asiste a la oficina del político liberal para solicitarle que le ayude a conseguir un trabajo. Ello no solamente obedecía a que las influencias del líder liberal podrían ayudarle a hallar un empleo, sino también a que Juan

admiraba a Gaitán. Él y su familia eran gaitanistas; en el barrio donde vivía todo el mundo era gaitanista. Lo había visto muchas veces, solo una vez de cerca, siendo niño, y las demás de lejos, en el Teatro Municipal, a donde había ido a escuchar sus conferencias, en la Plaza de Bolívar, en San Diego, en La Perseverancia, confundido entre las multitudes imanas por el magnetismo de aquel hombre que el pueblo adoraba como a un dios (Torres, 2006, p. 16).

De manera que Juan se aventuró y decidió acudir a la oficina de Gaitán. Pero con lo que no contaba era con que tal encuentro iba a estar revestido de una frialdad permanente por parte

del político; un dejo de arrogancia e indiferencia se dejaron ver en el trato del abogado liberal, lo que dejó desconcertado al avergonzado Juan, quien a partir de esa breve reunión quedaría para siempre apenado, humillado y arrepentido de haber ido a donde Gaitán para pedirle ayuda:

Qué se le ofrece, preguntó Gaitán. La suya era una voz firme, metálica, nasal [...], aunque cordial, era seco y distante. Se había quedado en la puerta, asomado a ella, sin trasponerla, como si se propusiera volver a cerrarla enseguida, y su actitud era la de alguien para quien el tiempo se agota a cada instante y no está dispuesto a perderlo, pero también revelaba de paso, el escaso interés que le merecía aquella visita (Torres, 2006, p. 16).

Esta actitud indiferente desconcertó a Juan, quien a pesar de quedar apesadumbrado y sorprendido ante tal recibimiento, se aventuró a comentarle a Gaitán el motivo de su visita:

Gracias por recibirme, doctor Gaitán, dijo Roa. Me he tomado el atrevimiento de venir a verlo porque necesito su ayuda. Qué clase de ayuda, preguntó Gaitán sin dejar de mirarlo fijamente. Doctor, soy pobre y tengo que alimentar una familia, pero estoy sin trabajo. Soy una persona honesta y puedo desempeñar cualquier oficio, ya sea como albañil, mecánico, cantero, mensajero, portero. [...] Lo siento joven pero no puedo ayudarlo, dijo Gaitán disponiéndose a cerrar la puerta. Doctor, insistió Roa, y su tono ya era de súplica, cómo es posible que una persona tan importante como usted no pueda darme una mano para conseguir un puesto. Yo no doy ni pido puestos para nadie, yo no estoy en el poder, respondió Gaitán visiblemente molesto. Así como vino aquí vaya y pídale cacao al gobierno. Ellos sí tienen cómo ayudarlo (Torres, 2006, p. 17).

Con esas palabras y con un portazo final en la cara de Juan, el narrador describe el infortunado encuentro entre ambos personajes. Este encuentro, que ocurrió meses antes de ser asesinado el caudillo liberal, fue registrado en la prensa colombiana una vez se dio a conocer la identidad del presunto asesino. Como vimos en el primer capítulo de este trabajo de investigación, la secretaria de Gaitán sirvió como testigo en el caso y manifestó haber visto a Roa Sierra en un par de ocasiones, pues este se dirigió al Edificio Agustín Nieto (donde quedaba la oficina de Gaitán) a solicitar una entrevista con el abogado liberal. Es necesario señalar que a raíz de este encuentro han surgido muchas hipótesis, pero el relato más conocido sugiere que Roa Sierra asesinó a Gaitán debido a que tomó represalias en contra del político en vista de que este no le ayudó a conseguir un empleo. En todo caso, el narrador juega con este episodio, que probablemente es producto de la ficción o del imaginario popular colectivo, y recrea un diálogo con el que al lector le queda claro que

posiblemente Roa Sierra sí tendría un motivo personal para vengarse y asesinar al líder político, y que ese motivo desencadenaría una situación aislada y un asesinato que Roa pretendía ejecutar por cuenta propia, es decir, sin participar en algún complot político para cometer el crimen.

A propósito de la alusión al episodio de la novela en donde aparece la secretaria de Gaitán, y teniendo en cuenta que en el registro periodístico la secretaria de Gaitán figura como testigo y manifestó haber visto días antes al Flaco y a Roa Sierra en la oficina del político, es importante tener en cuenta que este tipo de referencias en las que se evidencia que Miguel Torres aprovecha los testimonios y los registros periodísticos para jugar con ellos en la novela y dotarlos de ficción, resultan ser el claro ejemplo de que *El crimen del siglo* es una novela histórica cuyo autor debió llevar a cabo numerosas investigaciones periodísticas de la época, que le permitieran respetar y traer a colación hechos reales, pero dotándolos de ficción y revistiéndolos de invención, para, al mismo tiempo, ir entretejiendo la trama de su relato. Pero el trabajo en esta investigación y la interpretación de la novela no se centran simplemente en revisar cómo el escritor toma un hecho real y lo incorpora a su manera en la obra, sino que va más allá y pretende elucidar cómo *El crimen del siglo* se posiciona como una novela histórica y realista que a pesar de tener numerosas referencias extraídas de la realidad, relata tales referencias a partir de la ficción, cuyo autor tiene como objetivo ocasionar que el lector reflexione a propósito de la necesidad de tomar aquellos episodios reales y proporcionarles numerosas posibilidades en las que pueda navegar y desentrañar su versión, no sin reflexionar con respecto a un pasado sociopolítico que requiere ser descrito y denunciado para, paralelamente, entender el presente y comprender la condición humana de los personajes.

Desde esa perspectiva, en el segundo capítulo de la novela, ‘La cacería’, observamos que Roa empieza a maquinarse la idea de asesinar a Gaitán: pero Roa no solamente quiere acabar con la vida del líder liberal por el hecho de que este lo hubiese humillado de semejante manera, sino también porque, ante su convencimiento delirante de que es la reencarnación de Francisco de Paula Santander o de algún personaje heroico importante, está obsesionado con la idea de que nació para algún acto noble y grande. Así, tal acto bien podría ser el de asesinar a Gaitán. En un episodio de la novela se lee que Roa se encuentra en el Café El

Molino, uno de los establecimientos más emblemáticos de la época. Allí, empieza a escuchar que el tema de conversación en las mesas vecinas es Gaitán. Entre las intervenciones que hacían las personas situadas a su alrededor había rumores, críticas, opiniones, etc. Se lee entonces que otras voces se centran en:

el peligro que rodeaba a Gaitán, en el odio de sus enemigos, en las veladas o abiertas amenazas que circulaban por todas partes en contra de su vida, cada vez más constantes [...] Estos eran los comentarios que más le calaban a Roa, por la ineludible afinidad que los emparentaba con sus oscuros propósitos. Esas voces volvían a referirse, una y otra vez, a las sentencias entreveradas en los sermones de curas dogmáticos que se amparaban en la sagrada inmunidad de sus púlpitos, a las amenazas de muerte lanzadas por godos sectarios y gamonales de provincia, a los atentados que fraguaba la oligarquía liberal conservadora, a las maquinaciones de los comunistas que lo acusaban de fascista, y a su turno, a las confabulaciones de los fascistas que lo señalaban como comunista, a Laureano, que lo tenía entre ceja y ceja,⁴³ y una urdimbre de conspiradores internacionales encabezadas por los Estados Unidos que planeaban asesinarlo en complicidad con el gobierno colombiano para detener su ascenso al poder. A Roa se le agolpó la sangre en las sienes. No podía ser posible que todo el mundo quisiera matar a Gaitán. De ser así, ¿cuántos como él estaban haciendo turno para matarlo? No sería extraño que él fuera el último en la fila (Torres, 2006, pp. 150-151).

Roa emprende una cacería (lo que corresponde al título del segundo capítulo de la novela) y empieza a espiar a Gaitán. Se dirige al Parque Nacional, en donde puede apreciar cómo todas las mañanas el líder político practica ejercicio; también, recorre las calles del barrio Santa Teresita y husmea en la cuadra en donde queda la casa de la familia Gaitán; paralelamente, empieza a hacer un cálculo milimétrico de los horarios del abogado liberal: a qué horas sale de su casa hacia el Parque Nacional, a qué horas sale del Parque hacia su casa, a qué horas se dirige a su despacho, en qué restaurante almuerza y a qué hora, con quiénes almuerza, etc. Esta actividad como espía le toma varias semanas; en las noches, en medio de la soledad de su habitación, maquina la manera como lo matará, qué dirán de él cuando se conozca el crimen, en dónde lo matará: ¿en su casa o en su despacho?, entre otros pensamientos. Estas ideas ocasionan que, entretanto, su situación económica empeore

⁴³ En la novela titulada *El Monstruo* (1955), de Carlos H. Pareja, la trama gira en torno a cómo Laureano Gómez, dirigente conservador, apodado "El Monstruo", participó en el complot para asesinar a Gaitán. Carlos H. Pareja fue un abogado gaitanista, escritor, catedrático en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de Colombia y profesor de Gabriel García Márquez en la misma universidad. Pareja presenció los desmanes del 9 de abril. En *Vivir para contarla* García Márquez señala que se lo encontró ese día, en medio del Bogotazo, y que entonces su profesor le ordenó que se "fuera para la universidad y [se] pusiera al frente de la protesta estudiantil" (García Márquez, 2002, p. 340).

y su relación con su madre y con María se vea afectada, pues Juan es percibido por ambas mujeres como un holgazán que vive de los pesos que le da su mamá, y que no se preocupa por salir en busca de un empleo. Lo que no sabían Doña Encarnación y María era que Juan sí estaba muy ocupado, desempeñando una ardua tarea: la de espiar a Jorge Eliécer Gaitán y preparar su asesinato.

3.3 Roa Sierra y la fatalidad de su destino: cuando empieza a operar el mecanismo del chivo expiatorio

Es justamente en la tercera parte de la novela, titulada ‘Las trampas del azar’, donde se empieza a observar que el mecanismo del chivo expiatorio operará en Juan Roa Sierra. Y como bien lo dice el nombre de este capítulo, Juan parece sumergido en una serie de trampas que le pone el destino, motivo por el cual le será imposible evitar lo que la suerte ya le tiene señalado. En este capítulo se presenta un episodio fortuito: Juan asiste con su amigo Paredes, de oficio carpintero, al barrio Santa Teresita a hacer unos arreglos de carpintería. Cuando ambos llegan al lugar y se disponen a empezar sus oficios, Roa se sorprende al comprobar que se encuentran justamente en la cuadra donde queda la casa de la familia Gaitán. Sin embargo, el narrador ya nos ha dejado claro que Juan desistió de su idea de matar a Gaitán. Entre las páginas 156 y 159 de la novela el lector asiste a una serie de razonamientos que terminan por conducir a Roa Sierra a desistir de su idea, a arrepentirse de haber planeado, él solo, la muerte de Gaitán:

Porque nadie puede ir matando por ahí, de buenas a primeras, a un hombre sin jugarse su propio pellejo, y a un hombre, nada más y nada menos, que de la talla de Gaitán. Es verdad que él, Juan Roa Sierra, ansiaba ser un héroe, pero un héroe vivo [...], ¿qué ganaría con su sacrificio? Nada. Con el miedo que le tenía a la muerte. Tal vez acabaría convertido en el cadáver tristemente célebre de un vil asesino, y en ese caso, adiós celebridad, adiós honores, adiós gloria. Ahora bien, recapacitando, poniendo cada peso en su balanza, tenía que terminar por reconocer que después de todo Gaitán no le había hecho nada digno de ser considerado una ofensa tan grave que justificara la venganza de asesinarlo. Se había negado a hacerle un favor, eso era todo. Pero uno no podía ir matando por ahí a toda la gente que se negaba a hacerle favores. [...] Así le doliera en el alma no tenía más remedio que admitir que seguía siendo gaitanista. Por otra parte, y pensándolo bien, después de tantas penurias y padecimientos, ahora el futuro le sonreía. El lunes siguiente comenzaría el curso de chofer que su madre había resuelto pagar a costa de tantos sacrificios. Sí, lo más aconsejable sería no desafiar al destino y seguir la senda que se había trazado antes de haber concebido esa loca idea de

matar a Gaitán. Retomaría sus clases de rosacrucismo. Encauzaría su futuro siguiendo los sabios preceptos de vivir en armonía con él mismo y con los demás seres humanos [...] Entonces sacó del bolsillo la pequeña libreta de apuntes en donde tenía registrados sus movimientos de las últimas semanas, y la arrojó a la candela (Torres, 2006, pp. 156-159).

De esa manera, ahora sus objetivos son otros: desea conseguir un empleo digno, salir adelante económicamente, recuperar a su familia y evitar tener pensamientos desequilibrados como el de convertirse en asesino.

Una vez terminan los oficios en el barrio Santa Teresita, Paredes y Roa se despiden. Sin embargo, Roa permanece muy concentrado observando la casa de Gaitán (ya había hecho lo mismo en anteriores ocasiones cuando andaba en el plan de espía porque quería asesinar al político). En ese momento la trama da un giro trascendental en la obra, pues empiezan a mostrarse los primeros indicios de la práctica del chivo expiatorio: un carro se detiene bruscamente al frente de Juan, y dos hombres lo abordan y lo obligan a subirse al vehículo. Uno de los hombres, que en la novela se llama 'El Mandamás', interroga a Roa. Amenazante, torturador, impío, El Mandamás quiere saber por qué Roa está espionando la casa de Gaitán. Roa Sierra, asustado y suplicante, intenta explicar que él no estaba espionando al político. Sin embargo, El Mandamás es claro: le pregunta a Roa cuándo piensa matar a Gaitán. Pero para extrañeza de Roa, lo raro de la conversación con El Mandamás es que este lo está inquiriendo de manera amenazante preguntándole cuándo piensa asesinar a Gaitán, no porque El Mandamás esté interesado en evitar dicho asesinato, sino porque, todo lo contrario, desea que alguien mate al dirigente liberal.

En ese momento de la trama se empieza a comprender que las cartas de la suerte están echadas para Juan: él tendrá que asesinar a Gaitán por orden de El Mandamás, quien a su vez está recibiendo órdenes de otro. Ello se sustenta, por ejemplo, en estas palabras de aliento que El Mandamás le dirige a Roa:

Cualquier cosa que hagamos en contra suya, rebotará en contra nuestra. En la medida que lo protejamos a usted, nos protegemos todos, ¿es que no se da cuenta? ¿Quiénes son todos? quiso saber Roa. Eso a usted no le importa, replicó El Mandamás. Pero no se preocupe, detrás de nosotros hay gente importante. Ellos son los que pagan, los que garantizan que a usted no le vaya a pasar nada malo (Torres, 2006, p. 254).

Dado lo anterior, se puede considerar que allí se empieza a ejecutar el mecanismo del chivo expiatorio en el sentido de que se comienza con la elección de una víctima, es decir, Roa Sierra; sin embargo, aún no se ha puesto en marcha el mecanismo totalmente, pues el lector deberá leer cerca de doscientas páginas más de la novela, para poder percibir la ejecución del mecanismo del chivo expiatorio, cuya máxima expresión será el cercamiento y el abatimiento de Juan, quien morirá, en una especie de sacrificio, golpeado y linchado.

Conviene añadir que en esta parte de la novela Roa conoce al Flaco, un malandrín que le ofrece su ‘amistad’ y que, una vez Roa se halla en el problema de verse obligado a matar a Gaitán, se ofrece a acompañar a su amigo en el momento de tener que dispararle al caudillo, con la condición de que se le pague la mitad del dinero que recibirá Roa de manos de El Mandamás cuando se haya consumado el crimen. Por esa razón en buena parte de la novela el lector acude a una narración detallada del modo como ambos, Juan y El Flaco, deben conseguir un revólver para llevar a cabo el plan, aunque múltiples dificultades se les presentan en el camino, pues ambos cuentan con la mala suerte de no tener dinero para poder costear la compra de un arma.

3.4 Sombras en las tinieblas para Juan Roa Sierra, quien decide no dispararle a Gaitán

Es importante considerar el personaje de El Flaco, pues según los registros periodísticos de la época (abril de 1948), días después de que la prensa diera a conocer la identidad de Roa, otros testigos manifestaron haber visto a un hombre delgado y ‘con ojos de loco’ en el sector y en el momento del crimen. Recordemos que la secretaria de Jorge Eliécer Gaitán comentó en su testimonio que El Flaco también había asistido días previos al despacho de Gaitán en su búsqueda⁴⁴. Es relevante mencionar lo anterior porque da cuenta, nuevamente,

⁴⁴ En *El crimen del siglo* se aprecia que el autor aprovecha los testimonios de la secretaria de Gaitán, pues en la novela se narra la manera como El Flaco irrumpe en el Edificio Agustín Nieto después de hacer el acuerdo con Roa, minutos antes de que Gaitán saliera a almorzar con sus amigos. Sin embargo, se lee que El Flaco no es capaz de matar a Gaitán. La secretaria del dirigente liberal le informa a su jefe sobre la presencia de El Flaco: “Ese hombre me da miedo, doctor [...] Tenga cuidado”. Pero Gaitán no hace caso del consejo de su secretaria, y le pregunta al Flaco qué se le ofrece. Entonces, “El Flaco pasa saliva [...] Roa Sierra tiene razón, piensa, al admitir que a él también le faltan agallas para disparar contra aquel hombre [...] Su mano atrofiada humedece la cachea del revólver. Quiere irse de allí. Está muerto de miedo. Es un asunto de derecho penal que quisiera tratar con usted, se las arregla para decir”. Pero Gaitán se niega a ayudarlo, argumentando que de ahora en adelante no se dedicará a temas legales sino políticos. Finalmente, se lee

del carácter realista de la novela y de la intención del autor por ‘respetar’ y mantener algunos sucesos verídicos de la historia, adornando, claro está, con muchos detalles ficticios todos los diálogos, las escenas y otros hechos.

Ahora bien, la presencia de El Flaco es fundamental en la obra porque abre una posibilidad de interpretación para el lector. Ello se basa en que, al final de la novela, Roa Sierra se ve incapaz de matar a Gaitán, pues la cobardía y el nerviosismo lo imposibilitan para dispararle al dirigente político en el momento en que este salga de su despacho al mediodía para ir a almorzar. De manera que se presenta un hecho determinante: minutos antes de que Gaitán salga a almorzar, Roa le propone a El Flaco que sea él quien le dispare a Gaitán; por supuesto recibirá más dinero por ser el disparador. El Flaco acepta el acuerdo y se propone a ser él quien dispare contra el político (más adelante retomaremos este hecho). En todo caso, resulta importante mencionar que en esta parte de la novela se puede reconocer una pretensión por parte del autor, la cual se sumaría a la de otros autores colombianos, de sugerir que Juan Roa Sierra no fue quien disparó contra Gaitán. Y para sustentar esta idea, al autor le resulta indispensable novelar la figura de El Flaco, aquel personaje enigmático dentro de la historia del 9 de abril de 1948, de quien lo último que se supo por registros periodísticos del 5 de septiembre de ese año en el periódico *El Liberal*, fue que intentó suicidarse.

Retomando el tema del proceso del chivo expiatorio en Roa Sierra, me parece oportuno mencionar que una vez en la novela se elige a Roa como el que debe matar a Gaitán, no solamente se percibe que El Mandamás y sus secuaces son quienes obligan a Juan a que cometa ese crimen, sino que además pareciera como si el destino mismo lo obligara a consumir el homicidio. Ello se sustenta en que Juan hizo todo lo posible por huirle a esta mala jugada que le estaba haciendo la suerte: pensó en suicidarse, pensó en huir con Magdalena y con su hija a un lugar lejano, pensó en denunciar lo que le iba a suceder a Gaitán; en fin, Juan buscó muchas maneras para evitar convertirse en el asesino del caudillo, pero pareciera que él y solo él era aquel cordero elegido, aquella presa que, por

que “El Flaco sale de la oficina con las manos en los bolsillos y el rabo entre las piernas, doblemente derrotado”, (Torres, 2006, pp. 344-345). Vale la pena precisar que El Flaco decide no contarle a Roa Sierra que le dio miedo matar a Gaitán, de modo que se limita a comentarle que la secretaria no le autorizó ver al líder liberal.

más intentos que hiciera, ya tenía asignado en su destino que su única finalidad podía ser la muerte en forma de sacrificio.

Es así como llegamos a la cuarta parte de *El crimen del siglo* titulada ‘Sombras en las tinieblas’. Quizás ese título responde a que es la parte de la novela que más se destaca por su tono lúgubre, lastimero, funesto, sombrío y tenebroso. Es el fragmento de la novela en el cual se concluye que Roa Sierra ya tenía marcado su sino. Incluso el lector llega a pensar que Juan era el único inocente en esta historia, por ende ese mismo lector duda de El Flaco, quien bien podría ser un miembro más del complot junto con El Mandamás; o duda del carpintero Paredes, de los vendedores del arma, de Umland, de los rusos, de Tom, de la secretaria, de los clientes que conversan en las mesas de el café El Molino, de los amigos de Gaitán, de los mismos amigos y familiares de Juan, de todos. La novela abre un sinnúmero de posibles conjeturas y permite que el lector interprete muchas exégesis con respecto a por qué Juan tenía marcada en su frente semejante suerte, y llega a dudar de los demás personajes de la trama porque precisamente la compañía de todos ellos fue la que fortuitamente fue llevando a Juan a las trampas del destino, a ser condenado a cometer un crimen que no cometió, pero que pagó con su vida porque solamente con el derramamiento de su sangre podría apaciguar, al menos un poco, la ira que se produjo en la multitud debido a la muerte de su líder.

3.5 Sospecha, señalamiento, persecución y linchamiento de Juan Roa Sierra: se despliega la práctica del chivo expiatorio

Detengámonos a analizar el episodio del asesinato de Gaitán y el posterior linchamiento de Juan Roa Sierra en la novela (ello se desarrolla aproximadamente en sus últimas veinte páginas). Es fundamental destacar que una vez Roa acuerda con El Flaco que ahora será este último quien dispare contra Gaitán, Roa permanece pendiente y ansioso en la entrada del Edificio Agustín Nieto. Es en ese instante cuando se lee que Gaitán sale de su oficina, acompañado de sus amigos, toma el ascensor y sale del edificio. En el momento en que Gaitán cruza el umbral para salir a la calle, es tomado por el brazo por su amigo Plinio Mendoza, y luego recibe los primeros balazos.⁴⁵ Sin embargo, aunque el narrador no

⁴⁵ Recordemos que en el primer capítulo de la presente investigación se presentó el testimonio de Gloria Gaitán, la hija de Jorge Eliécer Gaitán, quien en una entrevista reciente para la cadena radial W radio,

precise que es propiamente El Flaco quien está propinando los disparos, al lector le basta con saber que Gaitán va recibiendo, uno por uno, varios balazos en la cabeza y en la espalda. Se lee entonces que Roa

vio a Gaitán de espaldas a él, de abrigo y sombrero, caminando muy despacio, atento a la voz que susurraba en su oído, pero en ese mismo instante, más allá, como por entre los velos cenagosos de una tormenta, alcanzó a distinguir la silueta de un hombre que levantaba el brazo con un objeto brillante en la mano [...], cuando se oyó un disparo seguido muy cerca por otro al que sobrevino un silencio de muerte que estalló con el tercer disparo [...] Roa Sierra saltó del quicio mirando hacia atrás en busca del Flaco, pero al Flaco ya se lo había tragado la tierra (Torres, 2006, p. 347).

El narrador expresa que se aprecia la figura de “un hombre” que levantaba el brazo con el revólver, de manera que queda abierta la interpretación de si fue El Flaco quien disparó o no. También cobra importancia el hecho de que en el lugar estuviera estacionado un auto gris marca Chevrolet; dentro de ese carro estaba Tom, el norteamericano. Asimismo, se lee que en los lugares aledaños al sitio donde cayó muerto Gaitán, es decir, al frente del Edificio Agustín Nieto, en la Avenida Jiménez con carrera séptima, Roa pudo divisar al húngaro del cual le había hablado su amigo El Pote (Roa lo reconoció porque en otro encuentro con El Pote, este último le había señalado a su amigo Juan al húngaro de la discusión con Gaitán; le dijo que mirara a ese sujeto, pues ese era el húngaro del cual le había hablado antes a Roa).

A continuación debe ponerse especial atención, pues se despliega el mecanismo del chivo expiatorio y se concibe la que sería una característica importante de este procedimiento, a saber, la del señalamiento.

Recordemos que en el segundo capítulo de la presente investigación se ponía como ejemplo la historia de Oliver Twist, el personaje de Charles Dickens. A Oliver se le acusaba injustamente de robar el pañuelo de un hombre, y lo primero que hacía un individuo presente en la escena de los hechos, después de escuchar que la víctima del robo se quejaba de que le habían robado, era señalar a Oliver y gritar alguna frase que lo rotulara como

expresó su convencimiento de que Plinio Mendoza, amigo de Gaitán, traicionó a su padre, pues habría participado en el complot para matar al político liberal. Lo anterior posibilita pensar que debido a su participación en la conspiración, Mendoza tomó a Gaitán del brazo y lo expuso al asesino para que este pudiera dispararle fácilmente. Sin embargo, se debe aclarar que, a pesar de la opinión de Gloria Gaitán, no existen pruebas suficientes que puedan sustentar la participación de Plinio Mendoza en el complot.

culpable. Al señalarlo con el dedo y gritar que ese era el supuesto culpable, los demás miembros de la comunidad reaccionaron acrítica y mecánicamente, corriendo detrás del sujeto señalado. Ese mecanismo que se puso en marcha contra Oliver Twist, y que se explicó en el segundo capítulo de este trabajo de investigación, fue el mismo que se aplicó contra Juan Roa Sierra, pues se lee en *El crimen del siglo* que pese a que Roa no fue quien disparó a Gaitán, sí fue el primero de quien se sospechó, y el primero a quien se señaló. Sin embargo, en ese señalamiento hay algo que resulta interesante: no se señaló a Roa de manera directa como culpable, pues en el momento del señalamiento se presentaron varios señalamientos a la vez, es decir, ante la confusión de los hechos, fueron varios los señaladores que fueron tildando como culpables a varios sospechosos. De esa manera, se lee en la novela:

Ése fue, el del vestido carmelita, Se les voló, Agárrenlo, Mírenlo, Allá va corriendo, otros gritos en la calle. Asesinos. Atajen al mono. Señor agente, no suelte a ese, y más gritos en todas partes, confundidos en un amasijo de voces urgentes, órdenes, señalamientos, Miserables. Ese no fue. Huyó. Cójnalo. El de Gris. No lo dejen escapar. Escapó al Molino. Asesinos. Pero el grito más frecuente, el que más se escuchaba sobre todos los demás sigue siendo ¡Mataron a Gaitán! (Torres, 2006, pp. 348-349).

En la anterior cita es evidente que el autor juega con dos elementos importantes dentro del hecho histórico, elementos sin duda alguna funcionales para la trama de su novela. El primer elemento es que efectivamente al escritor le conviene ambientar una atmósfera de total confusión sobre quién disparó, para poder reafirmar que Roa Sierra no fue quien lo hizo, pero que ante tantos sospechosos y frente a la urgencia de hallar lo más pronto posible un culpable en quien se pudiera desatar de manera urgente la rabia colectiva, se hizo necesario tomar como culpable a cualquiera de los sospechosos, siendo como ya sabemos, con tan mala suerte, Roa Sierra el más propicio para culpar. El segundo elemento es que Torres aprovecha la confusión que ha ocasionado el hecho del color del traje de quien disparó contra Gaitán, para volver a controvertir a ese respecto y poder entretejer en la trama más sospecha, ya que en la cita se lee que alguien gritó que el que disparó fue el de traje café, pero otro señaló que el que lo hizo fue el de traje gris. En ese sentido vale la pena recordar lo mencionado en el primer capítulo de esta investigación con relación al color del vestido del asesino, y mostrar que Miguel Torres aprovecha todas esas interesantes

hipótesis que le permiten controvertir con respecto a quién sería el verdadero autor material del crimen.

Una vez señalado, Juan Roa Sierra ya no tendrá escapatoria. Empieza a operar en él el mecanismo del chivo expiatorio porque la multitud lo cerca con el fin de agredirlo para posteriormente matarlo a golpes, arrastrándolo por la carrera séptima, desde el edificio Agustín Nieto hasta la plaza de Bolívar. Sobra decir que se le negó el derecho al debido proceso.

Pero para que la práctica del chivo expiatorio se dé de manera completa, se practica en Roa Sierra el linchamiento. Por consiguiente, al lincharlo se logran apaciguar, por lo menos un poco, los ánimos enardecidos de una muchedumbre desbocada y tensionada que se halla en medio de una compleja crisis social⁴⁶. Pareciera entonces como si esa misma multitud operara bajo los efectos de la sinrazón, pues actúa no solamente de manera alicorada, rabiosa, iracunda y violenta, sino también de modo impulsivo: se deja ver en el linchamiento de Roa, en la destrucción de la ciudad, en el incendio, en la revuelta, en los saqueos y demás desmanes, un comportamiento bárbaro y febril. Aparece en la novela:

Una multitud enardecida, vociferante, que intenta arrebatar a Roa Sierra de la custodia de los agentes para descargar su impotencia, su dolor, su odio contra él, A lincharlo, A lincharlo, claman las voces, pateándolo, golpeándolo en la cara o donde caigan los golpes que esas manos sedientas de venganza lanzan sobre la humanidad del presunto asesino, un embolador levanta su caja de embolar de entre el racimo de manos y se la descarga en la cabeza (Torres, 2006, p. 350).

Y más adelante ya es contundente el mecanismo del chivo expiatorio: se presenta la muerte de la víctima inocente que es sacrificada. Como toda muerte de una víctima del procedimiento del chivo expiatorio o *pharmakon*, el deceso es cruel y violento. Roa Sierra, que se halla protegido, por unos segundos, por las puertas de la Droguería Granada, observa que la muchedumbre armada de sillas, garrotes y cajas de embolar, derrumba las rejas. Alguien le propina un puñetazo y comienza la tortura; pero antes, el narrador describe que Roa “mira con ojos de cordero degollado” a uno de sus agresores, un hombre que descarga

⁴⁶ El linchamiento es un crimen que replica el crimen principal, pero que no tiene autor: es la multitud entera la que produce la muerte del chivo expiatorio. En el asesinato de Gaitán hay un autor; sin embargo, el autor no puede determinarse con precisión. Entonces, la multitud elige uno para asesinar, aunque este no sea el verdadero asesino.

contra Roa una carretilla de hierro. La referencia es interesante porque nos recuerda los sacrificios del *pharmakon* y del Levítico: en ambos casos la víctima sacrificada fue un cordero, el animal cuyos ojos y cuya debilidad e inocencia, era el propicio para sacrificar y ofrendar a los dioses. De ese modo, cuan si fuera un cordero, aunque todavía no degollado

Roa Sierra siente un crujir de huesos por dentro de los oídos, un sabor de cobre en la boca, se derrumba, siente que lo atenazan por los brazos, por las manos, por las piernas, que lo empujan, que lo sacan a rastras por la acera [...], ve los rostros crispados, acezantes, mostrando los dientes encima de su cara, como mastines rabiosos, los rostros girando, alejándose, acercándose, vislumbra [...] las miradas feroces, los gestos adustos, los rostros patibularios de Tom [...], del Mandamás [...], de ese extranjero que las ruinas de su memoria asocian con el Pote. (Torres, 2006, p. 351).

De la anterior cita llama la atención el modo en que se describe a la multitud, pareciera que ella actuara de manera pasional y poco mediada por la razón: sus individuos muestran los dientes, parecen perros con rabia, tienen miradas feroces. En el procedimiento de este sacrificio los sacrificadores actúan de modo vehemente, actúan motivados por la ira y por las tensiones contenidas; bien podría decirse que esas tensiones obedecen a la situación de violencia política que experimenta la comunidad desde hace décadas, y que se creía que iba a mermar, de ahí la esperanza que representaba la otra presa que acaban de matar, es decir, el caudillo que prometía paz y condiciones de igualdad para los desprotegidos: Jorge Eliécer Gaitán.

La manera como muere esta víctima de la práctica del chivo expiatorio está revestida de una crudeza casi grotesca. Se describe sobre Roa, o lo que queda de Roa, que “su cuerpo rueda como un guñapo de feria sobre la acera, y cuando cae en la calzada de la séptima su cara es una masa tumefacta, sanguinolenta, irreconocible. [...], lo arrastran de sus manos machacadas, del pelo ensangrentado, de los pies descalzos, despellejados a jirones” (Torres, 2006, p. 352). Se puede reconocer que en la descripción anterior el derramamiento de sangre del individuo sacrificado es imprescindible; de hecho, su muerte parece un ritual donde su pelo y su cara chorrean sangre: recordemos que la sangre es la que purga y purifica.

Asimismo, el acto no solamente deja ver un proceder febril y exaltado en los individuos que participan en la barbarie, sino que además se reflejan otras prácticas humanas antiguas,

como la del sacrificio, pues en la descripción del linchamiento de Roa se entrevé que se le trata como a una especie de sacrificado: no basta con haberlo matado a golpes y con haberlo desangrado, hay que tomarlo por las extremidades y presentarlo, como ante un altar, en las escaleras del Palacio de San Carlos, la casa presidencial donde residía el presidente de la época, el conservador Mariano Ospina Pérez. Hay que dejar que allí repose su cadáver y su sangre, como una ofrenda, como una demostración de la supremacía del sacrificador. No en vano en la última página de la novela se lee que a Roa “todos lo arrastran como se arrastra una res sacrificada” (Torres, 2006, p. 352).

De acuerdo con todo lo antes expuesto, se concluye que en la novela de Miguel Torres *El crimen del Siglo*, el personaje de Juan Roa Sierra, dadas sus características de individuo débil, disímil y vulnerable, fue elegido como presa dentro de un mecanismo de chivo expiatorio en el cual se le culpó de haber disparado contra Jorge Eliécer Gaitán, acción que probablemente no cometió, por lo que se deduce que se le inculpó injustamente.

Además, en la novela la práctica del chivo expiatorio se desarrolla en el personaje de Roa Sierra de la siguiente manera:

1. Primero se elige, dadas sus condiciones de vulnerabilidad, a saber, su aspecto físico, económico, mental, emocional, etc.
2. En el momento de su persecución se le señala y tilda (incluso por parte de los verdaderos culpables, que pasaron de ser culpables a ser jueces).
3. Posteriormente se le cerca y abate de manera multitudinaria.
4. Después se le agrede mediante la práctica del linchamiento, la cual se caracteriza por su violencia intrínseca, y porque es efectuada por una masa que actúa de manera exaltada, motivada por sentimientos y tensiones contenidas desde hace tiempo en los seres humanos que practican ese linchamiento; de ese modo, en el acto de linchar se liberan esas tensiones.
5. Y finalmente le sobreviene la muerte, acompañada por el derramamiento excesivo de sangre de la víctima; esa sangre, por un lado, guarda relación con los rituales y sacrificios en los que se mataba de manera sangrienta a corderos y humanos para ofrecérselos a los

dioses; y por otro lado, tiene como fin expiar y purificar las culpas de la comunidad, es decir, el individuo sacrificado pasa de veneno a remedio.

Antes de terminar, considero pertinente señalar que, pese a que mi lectura se incline a interpretar que el narrador sugiere que Roa Sierra no disparó contra Gaitán, lo que querría decir que a Roa se le linchó por un crimen que no cometió, el texto también deja abierta la posibilidad de que este sujeto sí hubiese disparado y sí hubiese sido el asesino de Gaitán: ello se explica en tanto que no es gratuito que el autor nos presente a un Roa que padece desequilibrios mentales, producto de su condición social compleja y precaria (el desempleo y la pobreza pudieron desencadenar sus alucinaciones), y de su condición genética (un hermano suyo terminó internado en una clínica psiquiátrica⁴⁷). Ahora, además de sus delirios por culpa de su mala suerte en la vida y de su situación genética, es perfectamente interpretable que en Roa se hayan acentuado sus crisis psiquiátricas debido a su obsesión con Gaitán, ya sea debido a su encuentro con el líder liberal para solicitarle un empleo, o debido a que se encontraba obligado a participar en una conspiración para asesinar al político liberal. Dado lo anterior, se podría sugerir que Roa, así como alucinaba con Francisco de Paula Santander y con Gonzalo Jiménez de Quesada, también pudo alucinar las visiones del Pote, del Flaco, de Urrutia, de Tom y de los soviéticos. En definitiva, toda la trama pudo ser simplemente producto del pensamiento agobiante y dramático de la mente delirante y asesina del desequilibrado Juan, razón por la que el lector bien puede jugarse una última carta para interpretar el final de novela: concebir que Juan Roa Sierra sí disparó. Esta última interpretación puede darse, pues gracias a que el autor construye de una manera tan certera las inestabilidades mentales de Roa, sí cabe la posibilidad de que este personaje haya disparado aunque, en medio de su crisis mental, piense que otro disparó por él. En todo caso, y si así fuera, esa culpabilidad no le restaría la condición de chivo expiatorio a Roa, porque haya disparado o no, este se constituye como víctima de la práctica del chivo expiatorio, en tanto que se le ajustició de manera cruel y violenta, en

⁴⁷ En un episodio de *El crimen del siglo* se lee que la mamá de Juan sostiene una conversación con María. Le comenta, a propósito de Juan: “Lo estoy notando como raro. A mí el miedo que me da es que vaya a seguir por la misma senda de Gabriel. Que Dios nos ampare y nos favorezca, dijo María, sin poder ocultar su alarma al escuchar aquellas palabras referidas a uno de los hermanos de Juan, interno desde hace ocho años en el manicomio de Sibaté”. (Torres, 2006, p. 28).

medio de una situación de tensión y de crisis social, sin derecho a la defensa ni al debido proceso.

En conclusión, puede afirmarse que en la novela de Miguel Torres, *El crimen del siglo*, se sugiere, aunque nunca se decreta, la inocencia de Juan Roa Sierra como asesino de Jorge Eliécer Gaitán. Asimismo, en la novela no se presenta un autor material determinado.

Finalmente, en esta obra se refuerza el hecho de que, aun señalándose que Roa en un momento de su vida sí tuvo la intención de asesinar a Gaitán, y aun habiendo participado, obligatoriamente y bajo amenazas, en el asesinato (independientemente de si fue el disparador o no), otra razón por la que no se le podría quitar el carácter de víctima del mecanismo de chivo expiatorio a este personaje, es que su muerte en el linchamiento, fue una muerte sangrienta y sacrificial. Así, con el deceso violento de Roa Sierra se apaciguaron y disiparon varias tensiones de la comunidad, motivo por el cual la sangre que derramó ese personaje, hizo las veces de veneno y cura, al mismo tiempo. Lo anterior nos permite concluir que el personaje de Roa Sierra se configura, entonces, en esta novela, como un auténtico *pharmakon*.

4. *EL INCENDIO DE ABRIL*, DE MIGUEL TORRES, Y LOS TESTIMONIOS DE PERSONAJES QUE SUGIEREN QUE ROA SIERRA NO DISPARÓ

Yo no estoy tan seguro de que ese infeliz haya sido el autor del crimen más horrendo del que se tenga noticia en los anales de nuestra historia.

(Miguel Torres, *El incendio de abril*, p. 16).

El incendio de abril es una novela de Miguel Torres publicada en el año 2012. Es la segunda novela de su trilogía de obras sobre el Bogotazo (la primera es *El crimen de siglo*, y la tercera es *La invención del pasado*). *El incendio de abril* está dividida en tres partes: la primera consta de una serie de testimonios ficticios escritos en primera persona, los cuales son relatados por distintos personajes de diferentes oficios, quienes manifiestan en sus declaraciones cómo presenciaron o se enteraron del asesinato de Jorge Eliécer Gaitán el 9 de abril de 1948, y qué estaban haciendo ese día y a esa hora; la segunda parte de la novela aborda la historia de Ana, una mujer que no encuentra a su esposo después de que suceden los desmanes del Bogotazo, de modo que emprende una búsqueda de él, búsqueda larga y desesperante; y la tercera parte de la novela narra cómo algunos personajes de la oligarquía bogotana, enemigos y opositores de Gaitán, se esconden en algunas casas de la ciudad durante la noche del 9 de abril, pues temen ser cercados y agredidos por los gaitanistas que en ese momento todavía se encuentran saqueando, destruyendo e incendiando establecimientos y viviendas.

Para efectos del presente trabajo de investigación, nos detendremos solamente en la primera parte de la novela, es decir, en los testimonios ficticios de algunos personajes que cuentan cómo vivieron el acontecimiento histórico del crimen de Gaitán, y sus consecuencias. Miraremos entonces solo algunos de los casi treinta testimonios; específicamente aquellos en los que se alude a Juan Roa Sierra.

Conviene destacar que en esta primera parte de *El incendio de abril* el narrador ya no es como el de *El crimen del siglo*, ya que mientras en esta última obra el narrador es tradicional, es decir, narra en primera persona, en *El incendio de abril* cada testigo se presenta como el narrador de su propio relato. Así, la primera parte de la novela cuenta con sesenta y cinco narradores, es decir, testigos.

4.1 La posibilidad científica de que otro individuo hubiera disparado: las dudas de un historiador testigo

Iniciemos con el primer testimonio de la novela: el de Alfonso Garcés Ordóñez, de quien el narrador nos dice que es historiador y que cuando mataron a Gaitán, estaba en el Café El Molino.⁴⁸ Llamen la atención algunas revelaciones que este personaje hace en su testimonio. Centrémonos en las que se refieren al presunto asesino del dirigente político: es importante tener en cuenta que este historiador relata que vio a algunos hombres sospechosos en las cercanías a la puerta del Edificio Agustín Nieto. Más exactamente, él advirtió la presencia de dos o tres personas cerca del umbral. Sobre ellas, señala que:

Una de ellas era un individuo que estaba parado en el quicio de la puerta del Agustín Nieto, delgado y bajito, de sombrero, vestido con un taje azul claro, o gris, a quien me pareció ver con el arma en la mano. Al mismo tiempo, otro hombre, desde la calzada, al borde del andén, de vestido carmelito y también al parecer armado, observaba a Gaitán con una atención semejante a la que mostraba el primer individuo (Torres, 2012, p. 15).

En esta cita podemos ver que el historiador Garcés pretende dar a conocer que en la escena de los hechos, como sospechoso no solamente estuvo quien sería Juan Roa Sierra, es decir, el hombre de traje azul o gris. A propósito, recordemos la confusión con respecto al color de la indumentaria de quien disparó: en algunos testimonios reales de la época, como se dio a conocer en el primer capítulo de este trabajo de investigación, varios testigos sugirieron que aparentemente quien disparó lucía un vestido café, pues ellos observaron que precisamente un individuo con traje de ese color llevaba un revólver en la mano; otros de esos testigos, por su parte, declararon que un hombre con traje café era el que gritaba e instigaba a la multitud para que cercara al individuo de gris, lo que también permite pensar en la posible culpabilidad del instigador vestido de café, quien no solo estaría haciendo las veces de verdadero culpable, sino además de disociador y de señalador de un inocente. En todo caso, resulta muy difícil guiarse por la hipótesis del asesino vestido con un traje de un color diferente al del color del traje de Roa Sierra, pues, por ejemplo, García Márquez desvirtúa la afirmación de que el instigador fuera vestido de color café:

⁴⁸ Este establecimiento quedaba justamente en la Avenida Jiménez con Carrera Séptima. Reunía a intelectuales, escritores, artistas y políticos de la época. El 9 de abril de 1948 algunos testigos que departían al mediodía en el Café El Molino pudieron presenciar el asesinato de Gaitán desde allí.

Un hombre alto y muy dueño de sí, con un traje gris impecable como para una boda, las incitaba con gritos bien calculados. Y tan efectivos, además, que el propietario de la farmacia subió las cortinas de acero por el temor de que la incendiaran. El agresor, aferrado a un agente de la policía, sucumbió al pánico ante los grupos enardecidos que se precipitaron contra él.

-Agente -suplicó casi sin voz-, no deje que me maten.

Nunca podré olvidarlo. Tenía el cabello revuelto, una barba de dos días y una lividez de muerto con los ojos sobresaltados por el terror. Llevaba un vestido de paño marrón muy usado con rayas verticales y las solapas rotas por los primeros tirones de las turbas (García Márquez, 2002, p. 339).

Con lo anterior, observamos que en su testimonio García Márquez no solamente descarta la probabilidad de un autor material vestido de café, sino que además invierte los colores de los trajes, pues asegura que Roa Sierra era el que portaba un traje carmelita, mientras que el instigador misterioso lucía uno gris. Así las cosas, la confusión con respecto al color de la vestimenta de ambos sujetos es una demostración de que en el crimen de Jorge Eliécer Gaitán ha habido múltiples hipótesis, lo que refuerza la idea de que se trató de un hecho lleno de incertidumbres en las que resulta casi imposible señalar una última palabra.

Ahora bien, continuemos con el relato del historiador (respetando los colores de los trajes que él percibió, de acuerdo con su testimonio), pues esta no es la única revelación que al respecto nos proporciona el testigo Garcés Ordóñez. Más adelante leemos que él admite que aunque todo lo vio muy rápidamente, constató que al de vestido café “lo detuvieron un par de policías en la acera, entre el lugar donde yacía Gaitán y la [Avenida] Jiménez, pero minutos después ya lo habían soltado para capturar y desarmar al hombrecito de gris a quien muchas voces reclamaban como el autor del atentado” (Torres, 2012, p. 15). Con este testimonio se evidencia que sí hubo una confusión con respecto al sujeto que disparó contra Gaitán, pues los policías detuvieron previamente a otro sospechoso, pero posteriormente lo dejaron libre debido a que muchas voces reclamaron que el disparador había sido otro sujeto. Desde ese punto de vista, queda claro en este fragmento de la obra que posiblemente se puso en marcha una de las características del mecanismo del chivo expiatorio, la cual consiste en señalar como culpable a cualquiera que esté en el lugar del crimen. Pero no basta con que ese señalado sea sospechoso, sino que además es inocente: describe el historiador testigo que le llamó la atención que una de las voces que señalaban

al de vestido gris, es decir a Roa, era la de un embolador (Torres, 2012, p. 15). Podríamos presumir sobre ese mismo embolador, que su comportamiento como señalador fue imitado por la multitud, pero ese personaje también nos deja la posibilidad de interpretar que él podría desempeñar la figura de un posible verdadero culpable, o de un cómplice en el crimen.

Describe también el historiador Garcés que

Esa multitud enloquecida echaba abajo las rejas de la droguería y sacaba al hombrecito [de vestido gris] a golpes a la calle. El sujeto tenía la cara ensangrentada y todo el mundo se le fue encima cuando cayó al suelo para seguir golpeándolo, mientras que los insultos y alaridos que brotaban de sus gargantas enronquecidas se fundían en un solo grito: Asesino, Asesino, Asesino. (Torres, 2012, p. 16).

En la anterior cita podemos observar que la multitud, como vimos en el anterior capítulo del presente trabajo, actúa bajo cierta pulsión rabiosa y exaltada en un momento de tensión social, incluso cierto aspecto instintivo se deja ver en su actitud; ello se sustenta en que los individuos que componen una multitud que golpea al presunto asesino, no solo gritan, sino que además, como bien lo describe el narrador, emiten “alaridos que salen de sus gargantas enronquecidas”.

Pero volvamos al historiador Garcés, quien no deja de remitirse al tema que lo atormenta: el del hombre de vestido gris que aparentemente no fue el que disparó. Por esa razón, precisa:

Yo no estoy tan seguro de que ese infeliz haya sido el autor del crimen más horrendo del que se tenga noticia en los anales de nuestra historia. Lo que sí me consta fue que Gaitán se derrumbó con el cuerpo vuelto hacia el Agustín Nieto, a dos o tres pasos de la puerta, luego cabe presumir que si el que le disparó fue el hombre que vi parado en el quicio, Gaitán, a causa de los impactos, giró sobre sí mismo hasta caer de espaldas al piso. Pero también se podría argumentar que el hombre que estaba en la calzada, entre los rieles del tranvía y el borde del andén, el de carmelito le salió al paso a Gaitán, y Gaitán, al verse amenazado, se dio vuelta con intención de regresar al edificio y en ese momento fue baleado por la espalda. (Torres, 2012, p. 16).

De esa manera, queda claro que para el testigo Garcés existen dos probabilidades, y ambas resultan ser hechos posibles, motivo por el que no sería correcto afirmar con certeza que quien disparó contra Gaitán fue el individuo de vestido gris, al que detuvieron y posteriormente golpearon, pues perfectamente quien disparó pudo haber sido el sujeto

vestido de café o ‘carmelito’. Así, desde una perspectiva científica geométrica y física de la manera como se derrumbó el cuerpo de Gaitán, cabe la posibilidad de que el disparador no hubiese sido Roa Sierra, es decir, el de traje gris, lo que le permite pensar al testigo Garcés que no se debió linchar a Roa sin al menos haberse dilucidado quién fue el que realmente disparó. Sin embargo, el lector puede percibir que Garcés se inclina por creer que el disparador fue el que portaba el traje café, y no el del gris:

No puedo apartar de mi mente al hombre de carmelito, un individuo moreno, alto, de pelo ensortijado, al que detuvieron y en medio de la confusión se les voló o lo soltaron para echarle mano al que muchos señalaban como el asesino, el mismo que el pueblo terminó por linchar (Torres, 2012, p. 16).

Y Garcés remata su relato diciendo: “Así las cosas, yo como historiador, de lo único que puedo estar seguro es de mis propias dudas”. (Torres, 2012, p. 16). La anterior oración no solamente da cuenta de que leímos un testimonio que deja abiertas algunas interpretaciones con relación al asesinato de Gaitán, sino que posibilita que el mismo lector también se identifique con la frase del historiador, pues de lo único que queda seguro después de leer ese testimonio es de sus propias dudas, es decir, de que no tiene certezas.

4.2 El ‘hombrecito aterrorizado’ que detuvo la policía, según el testimonio de un periodista

Remitámonos ahora al segundo testimonio de la novela. Lo relata Sergio Casalis, un periodista que se encontraba en la habitación 305 del Hotel Granada cuando presencié la muerte del caudillo. Como el Hotel Granada quedaba en las inmediaciones del Edificio Agustín Nieto, Casalis pudo observar desde la ventana de la habitación del hotel una panorámica de la Avenida Jiménez con carrera séptima. En el testimonio de este periodista aparecen algunas revelaciones importantes, así como disertaciones que hasta el momento no habíamos advertido con relación al lugar de donde provinieron los disparos que acabaron con la vida de Gaitán. Por ejemplo, Casalis se cuestiona sobre la proveniencia de esos disparos, pues dice que desde la vista de su ventana no logró divisar un disparador, razón por la que cabría la posibilidad de que el disparo hubiese sido descargado “desde la ventana o azotea de algún edificio o desde alguna esquina” (Torres, 2012, p. 19). De ese modo, Casalis pone en consideración que probablemente en el momento del crimen hubo

disparadores ubicados en sitios estratégicos y lejanos, lo que indicaría que el verdadero asesino ni siquiera se encontraba cerca de Gaitán en el momento de disparar. Esta reflexión es interesante porque pone de manifiesto otras estrategias criminales, como la de los disparadores múltiples⁴⁹, los francotiradores, entre otras. Sin embargo, Casalis va más allá de este razonamiento e indica que vio a tres hombres segundos después del disparo que terminó por derrumbar a Gaitán. Estos tres sujetos se encontraban en el lugar del crimen. Casalis entonces manifiesta que vio

Uno que estaba en la calzada, al borde del andén, la atravesó corriendo hasta la acera oriental, otro retrocedió desde el lugar del atentado hacia la Jiménez, y un tercer hombre, que permanecía en el quicio de la puerta del edificio frente al cual había caído la víctima, se lanzó a la acera un segundo antes de que la calle fuera remecida por el estampido de un cuarto disparo. Alcancé a ver a un par de gendarmes que forcejeaban en la esquina de la Jiménez con un sujeto que no era el mismo que yo había visto retroceder (Torres, 2012, p. 19).

Hasta allí, se presume que algo no concuerda con lo que vio el periodista, pues al parecer el hombre que estaba en el umbral del edificio no fue propiamente el que hizo el último disparo, ya que un segundo antes este hombre se había lanzado hacia otra acera. ¿Ello entonces nos permitiría asumir que cada disparo fue propinado por un sujeto diferente? ¿A Casalis le pareció extraño que los policías no estuvieran forcejeando con el sujeto a quien él vio retroceder desde el lugar del atentado hacia la Avenida Jiménez, lo que posibilitaría pensar que para el periodista el asesino fue ese hombre que retrocedió? Para el lector no es fácil despejar estas dudas, pero más adelante Casalis aclara: “Ahora los gendarmes tenían

⁴⁹ Es importante retomar *El crimen del siglo*, pues en un pasaje de la novela se lee que después de que Roa le confiesa al Flaco que unos hombres lo están asechando y amenazando para que asesine a Gaitán, El Flaco le comenta a Roa: “¿Y no será que así como lo estuvieron trabajando a usted han estado trabajando a otros?, [...] Ese que no se dejó ver la cara debe ser un peso pesado. Esa gente es muy precavida. No sería raro que estuvieran jugando a tres bandas. Es un recurso que se conoce como el del asesino múltiple. ¿Y eso cómo funciona?, quiso saber el asesino electo. Es como un fusilamiento, pero disperso y al revés, explicó el Flaco. En un fusilamiento cada soldado del pelotón elige un fusil al azar. Uno de esos fusiles está cargado con balas de salva y los otros con balas verdaderas. En el momento de la ejecución cada soldado tiene el privilegio de pensar que la bala que disparó no mató a la víctima, y de esa manera libra su conciencia de la culpa. En el caso del asesino múltiple es al revés. Se contrata a dos o tres asesinos por separado y los pone a disparar al mismo tiempo desde distintos sitios sobre la víctima, para que cada uno crea que es el único asesino y asuma toda la responsabilidad del crimen” (Torres, 2006, p. 297). La anterior cita no solamente nos permite ver que Torres mantiene elementos repetitivos en sus dos novelas y que hay intertextos recurrentes entre ellas, sino que también deja apreciar que el narrador pone de manifiesto que en el crimen de Gaitán existen variadas hipótesis con respecto al modo como alguien, o varios, pudieron haber disparado contra el líder político.

sujeto a otro individuo, un hombrecito insignificante, pálido, demacrado, que miraba a su alrededor con los ojos desorbitados de espanto. Uno de los gendarmes tenía un arma en las manos, que supuse la acaban de quitar al recién detenido” (Torres, 2012, p. 20).

Analicemos con detenimiento el anterior pasaje: se dice que los policías tenían sujeto a un hombre insignificante, pálido y demacrado, lo que implica que ese individuo presentaba un aspecto físico desagradable. Desde luego, esta descripción permite ver que el individuo próximo a ser víctima de agresión y linchamiento es un sujeto débil, tan insignificante que incluso poco importa que se le señale, pues solo con tildarlo, su aspecto de ‘don nadie’ posibilitará que los demás miembros de la comunidad crean que en efecto ese es el culpable. Su aspecto físico de insignificancia, debilidad y escualidez, hacen posible que encaje dentro de los parámetros de la presa perfecta. Desde el punto de vista social es un ser que no vale nada, y por ende, se configura como un ser propicio para ser víctima de la práctica del chivo expiatorio. De hecho, el mismo testigo se refiere a ese sujeto como “aquel hombrecito aterrorizado, con la cabeza, la cara y las manos chorreando sangre, al que golpeaban y siguieron golpeando mientras lo arrastraban por la calle” (Torres, 2012, p. 21). Sin duda, la expresión ‘hombrecito’ refuerza mucho más la idea de un individuo frágil, mientras el adjetivo ‘aterrorizado’ hace posible que se piense en un sujeto inocente. Todo ello posibilita que al lector se le dificulte concebir que un hombre con tales características haya sido capaz de perpetrar de manera voluntaria y por cuenta propia, uno de los mayores crímenes de la historia de Colombia.

Para terminar con este testimonio, estimo fundamental destacar que en las declaraciones del periodista Casalis también se refleja que hubo una conducta un tanto febril y poco mediada por la cordura en el linchamiento del aparente asesino. Describe Casalis sobre la multitud que agredió y linchó a ese individuo: “Entonces un tropel, del que no se oían voces aisladas sino un rugido unísono, tan aterrador como el bramido de una bestia prehistórica penetró en esa farmacia [...]” (Torres, 2012, p. 21). Allí se reafirma entonces la intención de mostrar que la masa actuó de manera instintiva, imitando comportamientos animalescos.

Es preciso agregar que estas referencias a conductas bestiales y bárbaras en los seres humanos no solamente se aprecian en el testimonio de Casalis, sino también en otras declaraciones de otros personajes de *El incendio de abril*. Es válido interpretar que el autor

desea aludir a la animalización de la multitud: recordemos que los individuos de una comunidad, cuando entran en tensión porque se presenta un conflicto social, empiezan a asumir comportamientos apasionados. Lo anterior se puede ejemplificar con lo que sucedió en Bogotá el 9 de abril de 1948, pues ese día la muchedumbre que estaba en las inmediaciones del Edificio Agustín Nieto después del asesinato de su líder político, y que persiguió y agredió, iracunda y vengativa, a Roa Sierra, actuó de manera tan salvaje, que es posible percibir que asumió tal actitud porque estaba completamente conducida por la exaltación. Ello no solamente obedece a que estaba decepcionada y furibunda por la muerte de su líder, sino que además responde a actitudes que desde los puntos de vista etológico y antropológico pueden explicarse como producto de la necesidad antigua del hombre por cazar a su presa. Esa necesidad impetuosa inevitablemente desarrollaba el acto violento. En palabras de Burkert:

la época del hombre cazador, el Paleolítico, supone, con mucho, la mayor parte de la historia de la humanidad. Según los diversos cálculos, este periodo comprende entre el 95% y el 99% de la historia humana; en cualquier caso, no hay duda de que en él se ha efectuado la evolución biológica del ser humano: en comparación con este periodo, los 10000 años transcurridos a lo sumo desde la invención de la agricultura son prácticamente irrelevantes. A la luz de este dato, cabe concebir la espantosa violencia del ser humano como consecuencia de animal de presa que ha adoptado a lo largo de su evolución (Burkert, 1997, p. 43).

En definitiva, cuando la multitud entra en tensión debido al conflicto que se desata, tiene la necesidad de recurrir a la violencia, pues “la violencia es producto de los mismos hombres, por ser desde un principio seres instintivos, motivados por deseos que son el resultado de apetencias salvajes y primitivas” (*Revista Razón y palabra*, Montoya). Y aunque en el caso del 9 de abril de 1948 la violencia no se desenlazó porque los individuos tuvieran hambre y requirieran urgentemente atrapar una presa para satisfacer su necesidad biológica, estos sujetos sí estaban urgidos por hallar una presa, no para devorarla, sino para desangrarla y hacerle pagar, con su sangre y con su muerte, las culpas de toda la comunidad, es decir, para sacrificarla. Ello indicaría que en ambos casos (el del individuo del Paleolítico y el del individuo del Bogotazo) el acto violento es el mismo: perseguir y cazar con vehemencia; el sentimiento es el mismo: es impulsivo y es instintivo; y el resultado también es el mismo:

se impone la ley del más fuerte y se actúa de manera apasionada, motivados por la necesidad, la violencia y la impulsión.

4.3 No se requiere ser letrado para sospechar que operó la práctica del chivo expiatorio: las insinuaciones de la dueña de una pensión humilde

En el testimonio de un estudiante universitario llamado Nicolás Mena Palacios, quien en el momento del crimen de Gaitán se encontraba en la pensión de doña Luz, viuda de Padilla, se aprecia una interesante conversación entre el estudiante, la dueña de la pensión y los demás arrendatarios de la vivienda, también estudiantes. Resulta interesante que en el diálogo, doña Luz sugiere la posibilidad de que el detenido no haya sido el verdadero asesino. Uno de los estudiantes le pregunta por qué lo considera de esa manera, a lo que la señora responde: “Porque pudo ser otro” (Torres, 2012, p. 167). Hay que aclarar que doña Luz no insinúa esta posibilidad porque haya sido testigo directo del atentado ni porque haya visto a sujetos sospechosos en la escena del crimen; su comentario obedece sencillamente a una asociación que la señora hace del hecho con una experiencia que vivió su esposo:

A mi marido, alma bendita, [...] le achacaron un crimen que no había cometido y se pudrió en la cárcel hasta que mi Dios se lo llevó [...]. Un día él discutió con su compadre [...] delante de un poco de gente. El día siguiente era día de ferias y fiestas en Armero, el pueblo donde vivíamos nosotros. Ese día mi esposo y el compadre estaban en la plaza, los dos iban a caballo, cada cual por su lado porque no se hablaban. De pronto en un tumulto de esos se oyó un balazo y el compadre cayó muerto de su cabalgadura. Mi esposo se acercó a ver qué había pasado y alguien le metió algo en la alforja y salió a correr. Mi esposo sacó lo que el otro le había dejado y se dio cuenta de que era un revólver. Ahí fue cuando la policía lo vio y le echaron mano⁵⁰. [...] ¿Se dan cuenta lo fácil que es cometer una injusticia? (Torres, 2012, p. 167).

⁵⁰ En el diálogo se puede observar que el autor quiere mostrar cómo hablaban los individuos pertenecientes a una clase social determinada: ‘Alma bendita’, ‘Le echaron mano’. Expresiones de este estilo logran ver que el autor posiblemente hizo un estudio de las expresiones y de los modismos bogotanos de la época (década de 1940), razón por la que emplea tales arcaísmos y los incluye dentro de los diálogos (en este caso testimonios) de los personajes. De ese modo: 1. tales expresiones dan mayor verosimilitud a la trama porque sitúan al personaje en el pasado histórico. 2. ese lenguaje permite ver que hay una pretensión del escritor por diferenciar cómo hablaban las personas de la clase popular, como doña Luz, en contraposición con un lenguaje y unas expresiones diferentes, como, por ejemplo, las de individuos de las clases sociales media y alta, como el historiador o el periodista. Cabe recordar que, siguiendo las teorías de Fernando Aínsa y Seymour Menton, el uso de arcaísmos y la documentación previa del novelista sobre el lenguaje y los dialectos de la época, hacen posible percibir en la obra su carácter de novela histórica. En las tres novelas de

De acuerdo con lo anterior, puede establecerse que en el caso de doña Luz, su observación no responde a una disertación compleja; ella, desde una asociación sencilla, obedeciendo a una anécdota personal, emite una reflexión propia del sentido común: es muy fácil pensar que al hombre que detuvieron los policías porque supuestamente asesinó a Gaitán es un sujeto inocente, porque, así como le ocurrió a su marido, resulta muy fácil inculpar a otro y acomodar todo para que parezca culpable. Desde esa perspectiva, podemos apreciar que en el testimonio de doña Luz, una mujer humilde y sin estudios, también cabe la probabilidad de que Juan Roa Sierra no haya disparado, mas sí haya sido víctima del mecanismo del chivo expiatorio. En ese sentido, nos damos cuenta de que no se requiere ser historiador, como Garcés, o ser periodista, como Casalis, para realizar una operación mental tan sencilla como es la de concebir la idea de que no siempre el individuo al que se señala y se ajusticia es el verdadero culpable.

4.4 El relato de María de Jesús Forero, la mujer de Juan Roa Sierra

Considero necesario señalar que en los últimos testimonios que presenta la primera parte de *El incendio de abril* se lee el relato de María, la mujer de Roa Sierra. En él, doña María de Jesús no se refiere al Roa asesino, pero sí a Juan, el esposo, el hijo y el padre de familia. Se percibe la angustia de la esposa y de la madre, doña Encarnación, quien mantiene una sensación de zozobra porque, no siendo suficiente la preocupación, pues el hijo, tarde en la noche, no da señales de vida, se halla perturbada porque esa noche “tuvo un sueño muy feo” (Torres, 2012, p. 173). Pero lo que más llama la atención en este testimonio es que el aparente asesino es descrito por dos mujeres que no tienen la más mínima sospecha de que Juan, a esas horas, ya es tan solo unos restos de carne tirados en las escaleras del Palacio de San Carlos, metidos en una caja vieja.

El lector puede entrever en el testimonio de María que ambas, suegra y nuera, se encuentran apesadumbradas por la muerte de Gaitán, lo que permite conjeturar que Roa Sierra también era adepto al gaitanismo⁵¹, teniendo en cuenta que era común que en

Torres se pueden apreciar recurrentes ejemplos de diálogos en los que los personajes emplean este tipo de expresiones y de términos, algunos ya obsoletos o desaparecidos.

⁵¹ Si revisamos el tercer capítulo del presente trabajo de investigación, observamos que en la novela de Miguel Torres, *El crimen del siglo*, hay un episodio en el que Roa admite que a pesar de sus desavenencias

Colombia anteriormente todos los miembros de una familia compartieran las mismas preferencias políticas, de generación en generación. De hecho, se lee que mientras ambas mujeres esperaban a Juan, doña Encarnación planchaba su vestido negro para vestirse de luto por la muerte del líder liberal (Torres, 2012, p. 173).

Otro detalle que pone a pensar al lector es que de acuerdo con la narración de María, Juan le había dicho a doña Encarnación cuando salió temprano de la casa “que tal vez venía a almorzar” (Torres, 2012, p. 173). En esta última frase podríamos detenernos y preguntarnos por qué Roa habría dicho eso, por qué se habría despedido de manera natural, por qué para él existía la posibilidad, así fuese mínima, de regresar al mediodía a su casa para almorzar, ¿Acaso Roa le dijo eso a su mamá porque no tenía la intención de matar a Gaitán, por ende no corría el riesgo de ser agredido ni linchado por nadie, de modo que podría regresar tranquilo a su casa al mediodía? ¿Acaso mucho menos contaba con que ese día al mediodía iba a convertirse en un chivo expiatorio? Sin duda todos esos interrogantes no los puede esclarecer el lector, pero sí dejan en la mente varias opciones para conjeturar y sospechar con respecto a la responsabilidad y a la supuesta culpabilidad de Roa Sierra en el crimen de Jorge Eliécer Gaitán.

con Gaitán, “sigue siendo gaitanista”. Ello nos permite asumir que siempre perteneció al gaitanismo y que mantenía una ideología política liberal.

5. ‘ROA SIERRA NO ASESINÓ A JORGE ELIÉCER GAITÁN’. COMENTARIOS SOBRE LA INVENCION DEL PASADO, RECIENTE NOVELA DE MIGUEL TORRES

Juan Roa Sierra era un individuo de baja estatura, macilento, se rostro cetrino, las más de las veces inexpresivo y de mirada ausente. Un tipo huraño y taciturno, de pocos amigos, incapaz, en apariencia, de cometer el crimen que había cambiado la historia del país.

(Miguel Torres, *La invención del pasado*, p. 311).

La invención del pasado es una novela de Miguel Torres, publicada en 2016. Es la última obra de la trilogía que este autor escribió sobre el Bogotazo. En ella se retrata la vida de la Familia Barbusse, cuyos miembros sufren en carne propia algunos de los más representativos hechos sociopolíticos del siglo XX en Colombia, como el Bogotazo; La toma, la retoma y el incendio del Palacio de Justicia en 1985; La toma de la Embajada de República Dominicana a manos del grupo guerrillero M-19 en 1979; El Estatuto de Seguridad implementado bajo el gobierno del presidente Julio César Turbay, entre otros. Asimismo, se percibe que los miembros de la Familia Barbusse padecen otros conflictos políticos como la desaparición forzada, la tortura, el secuestro, etc.

En su aspecto formal, la novela está dividida en nueve capítulos a los que el autor denomina “Tiempos”. A su vez, esos capítulos están divididos en breves subcapítulos. Es justamente en el ‘Cuarto tiempo’ donde se empieza a narrar a propósito de Roa Sierra, presunto asesino de Jorge Eliécer Gaitán.

Antes de adentrarnos en la manera como el autor aborda el tema de Roa Sierra en *La invención del pasado*, resulta necesario hacer una breve sinopsis de esta novela: Ana Barbusse es una mujer que pierde a su esposo, Francisco, el 9 de abril de 1948, pues este no vuelve a casa luego de los disturbios ocurridos en Bogotá esa tarde a raíz del asesinato de Gaitán. Ana entonces emprende una larga búsqueda de Francisco; sin embargo, este nunca aparecerá. En medio de las averiguaciones que la mujer hace de su marido el 9 de abril, encuentra a un pequeño niño, perdido en medio de las llamas que incendian la ciudad. Como los padres del niño no figuran por ninguna parte, Ana resuelve llevarlo a su casa, adoptarlo y ponerle como nombre ‘Henry Barbusse’. Cabe precisar que Miguel Torres

narra la historia de Ana Barbusse en la segunda parte de *El incendio de abril*; sin embargo, en *La invención del pasado* se centra exclusivamente en desarrollar esa historia de Ana, lo que evidencia que de alguna manera *La invención del pasado* es una prolongación de la segunda parte de *El incendio de abril*⁵².

Retomando lo que sucede en la novela, resulta importante mencionar que más adelante se nos presenta el personaje de Martina, una muchacha huérfana que llega a Bogotá junto con su hermano, Juan Pablo: ellos perdieron a sus padres, quienes fueron asesinados en su pueblo en medio de la Violencia, razón por la que los hermanos llegan a Bogotá en calidad de desplazados. Luego de ello, Ana acoge a los dos hermanos en su casa, y posteriormente Henry y Martina se enamoran y contraen matrimonio. Pero, a pesar de esta aparente armonía en la familia, los Barbusse tendrán que vivir los más cruentos hechos a causa de la situación política que sufre Colombia durante toda la segunda mitad del siglo XX, razón por la que, como bien resalta Miguel Torres: “La novela no narra unos acontecimientos alejados de los personajes, sino que los personajes los sufren. La familia intenta por todos los medios ser feliz pero no puede porque esos acontecimientos los van tocando” (El Espectador, <http://www.eltiempo.com/bogota/las-cicatrices-del-bogotazo-en-la-invencion-del-pasado-de-miguel-torres-42363>)

5.1 Escribir un libro que exponga que Roa Sierra no asesinó a Gaitán, la tarea encomendada a Martina

Ahora bien, en el ‘Cuarto tiempo’ de la novela sucede un episodio que se configura como trascendental de acuerdo con el interés del presente trabajo de investigación, pues nuevamente Miguel Torres se refiere al tema de Juan Roa Sierra y las conjeturas que rodean su supuesta participación en el homicidio de Jorge Eliécer Gaitán. Todo comienza cuando un librero, amigo de la familia Barbusse, sostiene una conversación con Henry y con Ana. Este librero, de apellido Arciniegas, les comenta que hace unas semanas fue a su librería una muchacha muy interesada en hallar los discursos de Jorge Eliécer Gaitán. La joven le manifestó a Arciniegas que ella pretendía escribir un libro sobre el 9 de abril;

⁵² La segunda parte de *El incendio de abril* se titula ‘La noche’. Empieza en la página número 197 del libro, y narra la búsqueda desesperada que Ana Barbusse emprende de su esposo, el 9 de abril de 1948 tras los desmanes por el asesinato de Gaitán.

entonces, el librero le preguntó si ella era escritora, a lo que la mujer respondió que no, razón por la que necesitaría conseguir un escritor para encomendarle la tarea de redactar las ideas de su libro (Torres, 2016, pp. 257-258).

En este momento la trama empieza a volverse muy interesante, pues el lector asiste a un estudio minucioso sobre las versiones que sugieren que Roa Sierra no mató a Gaitán: la muchacha le expuso al librero que ella tenía el interés de escribir una especie de biografía, pero el librero quedó sorprendido cuando la mujer enfatizó en que la biografía no sería sobre Jorge Eliécer Gaitán, sino sobre Juan Roa Sierra. De esa manera, y ante el interés de Arciniegas por conocer por qué ella deseaba escribir ese libro, la muchacha le indicó que “su interés principal iba dirigido a demostrar que Juan Roa Sierra no fue el asesino de Gaitán” (Torres, 2016, p. 58).

Cuando Arciniegas les comenta el suceso a Henry y a Ana, ambos quedan desconcertados, pues considerando que, de acuerdo con el tiempo narrativo, ya han pasado casi tres décadas desde el crimen de Gaitán, les llama la atención que todavía alguien se muestre interesado en desarrollar un libro sobre algunas conjeturas que, si bien en el pasado habían tenido cabida en algunos rumores, testimonios y versiones sobre el hecho, ahora estaban desvirtuadas y olvidadas. Sin embargo, la idea de la muchacha que necesitaba un escritor para que le redactara su libro le resultó interesante a Ana, motivo por el cual le solicitó a Arciniegas que pusiera a esa muchacha en contacto con Martina, ya que esta última era una mujer apasionada por la historia y con capacidades para la escritura, por lo que muy posiblemente estaría interesada en desempeñar ese interesante trabajo (Torres, 2016, pp. 258-259).

En el ‘Quinto tiempo’ de *La invención del pasado* hay un subcapítulo en el que se describe cómo fue el encuentro entre Martina y la muchacha de la librería. La idea era conversar y acordar cómo se efectuaría el trabajo. Por supuesto, antes de hablar propiamente sobre el libro, resultaba indispensable conocerse un poco. Sobre el encuentro, el narrador señala que a Martina le causó buena impresión esa mujer, pues esta “era una muchacha modesta y bien presentada” (Torres, 2016, p. 273). Martina emprendió una especie de interrogatorio, ya que tenía curiosidad por saber sobre esa joven mujer que pretendía escribir un libro cuyo objetivo era nada más y nada menos que desvirtuar una trascendental versión histórica. Así

que Martina se arriesgó a preguntarle por su familia, a lo que la muchacha contestó que la vida de ella y de su familia había sido:

una vida de nómadas, pobres y perseguidos. Desde pequeña yendo con mi mamá de barrio en barrio, de un lado a otro, sin decirle a nadie quiénes éramos ni de dónde veníamos, hasta que llegamos al barrio San Cristóbal hace como quince años y allá encontramos un remanso de olvido que nos permitió quedarnos en una casita y establecernos como otra familia del vecindario. (Torres, 2016, p. 275).

Hasta ahí, al lector le puede parecer sospechoso que esa mujer y su familia no pudieran decirle a nadie “quiénes eran y de dónde venían”. ¿Acaso su familia y ella eran unos prófugos?, ¿por qué debían esconderse y andar “de barrio en barrio”?, ¿por qué, además, ella aseguraba que fueron perseguidos?

Posteriormente se lee que Martina continúa cuestionando a la muchacha. Le pregunta por su padre, a lo que la mujer responde que sus padres vivieron juntos por tres años pero después su mamá echó de la casa a su papá, pues este “era un hombre muy celoso y poco dado al trabajo” (Torres, 2016, p. 275). Entonces en ese instante el lector dilucida lo que sospechaba, pues cuando Martina le pregunta a la joven qué pasó finalmente con su papá después de que su mamá se separó de él, la mujer confiesa: “Murió cuando yo tenía tres años, en el 48, el 9 de abril para ser más exactos [...]. Yo soy hija de Juan Roa Sierra y María de Jesús Forero” (Torres, 2016, pp. 275-276). Es en ese momento de la historia cuando descubrimos que la mujer interesada en escribir un libro que manifestara que Roa Sierra no había asesinado a Gaitán, es Magdalena Roa Forero, la hija del supuesto homicida condenado por la turba; Magdalena Roa Forero, quien para defender a su papá y argumentar que él no mató al dirigente político, no solamente se basaría en argumentos personales y en el cariño que le hubiese podido tener a su padre, sino que además se apoyaría en algunos testimonios e investigaciones serias y aplicadas que señalaban que Roa Sierra no pudo haber disparado.

5.2 Scotland Yard: una comisión investigadora que se contradijo, según Magdalena Roa

Después de esta revelación, se lee que Martina y Magdalena sostienen otra reunión. En esta oportunidad se ahonda más en cuanto a las razones por las cuales la hija de Roa Sierra

considera que es imposible que su padre haya asesinado a Gaitán. Para sustentar lo anterior, se lee que Magdalena se basa en una investigación que a propósito del magnicidio del líder liberal efectuó Scotland Yard, una entidad británica que se encargó de investigar el crimen. Magdalena dice que le parece confuso el hecho de que en 1948 algunos investigadores de Scotland Yard “consideraban la existencia de autores intelectuales y llegaban a poner en duda que el verdadero autor material hubiera sido Roa Sierra” (Torres, 2016, p. 285). Dado lo anterior, Magdalena tiene como prueba el hecho de que esta entidad investigadora en un principio mostró dudas sobre la autoría material de Roa en el crimen, e incluso llegó a establecer que él no había sido el asesino. Sin embargo, la mujer no niega que le resulta extraño que esta discrepancia de criterios entre los miembros de Scotland Yard no se hubiese oficializado, y que después de un tiempo esa misma entidad hubiese cerrado el asunto argumentando que Roa Sierra sí había sido el autor intelectual y material, y que había asesinado a Gaitán motivado por un desequilibrio mental. De esa manera, ¿por qué inicialmente varios investigadores de Scotland Yard declararon que Roa Sierra no mató a Gaitán?, ¿por qué después los investigadores de Scotland Yard se sumaron a la versión del gobierno que indicaba que Roa Sierra sí había disparado y que, además, había planeado el crimen?, ¿por qué después esa misma comisión negó que hubiese participación de otros autores intelectuales, si anteriormente había señalado que sí existían otros? En definitiva, ¿por qué Scotland Yard cambió de parecer tan rápidamente, arrojó un resultado apresurado y cerró el caso? Estas serían las dudas, no solamente de Magdalena, sino también las del lector de la novela, quien a medida que va leyendo el diálogo entre Martina y la hija de Roa Sierra, va dándole cabida a la interpretación de que existió una posible conspiración en contra del padre de Magdalena.

Vale la pena destacar que Magdalena Roa le asegura a Martina que esta no es la única prueba que tiene para afirmar que su padre no fue el asesino, pues

También están los testimonios de personas que se hallaban en el lugar del crimen y que aseguran que mi papá no fue el asesino. Hablan de otras personas, con pelos y señales. Incluso mencionan al director de la policía de la época, Virgilio Barco, que en el momento del asesinato estaba en la puerta del Café El Molino, precisamente al frente del lugar en donde se cometió el crimen, y que al decir de algunos, fue el que ahuchó a la multitud para que lincharan a mi papá (Torres, 2016, p. 286).

5.3 Situar el revólver en la mano del inocente: una manera de acomodar los hechos y poner en práctica el mecanismo del chivo expiatorio

Más adelante se lee, con el nombre del subcapítulo ‘Una nebulosa en el crimen’, que en efecto, un sinnúmero de versiones se entretrejieron con relación al homicidio de Gaitán. Aunque Martina admite que ha leído muchas conjeturas al respecto, le confiesa a Magdalena que la persigue una duda: si efectivamente Roa no había sido el asesino, qué pensaba ella sobre la presencia de su padre en el lugar del asesinato; además, qué opinión le merecía el hecho de que Roa sostuviera en su mano el revólver que, de acuerdo con las pruebas de balística, acabó con la vida del líder político. A ello, Magdalena respondió: “Que hubiera tenido el revólver en la mano no significa que hubiera disparado” (Torres, 2016, p. 290). Estas últimas palabras de Magdalena bien podrían describir el tema de las disertaciones que a partir de ese momento sostendrán Martina y Magdalena, pues por más que esta última intente hacerle comprender a su interlocutora que el hecho de que Roa tuviese en su mano un revólver no implicaba que él lo hubiese accionado, a Martina le resulta sumamente difícil establecer la manera como alguien pudo poner un arma en la mano de Roa Sierra para inculparlo. Por esa razón, señala Martina: “No solo lo tenía en la mano [el revólver], él mismo se lo había comprado a un señor de apellido Rincón. Unos dicen que el día anterior, otros que por esos días, pero eso no importa, lo importante fue que lo compró por setenta y cinco pesos. Llevado a indagatoria, Rincón testificó y confirmó el hecho (Torres, 2016, p. 290). Ante esta observación de Martina, Magdalena responde con respecto al revólver: “Es posible que lo haya comprado por encargo para otra persona” (Torres, 2016, p. 290). Entonces se evidencia que para Magdalena, posiblemente la misma persona que propinó los disparos a Gaitán fue la que puso arbitraria y rápidamente el arma en la mano de su papá, quien inmediatamente fue visto por la multitud, la cual juzgó equivocadamente lo que vio, y asumió que Roa había sido el asesino porque él portaba el revólver.

Ahora bien, hay otro motivo por el cual Magdalena está segura de que Roa no disparó. En este punto, conviene recordar al personaje de El Flaco, que aparece en *El crimen del siglo*. El Flaco, o El Loco (recordemos que también se le apodó como El Loco, pues tenía ojos ‘desorbitados’ [Torres, 2006, p. 344]) aparece referido en *La invención del pasado* cuando

Magdalena le relata a Martina que su mamá, María de Jesús Forero, se entrevistó con El Loco en un manicomio, después del 9 de abril de 1948. En esa entrevista, este le manifestó a María de Jesús, la mujer de Roa, que Roa “resultó metido en ese bonche porque unos tipos lo amenazaron. Cuando me lo contó, yo le dije que se cuidara porque ahí debía haber más de uno haciendo el mismo mandado y de pronto también le daban a él, por eso me ofrecí a cuidarle la espalda” (Torres, 2016, p. 291). Desde esa perspectiva, con la revelación de El Flaco o El Loco aparece la versión de que Roa fue amenazado y obligado a participar en el asesinato; sin embargo, esa participación, al parecer, no consistía propiamente en dispararle a Jorge Eliécer Gaitán. Lo anterior se sustentaría, entre otras cosas, gracias a esta otra parte del testimonio de El Loco: “Yo estaba en el andén cuando Gaitán salió del edificio y pasó por su lado [el de Roa]. Roa lo vio pasar y se quedó petrificado. Tenía el revólver en la mano pero no disparaba” (Torres, 2016, p. 291). ¿Por qué Roa se quedó petrificado mirando a Gaitán?, ¿le dio miedo dispararle al abogado liberal?, ¿estaba esperando a que alguien más le disparara, para él, entonces sí, accionar el arma y matar al que le disparara a Gaitán? Todas estas preguntas atacan al lector de *La invención del pasado*, quien más adelante empezará a vislumbrar que la versión de El Loco coincide con algunos testimonios de la época, como los que se leyeron en el primer capítulo de este trabajo de investigación.

De hecho, se aprecia que Magdalena recuerda un testimonio (que expuse precisamente en ese primer capítulo del presente trabajo [página 26]): el de Enrique Santos Forero. Este señaló en sus declaraciones que el hombre al que él vio disparándole a Gaitán era un individuo vestido con traje café; en un principio, Santos Forero vio que a ese mismo hombre los policías lo tenían detenido; sin embargo, segundos después notó que los policías lo habían dejado libre y que ahora tenían en su poder a otro sujeto, de vestido gris, es decir, a Roa Sierra. Desde ese punto de vista, el testimonio del personaje de El Loco coincidiría con el testimonio de Santos Forero, pues Roa no disparó, lo hizo otro hombre que, como dijo El Loco, “le salió al paso a Gaitán”.

Pese a lo anterior, a Martina le sigue pareciendo que no tienen peso esos argumentos, ya que no puede entender por qué si Roa no disparó, el revólver que aparentemente él tenía en su poder fue el mismo revólver que, según las pruebas balísticas, se disparó tres veces ese

día. Entonces, reitera Magdalena: pudo haber un cambio de revólveres (Torres, 2016, pp. 292-294). Pero, alega Martina: “Para el momento en que Roa Sierra es sacado de la droguería, los policías se habían quedado adentro con el revólver, que le habían quitado, y esa resultó ser el arma con la que se hicieron los disparos fatales, o sea, la misma que Roa Sierra le había comprado a ese señor Rincón” (Torres, 2016, p. 293). Sin embargo, le contesta Magdalena: “Sí, pero tenga en cuenta que otro testigo afirmó que no fueron los policías quienes le quitaron el revólver” (Torres, 2016, p. 293). En este punto, basta con recordar el testimonio de Plinio Mendoza Neira,⁵³ quien afirmó que a Roa Sierra lo desarmó un hombre de abrigo y sombrero, y posteriormente este hombre lo entregó a los policías. En ese caso, cabría la posibilidad de que ese mismo hombre de abrigo y sombrero les hubiese entregado a los policías otro revólver, es decir, el revólver que se usó para disparar contra Gaitán, y que fue sometido a pruebas balísticas.

5.4 ¿Quién y para qué hizo un cuarto disparo?

Además de lo anterior, en el diálogo entre Martina y Magdalena se habla de un posible cuarto disparo, que sería el último balazo detonado en la escena del crimen en ese momento. Ese balazo, de acuerdo con lo que señala Martina, probablemente se hizo con el fin de matar al asesino, “versión que abriría la hipótesis de la que habla El Loco, que el crimen fue planeado para ser ejecutado por una o varias personas a las que había que liquidar una vez consumado, y que una de ellas, o la única, era Roa Sierra” (Torres, 2016, p. 294). Y es en este momento cuando al lector le queda claro que quizá Roa no fue obligado a participar como asesino de Gaitán, sino más bien, como asesino del asesino de Gaitán:

Fue una conspiración y a mi papá lo amenazaron para obligarlo a participar, pero no para que matara a Gaitán. ¿Cómo puede estar tan segura? [pregunta Martina] Tal vez la orden que tenía era la de matar al asesino, como usted acaba de suponerlo. Ese último disparo sí fue hecho por él. Lo vieron disparar, le echaron mano y la turbamulta le cayó encima. (Torres, 2016, p. 294).

⁵³ En el primer capítulo de este trabajo se refirió el testimonio de Plinio Mendoza Neira, en el artículo titulado “El detective detrás de la mano asesina” cuya autoría es de Plinio Apuleyo Mendoza, hijo de Mendoza Neira. Ese artículo se publicó en 2013 y se puede presumir que Miguel Torres lo tomó como base para discutir sobre este tema, pues precisamente Plinio Apuleyo Mendoza asegura que su padre, Mendoza Neira, vio a un hombre, que portaba sombrero y abrigo, desarmando a Roa Sierra y entregándolo a los policías.

Esta hipótesis resulta completamente novedosa: ni en el primer capítulo de este trabajo investigativo, dedicado a mostrar la manera como la prensa y la historia oficial presentaron a Juan Roa Sierra y su participación en el asesinato de Gaitán, ni en otras novelas colombianas sobre el Bogotazo, se había puesto de manifiesto la posibilidad de que Roa Sierra hubiese creído que participaría en el crimen de Gaitán, no como asesino del dirigente liberal, sino como asesino de quien le disparara al líder político. Es en ese punto donde se evidenciaría que el mecanismo del chivo expiatorio se puso en marcha contra Roa, quien no solamente fue elegido como la presa perfecta para formar parte del hecho, y quien no solamente fue el que no disparó pero se asumió como culpable, sino que además desempeñó el papel de víctima engañada en su buena fe, en tanto que pensó que participaría en el episodio, no como asesino de Jorge Eliécer Gaitán, sino como su defensor, es decir, como un héroe, como el hombre que haría justicia por el asesinato del político, y mataría con su revólver al que le hubiese disparado a Gaitán.

Es de anotar que cobra mucho sentido la posibilidad de que lo asegurado por Magdalena fuera cierto, pues aunque eran pocas las pruebas que se tenían de ello, resulta difícil entender, de acuerdo con lo planteado en *La invención del pasado*, por qué Roa Sierra habría de matar a Gaitán; de hecho, añade Magdalena: “Mi papá por ningún motivo lo hubiera matado. Él era gaitanista, toda mi familia fue y sigue siendo gaitanista” (Torres, 2016, p. 295). Dada la anterior premisa de Magdalena, el lector puede interpretar que seguramente Roa fue elegido como la presa perfecta, no solo porque cumplía con los requisitos pertinentes para que en él se pusiera en marcha el procedimiento del chivo expiatorio: la personalidad de un hombre huraño, apartado, introvertido, débil y demás, sino también porque era gaitanista. De acuerdo con esto, podríamos preguntarnos qué tiene que ver que Roa Sierra fuera gaitanista, si ello, por el contrario, más que un elemento positivo podría ser un defecto, pues los autores intelectuales necesitarían, preferiblemente, a un sujeto anti-gaitanista que quisiera eliminar al jefe del partido liberal. Entonces, es justo ahí donde cabe interpretar que se eligió a un hombre gaitanista convencido, con el fin de volverlo partícipe del complot, pues la idea era hacerle creer que él mataría al asesino de Gaitán, mas no a Gaitán mismo.

En ese orden de ideas, aunque no lo sugiere la novela, se puede pensar que en efecto Roa sí pudo haber sido engañado, ya que se le mintió con respecto a su función en la escena de los hechos, y se le convenció de que desempeñaría el papel de héroe, pues ajusticiaría al que asesinara a Jorge Eliécer Gaitán: de ahí que no le hubiera disparado a Gaitán, de ahí que hubiese comprado un revólver días antes, de ahí que hubiese estado en la escena del crimen.

Y fue entonces de ese modo como ese sujeto, Juan Roa Sierra, quien quería defender a su líder y matar al verdadero asesino no solamente para proteger al jefe de su partido político, sino también para convertirse en un héroe y cambiar su destino de miseria e infortunios, fue una víctima del despiadado mecanismo del chivo expiatorio, que lo puso en una bandeja para que fuera sacrificado por la multitud iracunda.

De esa manera, tendrían sentido las conclusiones a las que llegó Martina, y por las cuales aceptó el compromiso de escribirle el libro a Magdalena, pues repasando cada una de las fotografías del álbum familiar de la hija de Roa Sierra, pudo percatarse de que este “era un individuo de baja estatura, macilento, de rostro cetrino, las más de las veces inexpresivo y de mirada ausente. Un tipo huraño y taciturno, de pocos amigos, incapaz, en apariencia, de cometer el crimen que había cambiado la historia del país” (Torres, 2016, p. 311); convencida entonces de esos rasgos físicos tan poco favorables para un homicida, Martina entretejió todas las pruebas aportadas por Magdalena, leyó y releyó las investigaciones de Scotland Yard, los testimonios de prensa, los documentos históricos, y, finalmente, se convenció de que Roa Sierra no había sido el asesino de Gaitán. Sin embargo, el narrador es cauto y termina por contarle al lector que, a pesar del convencimiento de Martina, esta no basó su certidumbre “en cosas tan banales como la cara de taimado y mosquita muerta con la que Roa Sierra anduvo por el mundo toda su puerca vida” (p. 313). Y con esta aclaración, se termina en *La invención del pasado* la alusión a Roa Sierra y su supuesta inocencia en el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, reafirmando la tesis de Miguel Torres en sus dos anteriores novelas, y dejando en el lector, una vez más, un camino abierto de interpretaciones sobre este confuso acontecimiento histórico del 9 de abril de 1948, cuya segunda víctima en importancia fue Juan Roa Sierra, pues al fin y al cabo fue a este último al que se le practicó uno de los peores mecanismos de la conducta humana: el de inculpar a

un inocente y someterlo al linchamiento colectivo, es decir, el mecanismo del chivo expiatorio.

CONCLUSIONES

Una de las hipótesis que se plantearon en la introducción del presente trabajo de investigación fue que las novelas estudiadas en los capítulos tercero, cuarto y quinto posibilitarían afirmar que la narrativa colombiana contemporánea, contrario a lo que señala la historia oficial, ha reforzado la versión de que Juan Roa Sierra no asesinó a Jorge Eliécer Gaitán; esta versión histórica es aprovechada y utilizada como material literario, dejando ver que *El crimen del siglo*, *El incendio de abril* y *La invención del pasado* toman un acontecimiento histórico y lo reelaboran, lo que permite concluir que estas tres obras literarias son novelas históricas, ya que escudriñan en los hechos del pasado para posibilitar una reflexión histórica y sociopolítica en el presente, tal como lo proponía Georg Lukács en *La novela histórica*. Asimismo, se puede concluir que tales novelas, de acuerdo con los postulados de David Perkins, resultan ser contextualistas, aunque no por ello caigan en reduccionismos, pues el uso que el autor hace del lenguaje de los personajes, la ambientación de los espacios, las metáforas, el estilo, la construcción de los diálogos y otros elementos literarios permiten ver que las tres novelas no reflejan vulgarmente una realidad y un pasado, sino que cuentan con una estructura literaria que posibilita que el lector conciba el cuidado estético que el escritor mantiene a lo largo de su creación novelesca. En ese sentido, las novelas de Torres tampoco caen en el peligro que advierte la teoría de la novela histórica: aquel peligro que consiste en que la novela, dado su carácter de denuncia, se convierta en panfletaria o propagandística.

Por otro lado, se observa que las tres novelas tienen elementos que coinciden con los postulados de la sociocrítica y de la sociología de la literatura defendidos por Goldmann, Lukács y Girard, quienes dieron luces acerca de por qué la novela se constituía por antonomasia como el género literario digno de reflejar de mejor manera la conciencia individual y la conciencia colectiva de la sociedad, una sociedad que se halla en un mundo degradado, cuyos individuos resultan ser héroes problemáticos que se encuentran en contradicción al buscar valores auténticos. Fue entonces la novela el género que Miguel Torres eligió para llevar a cabo su trilogía sobre Juan Roa Sierra, y no es gratuito que, teniendo en cuenta que este escritor inicialmente fue dramaturgo, Torres haya elegido la novela como el género que le permitiría desarrollar y reelaborar un acontecimiento y un

personaje históricos. Sobra decir que, además, en estas novelas se percibe que el autor, siguiendo los postulados de Goldmann, también está en la búsqueda de una ética y de unos valores auténticos, por ende podríamos sugerir que Miguel Torres también se muestra como un autor en conflicto, aunque no por ello deja de ser un escritor comprometido con su tiempo. Lo anterior se sustenta en que implícitamente, al describir cómo Juan Roa Sierra es un hombre enfrentado a infortunios económicos, al rechazo colectivo, a la alienación y la enajenación por parte de la sociedad, el autor está denunciando a un sistema, a una sociedad y a un Estado que se han caracterizado por el abandono y por la injusticia. Ello también deja ver que en Miguel Torres hay una toma de posición, en tanto que no solamente hace unas denuncias sobre estas inequidades de clase, sino que además implícitamente realiza una acusación a propósito de la impunidad y del olvido, pues no es vano que decida mostrar la posibilidad de que se haya orquestado un crimen político en el que se obligó a un individuo de la sociedad a pertenecer a tal conspiración y, posteriormente, se le eliminó, culpándolo de un asesinato que no cometió y eliminando la posibilidad de enjuiciar a los verdaderos autores materiales y de dilucidar quiénes habrían sido los autores intelectuales.

Ahora, otra de las pretensiones de este trabajo era analizar profundamente la obra narrativa de Miguel Torres. El análisis de estas novelas permitió elucidar que esta trilogía, desarrollada en las dos primeras décadas del presente siglo, deja ver que su autor se valió de la documentación histórica, sociológica y periodística de la época del asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, para construir un personaje antiheroico como Juan Roa Sierra. La construcción de este personaje resulta novedosa para la literatura colombiana debido a que: por un lado, por primera vez la novelística de este país se centra en explorar y resaltar la figura del antihéroe de esta historia, es decir, la del asesino del caudillo, contrario a la novelística anterior, que se había enfocado exclusivamente en exaltar la figura del héroe, a saber, la de Gaitán; por otro lado, la construcción del personaje de Juan Roa Sierra no solamente se sustenta en la narración minuciosa de su vida, o en la exhaustiva documentación periodística e histórica previa que el autor hizo acerca del personaje, sino que además reflexiona en torno a aspectos antropológicos, como la práctica ritual del sacrificio, es decir, el mecanismo del chivo expiatorio.

Ahora bien, no se puede desconocer que a pesar del carácter realista de las novelas y del personaje de Juan Roa Sierra, Miguel Torres elabora su personaje protagónico con elementos propios de la ficción, pues recrea escenas, diálogos y situaciones ficticias, pero respetando el trasfondo histórico y político, así como algunas versiones reales sobre la biografía de Roa. En ese sentido, podemos afirmar que la obra novelística de Miguel Torres está enmarcada dentro del realismo y que, además, se apoya en la sociología de la literatura, la cual ayuda a comprender y a enriquecer el sentido de la obra, lo que responde al pensamiento de que uno de los principales fines del texto literario debe ser el de reflexionar en torno al contexto social. Sin embargo, se debe aclarar que el objetivo de Torres con su trilogía no es tomar posición con respecto a que Roa Sierra no mató a Gaitán, pues es evidente que más que defender la inocencia del personaje, Torres busca que el lector intente desenredar una trama entrelazada por múltiples conjeturas, en las que una de las posibilidades es que Roa no haya sido el asesino del dirigente político. Esta posibilidad, que resulta reiterativa en los diálogos, las elucubraciones de los personajes, las sugerencias del narrador y el desenvolvimiento de los hechos en las tres novelas de Torres, cobra mucho sentido en el lector, quien fácilmente puede captar que el autor hace una caracterización minuciosa de un personaje protagónico, al que dota de rasgos propicios para que en él opere la práctica de la inculpación dudosa y del ajusticiamiento público, es decir, el mecanismo del chivo expiatorio.

Desde esa perspectiva, uno de los elementos que más se deben destacar de esta trilogía literaria de Miguel Torres es que la construcción de su personaje protagónico resulta rica y admirable, ya que, especialmente en *El crimen del siglo*, el lector logra incluso enternecerse con un desdichado personaje al que las fuerzas del destino conducen a los más infortunados sucesos; de esa manera, y como si estuviéramos frente a una pieza teatral propia de la tragedia griega, observamos que Roa Sierra parece un personaje al que las moiras han elegido desde un principio: en *El crimen del siglo*, percibimos no solamente cómo el destino le juega una mala pasada al personaje, sino que además, algunos sucesos fortuitos, sumados a los desventajados rasgos físicos, mentales, religiosos y culturales del desventurado Juan, lo conducen inevitablemente al altar en donde será sacrificado.

Ya en *El incendio de abril* notamos que el sacrificio de Juan Roa Sierra fue llevado a cabo, y que con la sangre de este personaje, es decir, de este chivo expiatorio, se purgaron las culpas de una sociedad que requería que esa sangre fuera el veneno y la enfermedad. Pero, a su vez, esa sangre debía constituirse en cura y remedio. Así, como ante el escenario griego dicotómico del *pharmakon*, una vez se curaron y purificaron esas culpas de la comunidad, los testimonios de los personajes ficticios de *El incendio de abril* nos sugieren que aquel chivo que se sacrificó, aquel Roa que se linchó, era inocente: de chivo, Roa Sierra pasa a desempeñar el papel de cordero, tal como le sucedió a Cristo.

Por último, en *La invención del pasado* quedan los rastros del recuerdo de ese cordero, a quien solamente alguien como la propia hija puede salvar de la deshonra que supone el hecho de haber sido injustamente señalado de ofender al dios, de matar al caudillo.

En definitiva, la trilogía de Miguel Torres no solamente deja ver que cada novela es un intertexto de la otra, sino que además, permite concebir que en cada una de ellas, respectivamente, haya una suerte de continuidad. Entonces, da la impresión de que la una no pudo ser concebida sin la otra; pero, a su vez, las tres se posicionan como una misma obra, cuyo fin resulta ser inequívocamente el mismo: permitirle al lector de esta época reflexionar en torno a la posibilidad que la literatura colombiana le proporciona de desvirtuar hipótesis históricas o permitirse diversos desenlaces. Esa resulta ser una importante tarea en estos tiempos de posconflicto, verdad, reconciliación, memoria y olvido, lo que es una demostración tácita y ejemplar de que la literatura sirve para mucho más que entretener, pues como bien señalaba Lucien Goldmann, a propósito del pensamiento de Georg Luckács: la novela se caracteriza por la existencia de un héroe problemático que está en la búsqueda de valores auténticos, razón por la que cobra sentido explorar cuál es la visión de mundo del novelista (Goldmann, 1964). Cabría entonces preguntarse qué tanto tiene de problemático el héroe de esa trilogía, y cuáles serían los valores auténticos de su búsqueda; tal vez para hallar respuesta habría que escudriñar mucho más en esa visión de mundo de aquel autor comprometido con su historia y con su tiempo: Miguel Torres.

Se acercan tiempos aciagos en que los escritores y artistas, en el sentido en que ellos son la conciencia crítica e independiente de la sociedad, deben indagar en esa guerra que se ha terminado, en sus zonas

oscuros que son muchas, en sus rincones silenciados que son tantos. Nuestro rol, una vez más, como siempre ha sido, es indagar en esa bruma viciada desde nuestro oficio, con nuestras herramientas, para cicatrizar las heridas provocadas por esa guerra. Pablo Montoya, escritor colombiano, 2017.

BIBLIOGRAFÍA

REFERENCIAS DE TEXTOS LITERARIOS

Alape, Arturo (2005). *El cadáver insepulto*. Bogotá: Seix Barral.

Dickens, Charles (2016). *Oliver Twist*. Barcelona: Penguin Random House.

Dumas, Alexandre (2013). *El Conde de Montecristo*. San José de Costa Rica: Imprenta Nacional Editorial Digital.

Eurípides. *Ifigenia de Áulide*. Versión digital disponible en: <http://files.teclasgastadas-com-ar.webnode.com.ar/200000259-24f0a25eaf/Ifigenia%20en%20%C3%81ulide.pdf>

Kafka, Franz (2006) *El proceso*. Ciudad de México: Grupo Editorial Tomo.

Miller, Arthur (1955). *Las brujas de Salem*. Buenos Aires: Jacobo Muchnik editor.

Pareja, Carlos H. (1955). *El monstruo*. Buenos Aires: Editorial Nuestra América.

Torres, Miguel (2006). *El crimen del siglo*. Bogotá: Seix Barral.

Torres, Miguel (2012). *El incendio de abril*. Bogotá: Ed. Alfaguara.

Torres, Miguel (2016). *La invención del pasado*. Bogotá: Ed. Tusquets.

Vásquez, Juan Gabriel. *La forma de las ruinas*. Bogotá: Ed. Alfaguara.

REFERENCIAS DE TEXTOS TEÓRICO-LITERARIOS

Acosta, Carmen Elisa. (2001). “La historia de la literatura: reflexiones sobre el devenir de la palabra y el tiempo”. *Revista Literatura: teoría, historia, crítica*, vol. 3, pp. 134-147.

Aínsa, Fernando (1991). “La reescritura de la historia en la nueva narrativa latinoamericana.” *La novela histórica. Cuadernos americanos*. México: Universidad nacional autónoma de México, 13-31.

Burkert, Walter (2014). *Homo necans. Interpretaciones de ritos sacrificiales y mitos de la antigua Grecia*. Trad. Marc Jiménez Buzzi. Barcelona: Acantilado.

Canetti, Elías (1981). *Masa y poder*. Barcelona: Muchnik Editores.

Chacón, Antonio. (27 de agosto de 2017). La manada. *Hoy*. Recuperado de: <http://blogs.hoy.es/elrincondelzurdo/2017/08/28/la-manada/>

Diccionario bíblico. Bibliatodo. Consultado el 25 de sept. 2017. Disponible en: <http://www.encinardemamre.com/diccionario/c.html>

Fernández, Jorge. (1985) “Lucien Goldmann: creación literaria, visión del mundo y vida social”. *Revista Argumentos*, vol. 10-13, pp. 137-149.

Frazer, James (1981). *La rama dorada: magia y religión*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Garcés González, José Luis. Investigación. Disponible en: <http://academico.unicordoba.edu.co:8080/dspace/bitstream/123456789/376/1/LITERATURA+CARIBE+1.pdf> Investigación apoyada por el CIUC.

Girard, René (2002). *El chivo expiatorio*. 2ª. ed. Trad. Joaquín Jordá. Barcelona: Editorial Anagrama.

Girard, René (1983). *La violencia y lo sagrado*. Trad. Joaquín Jordá. Barcelona: Editorial Anagrama.

Goldmann, Lucien (1964). *Para una sociología de la literatura*. París: Gallimard.

Horrach (2008). La figura del pharmakos. Disponible en: <http://nickjournalarcadiano.blogspot.com.co/2008/04/la-figura-del-pharmakos.html> Consultado el 16 de abril de 2017.

Lukács, Georg (1955). *La novela histórica*. México D.F: Ediciones Era.

Martin, Lien. (2011-2012). *Simón Bolívar reinventado por García Márquez y Cruz Kronfly: novelas situadas en el cruce entre historia y ficción*. Bélgica: Universiteit Gent.

Mejía, Estaban Carlos (19 de octubre de 2012). El incendio de abril. *El Espectador*. Recuperado de: <https://www.elespectador.com/opinion/el-incendio-de-abril>

Menton, Seymour (1993). *La nueva novela histórica de la América Latina: 1979-1992*. México D.F Fondo de Cultura Económica.

Mitología. En: *Historias, mitos y leyendas*. Disponible en: http://www.historiayleyendas.com/Mitos_mundo/Mitologia.htm

Montoya, Víctor. Teorías de la violencia humana. *Razón y palabra*. Número 53.

Moreno Fernández, Agustín. Descripción y fases del mecanismo del chivo expiatorio en la teoría mimética de René Girard. Disponible en: <http://e-spacio.uned.es/fez/eserv/bibliuned:Endoxa-2013-32-7075/Documento.pdf> Consultado el 18 de abril de 2017.

Pérez Rioja, José Antonio (1984). *Diccionario de símbolos y mitos*. Madrid: Editorial Tecnos.

Perkins, David. (2003). *La explicación del cambio literario: la contextualización histórica*. Revista Teoría, Historia, Crítica. Vol. 5. Pp. 229-261.

Petro del Barrio, Antonia (2006). *La legitimación de la violencia en la comedia española del siglo XVII*. 1ª. ed. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.

Radio Televisión Española (RTVE) (2013). *El Chivo*. Documental. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=JmcaZTGt7qY>. Producido por: Pandorga Comunicación / Radio Televisión Española (RTVE). Directora: Pepa G. Ramos. Duración: 60 minutos.

Semana (2015). La escritura es un viaje irracional. Entrevista a Juan Gabriel Vásquez. 23 de octubre.

Talavera, Juan Carlos (2016). Juan Gabriel Vásquez, conspirador entre ruinas. *Excelsior*. México, 16 de marzo.

Universidad Nacional de Colombia. Departamento de Literatura (2014). *Narrativa colombiana contemporánea. El crimen del siglo. Parte 1*. Conversatorio con Miguel Torres. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=LTg451PVMxI>

Vernant, Jean Pierre (2002). *Mito y tragedia en la Grecia Antigua*. Barcelona: Ed. Paidós.

Villa, Catalina (2012). Miguel Torres, un profesional del teatro con alma de escritor, habla de su nuevo libro. *El país*. 13 de noviembre.

Welleck, René. *Historia literaria, problemas y conceptos*. Selección de Sergio Beser. Barcelona: Editorial Laia.

REFERENCIAS DE TEXTOS DE HISTORIA Y REGISTROS PERIODÍSTICOS

Alape, Arturo (1984). *El Bogotazo, memorias del olvido*. Bogotá: Planeta.

Braun, H. (1987). *Mataron a Gaitán. Vida pública y violencia urbana en Colombia*. Bogotá: Centro Editorial Universidad Nacional de Colombia.

Caballero, Antonio (21 de diciembre de 1997). Gaitán, el hombre que inventó un pueblo. *El Tiempo*. Recuperado de: <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-697834>

Delgado, Carlos (1986). *El 9 de abril en fotos*. Bogotá: El Áncora Editores.

Duque Naranjo, Lisandro (1997). Todo lo del pobre es robado. En: *El saqueo de una ilusión. El 9 de abril: 50 años después*. Bogotá: Número Ediciones.

El Herald (13 de abril de 2013). Don Fidel Mejía era el propietario del taller de vulcanización donde trabajó Roa.

El Jojoto Web (2011). Los enigmas que rodean el asesinato de Jorge Eliecer Gaitán. Disponible en: <http://www.eljojoto.net/2016/04/11/los-enigmas-que-rodean-el-asesinato-de-jorge-eliecer-gaitan/> Consultado el 10 de enero de 2017.

El Liberal (28 de agosto de 1948). Reconocido El Flaco como el compañero de J. Roa Sierra.

El Liberal (5 de septiembre de 1948). El Flaco intentó suicidarse.

El Liberal (27 de abril de 1948). Moscú resuelve explicar el asesinato del doctor Gaitán.

El Nacional (21 de abril de 1948). Roa era un hombre fanático en extremo, que se la pasaba mal hablando de Barranquilla, por su falta de fervor religioso.

El Siglo (2 de julio de 1948). Rómulo Betancourt encabezó el complot contra la nación.

El Siglo (1 de mayo de 1950). El linchado no fue el asesino de Gaitán.

El Tiempo (16 de abril de 1948). Cómo nació el motín en Bogotá, una reconstrucción de los hechos del 9 de abril por un testigo presencial.

El Tiempo (12 de abril de 1948). Juan Roa Sierra es el nombre del asesino.

El Tiempo (7 de diciembre de 2016). Las cicatrices del Bogotazo en la obra de Miguel Torres. Disponible en: <http://www.eltiempo.com/bogota/las-cicatrices-del-bogotazo-en-la-invencion-del-pasado-de-miguel-torres-42363>

Gaitán, Miguel Ángel (1949). *El porqué de un asesinato*. Bogotá: Editorial Minerva.

Galán Medellín, Rafael. (1986). *El crimen de abril, lo que no se ha revelado del proceso*. Bogotá: Ecoe Ediciones.

González Toledo, Felipe (1998). *Locura e intriga en el asesinato y proceso de Jorge Eliécer Gaitán*. Bogotá: Editorial Panamericana.

Jornada (25 de abril de 1948). Era conservador Roa Sierra, dice Don Fidel Mejía.

Jornada (25 de abril de 1948). Fueron entregadas ayer las ropas que usaba el asesino del doctor Gaitán.

Jornada (24 de abril de 1948). Propaganda falangista en poder de Juan Roa Sierra.

Jornada (17 de abril de 1948). ¿Cómo murió?

Jornada (28 de abril de 1948). Tres sujetos acechaban al doctor Gaitán el día 7.

Jornada (20 de abril de 1948). Un desconocido pretendió robar el sumario de Roa Sierra.

Mendoza, Plinio Apuleyo (2013). El detective detrás de la mano asesina de Roa Sierra. *El Tiempo*. Disponible en: <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-12732142>. Consultado el 14 de agosto de 2017.

Posada Tamayo, Simón (8 de abril de 2013). ¿Quién mató a Gaitán? Las dudas sobre Juan Roa Sierra. *El Tiempo*. Disponible en: <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-12731821> Consultado el 29 de abril de 2017.

Samper Pizano, Daniel (2000). ¿Quién mató a Gaitán? *Semana*. 13 de noviembre. Disponible en: <http://www.semana.com/nacion/articulo/quien-mato-gaitan/44012-3> Consultado el 4 de octubre de 2017.

Vanguardia Liberal (10 de abril de 1948). Asesinado Gaitán por un agente del gobierno ayer.

Vanguardia liberal (23 de abril de 1948). Nuevas pistas en el crimen de Gaitán.

W Radio (11 de abril de 2017). Entrevista a Gloria Gaitán. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=uYaQqSVaWSw>